
Sophie Saint Rose
Serie Texas
Siempre estás en mi corazón

Siempre estás en mi corazón

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Capítulo 1

Halee sentada en la valla de madera, disfrutaba mirando como los vaqueros se preparaban para el rodeo. Uno de los camiones Barnwood se acercó marcha atrás a la verja de descarga. Wess se bajó del camión y le observó fascinada. El hijo mayor del dueño del rancho más grande de la zona, se acercó a la parte de atrás dando órdenes a sus hombres. Solo tenía veintiún años y hasta los más mayores acataban sus órdenes al instante. Barry se acercó a ella y se sentó a su lado. Su mejor amigo susurró —De mayor quiero ser como él.

—Para eso necesitas un rancho —dijo sin quitarle ojo.

—Lo conseguiré.

Le sonrió. —Tienes doce años, dentro de unas semanas habrás cambiado de opinión. La señorita Potter dice que somos muy inmaduros para saber lo que queremos en la vida.

—¿Tú no quieres nada?

Sus preciosos ojos azules brillaron mirando a Wess. Si algún día la mirara, la mirara de verdad, se daría por satisfecha, pero dijo —No, yo con pasar de curso me doy con un canto en los dientes.

Barry se echó a reír. —Tienes razón, bastante nos agobian las clases como para preocuparnos por lo que queremos ser de mayores.

—Exacto.

Al abrir el portón trasero del camión el toro bufó. Su padre cogió la soga para tirar de él.

Se tensó porque era evidente que estaba borracho, solo había que ver como se tambaleaba hasta el punto de que tuvo que apoyarse en el remolque.

—Halee, ¿qué le pasa a tu padre?

—Cállate —dijo entre dientes.

—Hessler, ¿qué coño estás haciendo? —Su padre al volverse hacia Wess soltó la soga y el toro tiró tanto de la otra cuerda que le agarraba, que el vaquero que la sujetaba salió despedido para caer sobre la rampa. Sus compañeros gritaron yendo a por él para quitarle del medio, pero de repente el toro salió en estampida pasándole al vaquero por encima. Todos gritaron del horror. Wess cogió una soga y gritó —¡Rodeadle antes de que llegue a la feria!

Uno de los vaqueros se subió a una camioneta y aceleró a fondo cortándole el paso. Wess que corría tras él lanzó la soga atrapándole por los cuernos. Otro de sus vaqueros también le atrapó tirando en dirección contraria, lo que provocó que dejara de moverse.

—Jo, es el mejor —dijo Barry antes de mirar hacia el camión donde dos de los hombres ayudaban al herido.

En cuanto un vaquero sustituyó a Wess, este salió corriendo hacia su hombre y Halee vio cómo se preocupaba por su estado, pero este negó con la cabeza levantándose. —Gracias a Dios. Está bien.

Barry la miró de reojo con preocupación cuando escucharon —¡Hessler! ¡Maldito borracho! —Wess se acercó a su padre y le cogió por la camisa. —¡Patrick podría haber muerto!

Su padre farfulló algo y Wess no pudo disimular su desprecio dándole un empujón que le tiró al suelo. —¿Que no te eche? ¡Vuelve a aparecer por mis tierras y te pego cuatro tiros!

Ver como su padre se echaba a llorar hizo que algo se estremeciera en su pecho y sintió que debía defenderle. Halee saltó de la valla y empujó a Wess por la espalda sorprendiéndole tanto que cayó al suelo de rodillas. Halee le rodeó y gritó —¡Déjale en paz!

Wess entrecerró sus ojos verdes levantándose lentamente. —Al parecer tienes más

agallas que tu padre.

Ella intentó pegarle, pero Wess la agarró del brazo tirándola al suelo al lado de él. Su sombrero cayó a su lado mostrando su larga trenza rubia. —¡Llévatelo a casa a que duerma la mona! Aunque no sé para qué te esfuerzas, mañana será la misma historia. —Se volvió y gritó a los suyos —¡A trabajar! ¡Los toros tienen que estar listos en una hora!

De la rabia se sentó con los ojos llenos de lágrimas y de repente se escuchó un fuerte ronquido. Con incredulidad miró a su padre que se había quedado dormido. Cuando roncó de nuevo mucho más fuerte varios vaqueros que pasaban a su lado se echaron a reír. Sollozó arrodillándose. —¿Papá? —Tiró de su brazo. —¡Papá! —Este sobresaltado abrió los ojos. —Tenemos que irnos a casa.

—¿Halee?

—Vámonos. —Tiró de su brazo de nuevo. —Levanta.

Este gruñó como si la idea no le gustara nada, pero se sentó. Varios les observaban con una sonrisa irónica en el rostro y humillada gritó —¡Vosotros qué miráis!

Su padre le dio un empujón en el pecho tirándola al suelo de culo. —Déjame en paz —farfulló antes de intentar ponerse a gatas para terminar cayendo de lado.

—¡Oh, por Dios sacadle de mi vista! —gritó Wess—. ¡Ya!

Dos de los vaqueros le cogieron por los brazos tirando de él hacia el aparcamiento.

—¿Halee? —Se sobresaltó al ver a Barry a su lado. Muy avergonzada se levantó y salió corriendo. —¡Halee!

Sollozó atravesando el descampado.

—¡Halee no pasa nada! —gritó Barry.

No dejó de correr, solo quería huir, irse de ese maldito pueblo y no volver a ver a ninguno nunca más. Barry le había preguntado si tenía un sueño y en ese momento irse de allí era lo que

más deseaba. Y lo conseguiría tenía que conseguirlo.

Once años después.

Halee se subió a su camioneta y giró la llave, pero el motor no arrancó. —Vamos pequeño, todavía tienes que durarme un par de años. ¿Qué digo un par de años? Tienes que durarme diez años que hay que seguir ahorrando. Así que sé bueno y arranca. —Giró la llave y esta arrancó. —¡Bravo! Te mereces un premio, la próxima vez que reposte te pongo la cara, pero solo un litro, no te acostumbres. —Dio marcha atrás y tuvo que frenar en seco porque pasó tras ella la impresionante camioneta negra último modelo de Wess. Apretó el volante viendo como aparcaba a su lado. Bajó sin mirarla ni una sola vez y sonrió irónica mientras entraba en la ferretería. Claro, para él era basura como su padre, no merecía ni un simple saludo. Miró la camioneta que tenía al lado sintiendo la misma rabia que la recorría siempre por lo injusta que era la vida. Como le gustaría reventarle la camioneta, pero se dijo que no merecía la pena.

Salió del aparcamiento con cuidado y giró el volante para incorporarse a la carretera e ir hacia su casita a las afueras del pueblo. Cuando llegó a la intersección giró a la derecha y apenas cinco minutos después aparcaba ante el pequeño porche. Saltó de la camioneta y le dio un manotazo a la trenza haciendo que cayera sobre la espalda, quedando a la altura del trasero. Tenía que cortarse el pelo. Fue hasta la caja de la camioneta y cogió el bote de pintura blanca. Ya quedaba poco para que terminara de pintarla. Abrió la verja y Rusti ladró rodeando la casita. El perrito del vecino más cercano, que era de una raza indefinible, movió su rabito marrón loco de contento de verla. Halee le acarició la cabecita. —¿Te has vuelto a escapar? Me da que te encanta la comida que te pongo. Te estoy mimando demasiado y tus dueños me van a reñir. —Subió los escalones y dejó el bote de pintura al lado de las brochas y del otro bote de pintura

vacío. En ese momento escuchó el sonido de un motor y miró hacia el camino que llevaba a su casa para ver el coche del ayudante del sheriff. Se tensó acercándose a los escalones.

Aparcó al lado de su camioneta y abrió la puerta mirando asombrado la casita. Silbó. —Qué cambio. Has trabajado muchísimo. Es increíble, si antes se caía a pedazos.

—¿Qué haces aquí, Barry?

Su antiguo amigo la miró a los ojos. —Tu padre…

—No me interesa. Ni lo que hace mi padre, ni lo que se deja pegar mi madre. ¿No te quedó claro cuando me fui de casa con dieciséis años?

—Decir eso de que se deja pegar es un poco fuerte.

—A mí solo me pegó una vez y después de golpearle con el bate de béisbol mientras dormía, ni se le volvió a pasar por la cabeza y eso que tenía catorce años. Es un puto cobarde de mierda, si ella lo permite por seguir bebiendo a costa de la pensión que ese vago le ha sacado al gobierno, no es mi problema.

Asintió. —Tu madre está en el hospital.

Apretó los labios, pero no dijo palabra.

—Joder Halee.

—No me juzgues. ¡Ni se te ocurra juzgarme, hipócrita de mierda, cuando eras de los que te reías de mí en el instituto! ¡Ahora lárgate de mi propiedad!

Barry dio un paso atrás. —Me arrepiento de eso, ¿sabes?

—Anda y que te follen.

—Joder, qué boca tienes. —Fue hasta el coche y abrió la puerta de malos modos. —Está en coma por si quieres ir a verla. Dicen que tiene muy pocas probabilidades.

Sintió un nudo en la garganta y cuando su coche desapareció dos enormes lágrimas cayeron por sus mejillas. Por más que le había rogado que se fueran, nunca le había hecho caso.

Cada noche se despertaba sobresaltada por los golpes que él pegaba a su pared cuando llegaba borracho. Y esos golpes habían desaparecido hacía años, pero en su cabeza seguían allí cada maldita noche. No le hizo caso, jamás hizo nada ni por sí misma ni por su hija, así que no pensaba sentir remordimientos. —Tenía que haberme ido de este maldito sitio para no volver. Pero no, tú tienes que dar tumbos durante cuatro años por ahí para regresar a este pueblo de mierda. —Se detuvo en seco preguntándose si aquella llamada a su madre para saber si estaba bien tenía algo que ver. Claro que sí. En un momento de debilidad la había llamado y como nadie había contestado en días ella tuvo que presentarse en Farmville para saber qué le había pasado. ¿Qué le había pasado? Que tenía un coma etílico y estaba ingresada en el hospital, eso había pasado. ¿Pero por qué no se había ido de nuevo? Recordó como saliendo del hospital se había cruzado con Wess Barnwood. Él pasó de largo, pero ella que no le había visto en años se volvió para mirarle. Estaba más maduro, más hombre y no pudo disimular su impresión. Recordó como él entró en el ascensor y después de pulsar se volvió hacia ella. Sus ojos coincidieron y era evidente que la había reconocido, pero no hizo ni un solo gesto de saludo y avergonzada salió del hospital a toda prisa. Cuando no estuvo a la vista echó a correr hacia su camioneta, pero en lugar de enfilar la carretera y largarse de allí fue hasta su árbol. Hacía cuatro años que no se pasaba por allí. Se sentó debajo de su gran copa mirando el pueblo como hacía siempre que se escapaba. Siempre que quería huir. Allí se sentía segura.

Observando el pueblo pensó en los últimos cuatro años. No había encontrado ningún sitio donde se sintiera a gusto, donde fuera feliz y se preguntó si alguna vez llegaría a serlo. Mirando a su alrededor recordaba sus lágrimas, la multitud de lágrimas que sus ojos habían derramado allí mismo. No, en ese pueblo tampoco había sido feliz, pero sentía que pertenecía a ese lugar, no podía evitarlo. A pesar de todas las ciudades que había conocido sentía que aquel era su hogar, incluso después de lo mal que lo había pasado. Debía estar loca. Escuchó un crujido tras ella y volvió la cabeza para ver a su lado a la señorita Potter que sonrió. —Creía que estaba teniendo visiones.

Se levantó a toda prisa al ver a la anciana y forzó una sonrisa limpiándose las lágrimas. —¿Cómo está?

—Muy bien y ahora mucho mejor que te tengo delante.

—Es muy amable. —Se dio cuenta de que llevaba peluca, pero intentó no mirarla demasiado. —Farmville sigue igual.

La mujer suspiró volviéndose para contemplarlo. —Sí, igual. En este pueblo nunca pasa nada, aunque en estos días tienen cotilleos para aburrir por lo que ha sucedido con tus padres. Por eso has venido, ¿no?

—Mi madre no contestaba al móvil y… Ha sido un error venir.

—Fue un error irte, niña, tú perteneces a Farmville y por mucho que huyas siempre terminarás volviendo.

Se le cortó el aliento. —¿Usted cree?

—Ven, siéntate. —Con agilidad se sentó bajo el árbol y Halee hizo lo mismo. —Yo también me fui, ¿sabes?

—A estudiar.

—No, hablo de después. Cuando terminé la carrera volví una temporada, pero sentía que no encajaba. Después de estudiar en una gran ciudad como Dallas esto se me hacía muy pequeño, así que me fui. Casi hui porque me decía que yo merecía más, que tenía que luchar por una vida mejor. Y durante años lo hice. Trabajé en un buen instituto y llegué a ser la directora del centro, pero un día entré en mi casa y me di cuenta de que estaba sola. Tenía treinta años y estaba sola. Casi no tenía amigos de verdad, no conocía a mis vecinos… Me sentí vacía, así que decidí volver.

—Yo aquí no tenía amigos.

La miró con pena. —Sí, lo de Barry te afectó mucho.

Agachó la mirada y cogió una hierba. —Me falló. Confiaba en él y se terminó burlando de mí como todos.

—Como todos no…

—No, es cierto, los demás me tenían pena.

—Halee no hables así.

—¿Por qué si es lo que ocurrió? —Levantó la vista hacia ella. —Incluso usted me tenía pena.

—No era así, si te trataba bien era porque te lo merecías. Y muchos piensan como yo. Eras una niña… —Sonrió de oreja a oreja. —Tan buena, tan inteligente, siempre dispuesta a ayudar a tus compañeros. A los más débiles. Esos te aprecian mucho y no tienen en cuenta los padres que te tocaron en gracia.

—En desgracia.

—Te criaste sola en un ambiente horrible y aun así saliste adelante. —Pasó la mano por su hombro. —Eres muy fuerte y estoy muy orgullosa de ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

—Solo hay que verte. Te fuiste con dieciséis años y has sobrevivido. Y el mundo puede ser muy cruel, pero tu vida en este pueblo ya te había curtido. —Se la quedó mirando unos segundos. —¿Dónde vives ahora?

—Hasta hace tres días en Illinois. Voy de un lado a otro.

—¿Has recorrido el país? Has debido ver cosas increíbles.

Sus ojos brillaron porque eso había sido lo único bueno de esos cuatro años. —He visitado todo lo que he podido.

—Pero no encuentras tu espacio, ¿no es cierto? Como me ocurrió a mí.

—No, nunca me quedo mucho tiempo en ningún sitio. Busco trabajo, estoy una

temporada, pero siempre termino largándome. Tengo un mapa lleno de cruces y cada vez que marco otra lo siento como un fracaso.

—¿Y por qué no te quedas aquí?

—¿Para qué? Solo pensar ver la cara de mi padre me revuelve las tripas. Y como venga a pedirme dinero… —dijo con rabia—. Y sé que lo hará, no tiene vergüenza. —Miró el pueblo. —Además aquí no hay trabajo.

—Claro que lo hay. En el colegio.

La miró sin entender. —¿Haciendo qué?

—Limpiando. De cinco de la mañana a doce del mediodía. Después se encarga el portero, pero te aseguro que hace lo mínimo para que lo hagas tú al día siguiente. ¿Te interesa?

Sus ojos brillaron porque increíblemente sintió ilusión. —¿De veras?

—Claro que sí.

Recordando su sonrisa y como acarició su hombro sollozó. Había sido una amiga, una amiga de verdad y durante los siguientes meses se hicieron prácticamente inseparables cuando ambas tenían tiempo libre. Pero Molly ya no estaba. Había luchado lo que había podido, pero ya no estaba. Volvía a estar sola.

Mirando la pared a medio pintar de su casita recordó cuando después del funeral el abogado de su amiga la había llevado aparte y le dijo que le había dejado una parcelita que había sido de su abuelo. En ella había una casa que estaba medio en ruinas. En realidad, el terreno y la casa no valían casi nada, pero para ella había sido un auténtico tesoro porque llevaba dos años viviendo en una habitación de motel. Molly se había ofrecido a acogerla en su casa muchas veces, pero eso ya le parecía un abuso. Sonrió porque en aquellos momentos se ponía hecha una furia diciendo que se dejara de tonterías, pero ella no claudicaba. Y ese fue su último regalo, una manera de demostrarle que le importaba cuando no tenía por qué hacerlo.

Suspirando cogió la brocha mientras recordaba como su sobrino, apenas cinco minutos

después de que el abogado hablara con ella, le recriminaba ante medio pueblo que hubiera aceptado la herencia cuando él había heredado todo lo demás.

—Eres una aprovechada como tu padre —dijo con desprecio antes de escupirle a la cara.

Fue como una cuchillada, pero por respeto a Molly se le quedó mirando fijamente sin replicarle, porque sabía que era lo que quería y eso organizaría un escándalo aún mayor. Al ver que su provocación no tenía efecto, Sean se largó de allí furioso y el abogado azorado le tendió un pañuelo mientras toda aquella gente observaba. Nadie hizo nada. Nadie se acercó para consolarla en su duelo, lo que demostraba que muchos pensaban igual. Pero lo que más le dolió fue que Wess lo había visto todo. —Que le den —dijo furiosa dando un brochazo.

Capítulo 2

Al día siguiente estaba pasando la fregona por el pasillo del colegio y distraída miró hacia la entrada para ver cómo se detenía una camioneta. Se detuvo en seco al ver que era Wess con una niña de unos diez años. Se quedó de piedra al ver a aquella preciosidad de cabello negro saltar de la camioneta con cara de enfado. La niña subió los escalones con la mochila y tiró de la puerta, pero aún estaba cerrado porque quedaba una hora para abrir.

—¡Está cerrado! —dijo la niña enfadada volviéndose hacia él que ya estaba fuera de su camioneta.

Halee le vio jurar por lo bajo. —Sídney, no puedo llevarte a casa, sabes que tengo que ir a Houston.

—¡Pues vete! —Se sentó en el muro de la escalera.

Wess apretó los labios y subió las escaleras agachándose ante ella. —Venga, vamos a tomar un batido hasta que abran.

—¡No! ¡Ahora me quedo aquí! ¡Tú vete a Houston!

—Que esperen, si…

—¡Déjame en paz!

Al ver que la niña estaba a punto de llorar, Halee giró la llave que estaba en la puerta y la abrió. Wess se tensó al verla.

—¿Ocurre algo? —preguntó antes de sonreír a Sídney—. Vaya, tenemos una nueva

alumna. ¿Cómo te llamas?

—Sídney —susurró tímidamente.

—Sídney, yo soy Halee y soy la limpiadora, pero si quieres entrar para que tus compañeros no te vean aquí en tu primer día, te dejaré pasar a la biblioteca. La tendrás para ti sola. ¿Qué te parece? ¿Quieres venir conmigo?

—Vale.

Sonrió de oreja a oreja y alargó la mano. La niña la cogió casi de inmediato y caminó con ella hasta la puerta. —Eres muy afortunada, vas a conocer el cole sin nadie que te moleste. Podemos hacer un tour rápido. ¿Sabes la parte que más me gusta?

—No, ¿cuál?

—La cafetería. —Se agachó y dijo —Te aconsejo el batido de chocolate.

Sídney sonrió tímidamente y Halee abrió la puerta mirando hacia Wess que las observaba pensativo. —¿No te despides? Vas a tener un día genial, así que desea a Wess que tenga un día al menos la mitad de bueno que el tuyo.

Miró a Wess a regañadientes y solo dijo —Adiós.

Vaya, la niña tenía un cabreo de primera.

—Te veo a las tres y media, pequeña —dijo como si estuviera incómodo.

Halee cerró con llave y sus ojos coincidieron a través del cristal. Se sonrojó ligeramente y se volvió diciendo por lo bajo con ironía —De nada.

—¿Qué? —preguntó Sídney.

—Oh, nada. Se me resistía la llave. ¿Te gusta Farmville?

—No.

—Una chica sincera, ¿y dónde vivías antes?

—En Dallas.

—Una urbanita de Dallas. ¿Tus padres se han mudado aquí?

—No

—¿Y cómo es que vives en Farmville?

—Se han ido un año por trabajo y me han dejado aquí porque tengo cole.

—Claro… Es importante ir al cole. ¿Y te quedas con Wess?

—Es primo de papá.

—Que guay, te quedas en un auténtico rancho texano.

—A mí no me gusta —dijo por lo bajo—. Me dan miedo los bichos.

Vaya, la cosa mejoraba por momentos. Se agachó ante ella. —¿Sabes qué? No se lo digas a nadie, ¿vale? Pero a mí también me daban miedo cuando tenía tu edad, ¿y sabes cómo se me quitó el miedo?

—No.

—Aprendí a montar a caballo —dijo loca de contenta.

—¿A caballo? —preguntó como si ella no pensara acercarse a uno ni loca.

—Ya verás, te va a encantar.

—Son muy grandes.

—También los hay pequeños.

—¿Un pony? —Los ojos de la niña brillaron.

—Tú pídeselo al primo Wess, a ver qué te dice. —Que se fastidiara, por borde. Abrió una puerta. —Esto es administración. Esperemos que no vengas por aquí a menudo. Eso significan castigos, señorita.

Soltó una risita. —Vale.

Le guiñó un ojo. —Veamos en qué clase estás, pero no se lo digas a nadie o me meterás

en un lío. Se supone que no puedo cotillear estas cosas. —Rodearon el mostrador y abrió un fichero. —¿Tu apellido, por favor?

—Barnwood.

—Muy bien, señorita Barnwood. —Sacó su expediente y lo abrió a toda prisa cortándosele el aliento cuando vio escrito en rojo: "*Madre con trastornos de la personalidad y padre no responsable. Atención especial del psicólogo sobre todo en las primeras semanas hasta que se habitúe a su nueva vida.*" —A ver donde está… —susurró intentando disimular—. Uy, sí. Tu clase es la A. Vamos allá, ya verás como te gusta. Los del A tienen una tortuga. Te presentaré a Fiji.

—¿Una tortuga?

—Es muy mona. Camina muy lento… —Sídney soltó una risita. —Te encantará.

Entraron en su clase que estaba preciosa con toda la decoración de Halloween que habían hecho los alumnos. —Hala… —La niña impresionada miró hacia arriba donde había un esqueleto de papel maché. —Qué bonito.

—Vamos a hacer una fiesta por todo lo alto. ¿De qué te vas a disfrazar?

—¡De pirata!

—¿Una pirata buena o mala? —Puso cara de villana y Halee rio. —Ya veo. Serás la pirata más cruel de todos los mares.

—¡Sí!

—Perfecto. Pues los piratas roban.

—¿En la cafetería hay batidos?

—Me has leído el pensamiento.

Estaba recogiendo una papelera en la sala de descanso de personal, escuchando distraída como hablaban dos de las profesoras que estaban allí tomándose un café mientras los niños estaban en el recreo. —Te ha tocado la nueva, ¿no? —preguntó la señorita Foller.

Kelly Parker suspiró. —Sí, es muy tímida casi no ha hablado con nadie.

—Es lógico, está en un sitio nuevo y después de lo que ha pasado…

—¿Qué ha pasado? —preguntó Halee sin poder evitarlo.

Ambas la miraron como si no se hubieran dado cuenta de su presencia, pero fue Claudia quien contestó —Sus padres tienen problemas en su matrimonio. —Se encogió de hombros como si fuera el pan de cada día. —Su madre no la quería en casa, tenía comportamientos peligrosos y servicios sociales se la dado a Wess.

—Claudia no deberías hablar de eso. —Su compañera se levantó para servirse otro café.

—¿Por qué? Es la verdad. Wess Barnwood se lo dijo al director. Dice que está muy mal con un tratamiento psiquiátrico o algo así.

—Es una pena. Sídney debe sentirse muy sola entre tanto desconocido —dijo Halee sintiéndolo mucho por ella.

Kelly bebió de su taza antes de decir —Sola no, que tiene a los Barnwood.

Su amiga chasqueó la lengua. —Vamos, Ray no está nunca por aquí. Le interesa más irse de fiesta a la gran ciudad que nada de lo que ocurra en el rancho y el viejo no puede encargarse de la niña. Después de que tuviera el segundo infarto dicen que no puede encargarse ni de sí mismo. Solo queda Wess, ¿y crees que puede con todo con el rancho que tiene?

—Sí, necesita una mujer. —Los ojos de Kelly brillaron. —Igual ahora con todo esto, se decide a elegir esposa.

—Dios te oiga. —Claudia se miró las uñas y frunció el ceño. —Necesito una manicura.

—Te acompaño a la peluquería y que me corten las puntas. —Fueron hasta la puerta sin

recoger sus tazas. —Oye, ¿pero tú no tienes novio?

—Si Barnwood me dice ven, lo dejo todo.

Ambas se echaron a reír mientras ella las observaba con el ceño fruncido. No les importaba la niña, solo cazar a Wess. Serían idiotas. Se acercó a la mesa y cogió las dos tazas para llevarlas al fregadero y lavarlas. Era una pena que a una niña tan pequeña le sucediera algo así, pero cada uno tenía la vida que le tocaba y tendría que lidiar con ello. Esperaba que Wess pudiera ayudarla.

Salió del colegio a las tres cuando tenía que salir a las doce. El vago de Greg no quiso ir a limpiar un desastre que los chicos habían provocado en la cafetería con las pizzas que habían tirado a la pared en señal de protesta porque decían que no había quien las comiera. Así que el director le había pedido a ella que lo limpiara, como un favor, y no pudo decir que no.

En la cafetería había visto como Sídney hablaba con unas niñas y parecía contenta. La niña la saludó con la mano y sus amigas le cuchichearon algo. Sídney la miró de reojo perdiendo la sonrisa poco a poco. Recogiendo los pedazos de pizza que habían caído al suelo se sintió algo decepcionada, pero tenía diez años, no podía esperar que la defendiera de los chismorreos del pueblo. Mirándola de cuando en cuando, se fijó en las niñas que la acompañaban y apretó los labios. No eran la mejor compañía para la niña porque se creían las guais de la clase. Pero claro, la pequeña vivía con Wess y era el dueño de aquellos contornos, las preferidas querrían que se uniera a ellas. Eso les daba aún más importancia y sus padres estarían contentos. Esos pensamientos eran algo cínicos, sobre todo hablando de niños de diez años, pero desgraciadamente la vida era así.

Se subió a su camioneta y al arrancar vio que Sídney bajaba las escaleras del colegio corriendo sin dejar de llorar. Salió de la camioneta a toda prisa. —Sídney…

La niña no se detuvo y corrió tras ella. —¡Sídney espera! —Cuando consiguió alcanzarla la agarró por la cintura.

—¡No, déjame!

—No, no pienso dejarte —dijo suavemente.

La niña sollozó rompiéndole el corazón y la abrazó a ella yendo hasta un banco para sentarse con ella encima. —Vamos a ver, señorita Barnwood. —La puso de lado para verle bien el rostro. —¿Qué ha pasado, preciosa?

Sollozó de nuevo. —Annie ha dicho que mi madre está loca.

—Annie no conoce a tu madre, ¿por qué ha dicho eso?

—No lo sé. —Sorbió por la nariz con sus ojitos azules cuajados en lágrimas.

Annie era sobrina del director, así que algo habría oído. Suspiró porque los niños podían ser muy crueles. —Tus padres están de viaje por trabajo. ¿No es lo que te han dicho?

—Sí, mamá me dijo que… —Negó con la cabeza y su labio inferior tembló. —Te he mentido.

—Vaya, mentir está muy mal. ¿O lo hiciste por alguna buena razón? A veces se miente por amor, por no hacer daño…

—Me da vergüenza.

—Esa también es una buena razón para mentir. —Acarició su mejilla borrando sus lágrimas. —¿Qué ocurre, pequeña? Desahogarse y contar lo que uno lleva dentro es bueno para el corazón.

Se quedó unos segundos en silencio sin decir nada, pero Halee no quiso presionarla.

—No me quieren.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo que no te quieren? Eso es imposible.

—Me han dado al primo Wess y él tampoco me quiere.

—Como he dicho eso es imposible. ¿Tus padres tienen problemas?

La niña asintió. —Siempre están discutiendo. Cuando papá está en casa, que no es siempre, discuten mucho. Se pelean. Yo lloro, pero no me hacen caso.

—Se pelean —susurró—. ¿Cómo se pelean?

—Se insultan y… —Sollozó. —Papá la llama zorra y ella le tira cosas. Luego él se acerca y se hacen daño.

Halee la abrazó. —Cielo, lo siento muchísimo.

—Quiero volver a Dallas.

—Que estés aquí es por tu bien. —Acarició su espalda. —Todo va a ir de perlas en cuanto pasen unos días más y te acostumbres, te lo prometo.

—Quiero verles, pero Wess dice que no puedo.

—Es mejor que no les veas de momento. Tienen muchas cosas que arreglar para que no discutan más. —Apartó el cabello de su cara y sonrió. —Aquí tendrás amigas que te ayudarán a entretenerte hasta que llegue la hora de volver a casa. Piensa que son como unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones con cole?

Se echó a reír. —Pues sí con cole, porque este colegio no es como los demás. —Se acercó y susurró —Es especial.

—Pues a mí me parece como todos.

Que lista era. Se echó a reír y en ese momento frenó ante ellas la camioneta de Wess que salió del vehículo a toda prisa. —¿Qué hacéis aquí?

La niña agachó la cara avergonzada abrazándola por el cuello y Halee apretando los labios se levantó. —Nada, que se ha disgustado un poco por lo que ha dicho una de sus compañeras. Pero ya se le ha pasado, ¿verdad que sí, cielo?

—Sí.

Wess muy tenso dijo —¿Podemos hablar solos unos minutos? No te robaré mucho tiempo.

—Sí, claro. Dime.

Él impotente miró a la niña. —Sídney, ¿dónde está tu mochila?

—En clase.

Al mirar hacia la entrada vio a su profesora hablando con el psicólogo del colegio. —¿Por qué no vas a buscarla mientras hablamos?

—¿Tengo que entrar?

Halee se agachó para dejarla en el suelo y la cogió por las mejillas. —Claro que vas a entrar, porque a los Barnwood no les da miedo nada. Pregúntale a tu primo.

Le miró de reojo y Wess elevó la barbilla. —¿Crees que a mí me da miedo algo?

—No.

—Pues a por la mochila.

Salió corriendo y ambos la observaron entrar. La profesora entró con ella, pero el psicólogo se quedó fuera y bajó los escalones. —Joder… —dijo Wess molesto antes de volverse hacia ella—. Mira, puede que todo esto lo estés haciendo con buena intención. —Ella abrió la boca para contestar, pero no se lo permitió. —Pero me importa una mierda. No eres una buena influencia para la niña y no quiero que te acerques a ella, ¿me has entendido?

Palideció. —Así que no soy una buena influencia para ella.

—Pues no. No puedes enseñarle nada bueno, así que si quieres conservar ese trabajo de mierda que tienes, te aconsejo que cada vez que la veas salgas corriendo.

Se quedó de piedra porque esas palabras le dolieron y hacía mucho tiempo que nada la dañaba de esa manera. —Bien. —Se volvió disimulando como podía y se subió a su camioneta para largarse de allí. Eso le pasaba por intentar ayudar. Reprimiendo las lágrimas dijo —Maldito

el día en que se me ocurrió volver a esta mierda de pueblo.

Capítulo 3

Afortunadamente como era viernes pudo disfrutar del fin de semana haciendo alguna cosilla por la casa. El domingo estaba terminando de pintar las sillas que había comprado de segunda mano por internet cuando escuchó el motor de un coche. Como fuera de nuevo Barry para hablar de sus padres iba a soltar cuatro gritos. Ni se volvió esperando que se diera por enterado, pero cuando escuchó el portazo y los pasos en la gravilla acercándose frunció el ceño porque Barry hubiera saludado en cuanto se bajara del coche. Miró sobre su hombro y se tensó al ver que Wess estaba allí observando la casa. Sus ojos bajaron hasta ella y apretó los labios como si le molestara verla. Halee se incorporó soltando la brocha y puso los brazos en jarras mostrando su vieja camiseta llena de pintura y sus pantalones cortos. Era increíble que después de lo que le había dicho tuviera el descaro de ir hasta su casa. Al parecer ese imbécil no había terminado de ponerla verde. —¿A qué debo el honor? —preguntó ella con burla.

—No estoy aquí por gusto, te lo aseguro.

—Oh, ¿no me digas? ¿Qué coño quieres? Si vienes para que no hable más con Sídney ya lo he pillado.

Él apretó los labios. —Está llorando. —Halee se tensó aún más. —No ha dejado de llorar desde que salió del colegio hace dos días. Cuando estaba contigo… —Gruñó por lo bajo. —No lloraba.

Entrecerró los ojos. —Disculpa… Creo que no pillo por qué estás aquí.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice qué?

—¡Qué hablara contigo! Ha hablado contigo, ¿no? Cuando llegué al colegio el otro día tú reías y no lloraba. ¡Y ahora llora! ¡Joder, y no me habla! ¡No quiere ni verme! ¡Como si yo tuviera la culpa de todo lo que está pasando! —Asombrada vio como caminaba de un lado a otro. —¡Yo no soy el responsable de esta situación, hostia! ¡Si hace una semana ni la conocía! —Halee levantó una ceja viendo lo nervioso que estaba. —¡No entiendo nada de niños y de niñas menos! —La miró como esperando una respuesta. —¿Bien?

—¿Bien qué?

—¿Que cómo lo hiciste, estás sorda?

—¿Me estás pidiendo consejo? —preguntó pasmada—. Si no querías ni que le hablara, ¿y ahora quieres mi consejo?

Él carraspeó. —Y no quiero que le hables.

—Ah, ¿no? —No salía de su asombro. —Pero quieres mi consejo.

—Tú la entiendes, os criasteis de manera parecida. Y no quiero que salga como tú, así que dime cómo hacer para no cometer los mismos errores.

¿Ese tío era imbécil? Un imbécil de primera que estaba como un tren, pero un imbécil al fin y al cabo. Aunque debería haberse dado cuenta de eso hacía mucho. —Los mismos errores…

—Entiendes perfectamente lo que quiero decir, no me hagas repetirlo. Necesito ayuda. Sídney tiene un comportamiento que no entiendo y ya no sé qué hacer.

—¿No lo entiendes? —Mosqueada bajó un escalón. —¿No entiendes que la han separado de lo único que conocía?

—¡Pero si aquí vive mil veces mejor!

—¡Son sus padres!

—¡Son unos irresponsables que solo le han dado mala vida! ¡Si el estado se la ha quitado es por algo!

Apretó los labios. —Puede que pienses que son escoria, pero para ella son su mundo y con esa edad aún más. ¿No te das cuenta de que cree que son los únicos que pueden quererla? Es muy consciente de que no deseas que esté aquí, me lo ha dicho. —Wess juró por lo bajo. —Y no me extraña que piense eso si ni siquiera te interesas por la hora en la que entra al colegio. ¡Ahora lárgate de mi casa!

—Sí que me interesé, pero tenía que ir a Houston, leche. Y no podía llevarla mi padre, está en una silla de ruedas. La señora Milford se niega a cuidar niños y…

—¡No me cuentes tu vida! —gritó indignada.

—¡Me has preguntado tú!

—¡Yo no te he preguntado nada! ¡Tu vida me interesa muy poco! —Señaló con el dedo la carretera. —Ahora lárgate de una vez.

Wess la miró fijamente. —Pero Sídney sí que te interesa. Al menos has sido amable con ella. —Dio un paso hacia las escaleras. —¿Quieres que la devuelva? ¿Que llame a servicios sociales para que se la lleven?

—Eres un cabrón —dijo furiosa.

—No sé tú, pero tengo un rancho que atender, un padre enfermo y un hermano gilipollas. ¡No tengo tiempo para esto, así que dime qué hacer para que la niña se calme y esté a gusto entre nosotros!

—¿Quieres la clave?

—¡Sí, joder!

—Amor.

Él frunció el ceño. —¿Qué?

—Amor, interés, dedicación, tiempo, eso es lo que conlleva ser padre, ¡maldito inútil!

—¿Qué me has llamado?

—¡Necesita que la quieran, que la comprendan! ¡No es tan difícil de entender!

—¡No deja que me acerque a ella!

—Sabía que la paciencia no era lo tuyo. Ni la empatía. —Se cruzó de brazos. —Ya te he dicho lo que tienes que hacer, ahora largo.

—No me has dicho una mierda.

—¿Pero qué pretendes que te haga, un croquis?

Frustrado se volvió y juró por lo bajo antes de ir hacia la puerta de su camioneta. —No te acerques a ella.

Jadeó indignada. —¡Si me habla no pienso rechazarla!

La miró furioso, pero no dijo ni pío subiéndose a su camioneta y ella gritó —¡Y no vuelvas por aquí!

Aceleró marcha atrás levantando polvo y giró el volante fulminándola con la mirada. Sería mamón, encima la miraba como si tuviera la culpa de sus males. Furiosa fue hasta donde había dejado la brocha. —Hala, ya te ha alterado otra vez. —Se acuclilló ante la silla y preocupada por Sídney miró hacia la carretera. Que hubiera ido hasta allí tragándose su orgullo significaba que la niña le importaba. Le iría bien. Les iría bien. Si algo tenían los Barnwood es que cuidaban a los suyos y cuando se empeñaban en algo siempre lo conseguían.

Empujando el carrito de la limpieza dio la vuelta a la esquina y vio a Sídney con Tatiana ante su taquilla mirando un móvil. Sonrió porque desde la fiesta de Halloween era su nueva mejor amiga y era buena chica, sus padres eran muy agradables y serían un buen referente para

Sídney. Su chica levantó la vista y sonrió. —Hola.

—Hola, ¿qué tal la mañana?

—He sacado una A en mates.

—Impresionante. —Miró a Tatiana levantando una ceja.

—Una B, pero la próxima vez la ganaré.

—Ja, ja —dijo Sídney divertida—. Más quisieras, los Barnwood siempre ganamos.

—Pues los Forrester no nos quedamos atrás.

Halee rio. —Vale, chicas. Dejemos las rivalidades académicas para otro momento. ¿No tendríais que estar yendo hacia la clase de gimnasia?

—Hoy no… —Sídney se quedó con la boca abierta mirando hacia la puerta del colegio y Halee miró hacia allí para ver un hombre parecidísimo a Wess con aspecto desaliñado.

—¿Papá?

La niña salió corriendo y Halee juró por lo bajo viéndola como se tiraba a él para abrazarle llorando. —Mi niña…

—Tati vete a avisar al director —dijo Halee muy tensa.

La niña salió corriendo y Halee se acercó a ellos. —Disculpe, no se puede estar aquí.

La miró con rencor. —He venido a ver a mi hija.

—Ya, pero para eso hay unos horarios. Si quiere verla, tendrá que ser después de clase y con el consentimiento de su tutor. Por favor, déjela en el suelo.

La abrazó con más fuerza. —Es mi hija, joder, y la veré cuando me dé la gana.

—¿Halee? —preguntó la niña asustada.

—Tranquila pequeña, tu padre te va a dejar en el suelo y vamos a hablar esto como dos personas civilizadas.

—Anda y que te follen. —Se volvió con la niña en brazos.

—¡Oiga! ¡No puede llevársela! —Corrió tras él preguntándose dónde estaba el portero. Fumando tras el centro, seguramente. Le agarró del brazo. —No puede llevársela.

—¿Pero qué haces, idiota? Es mi hija. —Con la mano libre le dio un empujón y Halee cayó al suelo viendo como bajaba los escalones corriendo. La niña se echó a llorar y la rabia la invadió provocando que se levantara a toda prisa para correr tras ellos. Él llegó hasta un viejo coche azul y abrió la puerta del pasajero, pero Halee le agarró por el pelo. —¡Suéltala!

—¡Serás zorra!

—¡Papá, papá! —La niña se revolvió entre sus brazos llorando y terminó por caer al suelo.

Este se volvió y le pegó a Halee un puñetazo en el pómulo que la lanzó sobre el césped que rodeaba el aparcamiento, pero la furia la hizo levantarse de nuevo agarrándole del brazo cuando empujaba a la niña dentro del coche. —¡No te la vas a llevar!

—¡Halee! —gritó alguien justo antes de que se escuchara la detonación. Sorprendida miró hacia abajo para ver que tenía una pistola en la otra mano y asustada por si había disparado a la niña gritó intentando arrebatarle el arma agarrándole por la muñeca. Él tiró de ella por la trenza, pero no pudo librarse de Halee que fuera de sí le mordió la mano haciéndole aullar de dolor hasta que el arma cayó al suelo. El padre de Sídney la empujó provocando que se golpeara contra la puerta abierta y ella levantó una pierna dándole una patada en el abdomen alejándole del coche un par de pasos. Ambos se lanzaron por la pistola, pero Halee la cogió primero apuntándole a la cara. Con la respiración agitada se quedaron muy quietos. —Ahora aléjate del coche, muy despacio.

—Esto lo vas a pagar.

—Esa frase la he oído muchas veces. ¡Aléjate si no quieres un agujero en la frente, capullo!

—¿Halee? —dijo la niña muerta de miedo.

—Ya ha pasado todo, cielo. No te muevas del coche.

El sonido de una sirena la hizo suspirar del alivio y mientras él se levantaba dos coches del sheriff frenaron rodeándoles. El sheriff salió con la pistola en alto. —¡De rodillas! —gritó apuntándole.

Ese hombre la miró con tal odio que supo que si tuviera la oportunidad la mataría y se le pusieron los pelos de punta porque era mucho más peligroso que su padre. Ni se quería imaginar la vida que había tenido la niña en la ciudad.

—¿No me has oído? De rodillas. ¡Levanta las manos y ponte de rodillas!

Él sonrió irónico elevando las manos.

—¡Ponlas tras la cabeza!

Lo hizo lentamente y se puso de rodillas frente a ella. —Cuando menos te lo esperes…

—Cuéntame otra que esa ya me la sé.

El sheriff gritó —¡Espósale, Barry!

El ayudante se acercó a él sin que su jefe dejara de apuntarle y el sheriff Potter la miró a los ojos. —¿Estás bien?

—Sí. —Cuando estuvo esposado dejó caer la mano del arma y suspiró apoyándose en el coche. Le temblaban las piernas. —Creo que estoy bien.

—¿Te ha disparado? —preguntó Barry acercándose a ella.

—No, creo que… —Se miró y vio su bata de trabajo manchada de sangre y le tendió la pistola antes de levantarla a toda prisa para mostrar que sus leggins grises tenían un agujero en el muslo. —La madre que lo trajo —dijo entre dientes antes de mirar a Barry—. Coge a la niña y ponla de espaldas.

—¿Qué?

—No quiero que vea esto.

Su antiguo amigo asintió y a toda prisa sacó a la niña del coche alejándola hacia el coche patrulla. Aquel mamón se echó a reír y furiosa le miró. —¿Te hace gracia?

—Jódete.

—No, al que van a joder en prisión es a ti, pero seguro que lo disfrutas. —Le dio un puñetazo que le volvió la cara. —¿Sabes? Nunca me quedo con el golpe. —Le arreó otro puñetazo que le rompió la nariz y el sheriff sonrió viendo como también escupía un diente.

Le miró con desprecio dando un paso atrás y vio como varios profesores estaban en las escaleras observando. Preocupada por Sídney se volvió hacia Barry que agachado tras la puerta trasera hablaba con ella intentando tranquilizarla. Se acercó a toda prisa y Barry se levantó para dejarle sitio. Se agachó ante ella y sonrió. —¿Estás bien?

Sollozó tirándose a su cuello y Halee la abrazó con fuerza cerrando los ojos sabiendo perfectamente lo que estaba sintiendo. —No pasa nada, aquí estás segura.

—Papá es malo.

—Shusss… No volverás a verle, ¿de acuerdo?

—Halee necesitas atención médica.

—Espera. —Acarició su espalda. —¿Sabes qué? Por ser tan valiente mereces un helado.

—¿Helado en invierno?

—Claro que sí, los helados son para todo el año. ¿Acaso no comes helado con la tarta de manzana?

Sorbió por la nariz y negando con la cabeza se alejó para mirarla a los ojos. —No.

—No fastidies. Tendré que hablar con la señora Milford para que se ponga las pilas. —Chasqueó la lengua acariciando su melena morena. —Claro, es que es de otra generación. Los de mi generación siempre la comemos con helado. ¿Verdad Barry?

—El helado es imprescindible.

—¿De fresa? —preguntó la niña.

—Puede ser de lo que quieras. A mí me gusta el de vainilla con chocolate. —La miró cómplice. —Con virutitas de chocolate y galleta Oreo.

—Hala… Yo también quiero.

—Haré una tarta de manzana que te chuparás los dedos. —Acarició su mejilla antes de besarla en la frente. Sídney la abrazó por el cuello como si no quisiera soltarla y como empezaba a dolerle la pierna se levantó con ella y la sentó sobre el capó del coche.

El sheriff se acercó después de meter al padre de Sídney en el otro coche patrulla. —Ya he llamado a Wess. No tardará, estaba en Farmville.

Miró hacia el colegio y vio como el director Sawyer se acercaba con el psicólogo de los niños que preguntó —¿Estás bien, Halee?

Ella forzó una sonrisa y cuando empezaron a hablar con el sheriff sobre lo que había ocurrido, elevó a la niña sujetándola por el trasero y se alejó. No quería que escuchara nada de lo que se dijera allí. —¿Sabes? Me ha dicho un pajarito que ya montas en pony.

—Sí —susurró la niña—. Wess me ha comprado uno. Se llama Tesoro.

—Que nombre más bonito. ¿Se te ocurrió a ti?

—Sí.

—Así que ya no le tienes miedo a los bichos.

—Bueno…

Rio por lo bajo. —¿Qué te puede asustar a ti? ¿Un bicho asqueroso? Tú eres más grande, ¿recuerdas? —Se acercó a su oído y susurró —Te tienen más miedo a ti. —La besó en la mejilla. —Una niña tan bonita como tú y Barnwood además, no debe tener miedo.

—Eso dice Wess.

—¿Ves? ¿Y acaso Wess se equivoca en algo?

—No, él manda.

Anda, mira como la aleccionaba. Hizo una mueca porque la verdad es que era el que mandaba en aquel pueblo, pero un poco de humildad, por favor. Rio por lo bajo. —Claro que sí, él manda.

Como si le hubieran invocado su camioneta entró en el aparcamiento a toda velocidad y frenó a su lado. Acariciando la espalda de la niña se miraron a través de la ventanilla del copiloto y Wess se bajó a toda prisa rodeando la camioneta por delante. —¿Qué coño ha pasado? —Al mirar su bata manchada de sangre se detuvo en seco. —¿Halee?

—Coge a la niña.

—¡No! —La pequeña se aferró a su cuello. —¡No me dejes!

—No voy a dejarte, cielo, pero…

—¡No!

—No pasa nada.

Wess se agachó para apartar la bata y juró por lo bajo al ver la herida de su muslo. —No digas nada —dijo ella.

Él se quitó el cinturón a toda prisa y rodeó su muslo por encima de la herida. Se le cortó el aliento porque era el primer gesto amable que había tenido con ella en toda su vida y casi ni se lo podía creer. Cuando apretó el cinturón gimió de dolor, pero sonrió a la niña que la miró en ese momento. Wess se incorporó y mirando tras ellas apretó los labios porque seguramente estaba viendo a su primo en el coche. Halee se volvió para ver que el sheriff se acercaba a toda prisa.

Wess preguntó —¿Dónde está la ambulancia?

—En un accidente en la interestatal, ya han enviado a otra, pero tardará en llegar. Vamos Halee, Barry te llevará al hospital.

—La llevaré yo. —Abrió la puerta de la camioneta y se acercó a la niña. —Vamos peque, deja que Halee suba, tiene que sentarse.

La verdad es que sí porque no sabía si era por el susto en el cuerpo o por la herida, pero se empezaba a sentir algo floja. —Wess, coge a la niña, me mareo.

A pesar de las protestas de Sídney, él la cogió en brazos y Halee se apoyó en la camioneta. Wess subió a la niña a toda prisa y la agarró por el brazo para sujetarla. Esa mano en su brazo provocó que algo la recorriera de arriba abajo. Algo que no supo definir, pero deseó sentirse así el resto de su vida. Qué estupidez, le ocurría eso porque normalmente nadie la tocaba, lo que era realmente triste. Incomprensiblemente sintió ganas de llorar y disimulando subió el pie al peldaño de la camioneta, la pierna le falló y él la cogió en brazos antes de que se diera cuenta elevándola hasta el asiento como si no pesara nada. —Gracias —dijo casi sin voz.

—No, gracias a ti. —Otra sorpresa y miró sus ojos sin poder evitarlo mientras él decía —Lo que has hecho ha sido muy valiente.

—Qué va. —Apartó la vista avergonzada y miró hacia la niña pasándole el brazo por los hombros mientras él rodeaba el vehículo a toda prisa y se sentaba tras el volante. —Bueno, ¿entonces cómo quieres el helado?

—De fresa —dijo apretujándose contra ella.

—Tiene que ser al menos de tres bolas. Wess a la heladería.

La miró como si estuviera loca y Halee le advirtió con la mirada. —Mueve el culo, queremos un helado.

—¿Pero qué dices?

—Arranca de una vez —dijo entre dientes.

Él gruñó girando la llave. —Tenemos que darnos prisa.

—Pues espabila. Y después la niña se queda en casa que tiene que sacar el pony. ¿A que hoy no le has dado su paseo?

—No. Así lo verás —dijo ilusionada.

—Tengo unas ganas…

—Halee esto es ridículo.

—Tengo una idea mejor. Vuelve al aparcamiento que voy en mi coche. Así te llevas a Sídney al rancho y…

—¡Ni hablar! ¡Deja de decir tonterías! ¡Nos vamos al hospital y después habrá helado! ¡Y no quiero más protestas!

Ambas volvieron la cabeza hacia él y entrecerraron los ojos. —¡No me miréis así! ¡No voy a cambiar de opinión!

Capítulo 4

Sentados en la sala de espera de la consulta del médico del pueblo, la niña se comía el enorme helado de fresa. Wess estiraba el cuello para mirar el pasillo. Al final había una puerta cerrada donde el doctor Carmichael estaba revisando a Halee. —Tarda mucho, ¿no?

La niña le miró de reojo y se encogió de hombros. Wess carraspeó levantándose y en ese momento salió Carol de la consulta. Se acercó a toda prisa a la vieja enfermera. —¿Hay que llevarla al hospital?

—No, el doctor se encarga. La bala ha salido y solo hay que coserla porque no ha dañado nada importante.

—Pero sangraba mucho.

—Lo normal cuando te pegan un tiro. —Abrió un armarito y sacó unas jeringuillas. Estaba cogiendo dos viales cuando le dijo —¿Qué es lo que ha pasado?

—Ya te enterarás —dijo molesto—. ¿Puedo pasar?

—No —respondió en el mismo tono antes de ir hacia la consulta cerrando la puerta a toda prisa.

Él gruñó volviéndose y regresó a la sala de espera donde la niña ya se había comido el helado. —Como no te comas la cena me vas a oír —dijo sentándose a su lado.

Sídney chasqueó la lengua. —¿Qué le pasa a Halee? ¿Papá le ha hecho daño?

—Se pondrá bien.

—Eso decía mamá después de discutir con él.

La miró fijamente. —¿Discutía mucho con tu padre?

Se apretó las manos inquieta y susurró —Todos los días.

—¿Él le pegaba?

—Y ella a él.

—¿Y a ti te pegaban?

Negó con la cabeza. —Me encerraban en mi habitación para que no molestara. —Le miró de soslayo. —Si te molesto puedes encerrarme, no me importa.

Él apretó los labios. —No voy a encerrarte.

—¿Y cómo vas a castigarme? ¿Vas a pegarme?

—No Sídney, no voy a pegarte.

—¿Y cómo me castigarás?

Él gruñó. —Ya se me ocurrirá algo, tú tranquila. De momento cuando te portes mal no montarás a Tesoro.

—¡Jo!

—Y sin protestar, señorita.

Se quedaron en silencio unos minutos. —Sus papás también son malos.

Wess la miró. —¿De qué hablas?

—Me lo ha contado Tati. Lo sabe todo el pueblo. Los papás de Halee son malos. El otro director del colegio, el que había antes, la llevó muchas veces a su despacho porque tenía morados. Le hacían daño.

Wess se tensó poniéndose de cuclillas ante ella. —¿Qué dices? Yo nunca escuché nada de eso.

—Pues Tati lo sabe. Y mucha gente también.

—¿Qué gente?

—Gente. El cura.

—¿Cómo que el cura?

—Una vez dio un sermón sobre eso. Cuando me quedé a dormir en casa de Tati, sus papás me preguntaron si ya conocía a mucha gente en el pueblo. Yo les dije que a la que más conocía era a Halee y sonrieron, pero no esa sonrisa de verdad. ¿Me entiendes? Le pregunté a Tati y me lo contó. Después fui al baño que está en el pasillo. Oí a sus padres en su habitación. No tenían la puerta cerrada, yo no me puse a escuchar, te lo juro.

—No pasa nada. ¿De qué hablaban?

—De eso. ¿Sabes que acabó en el hospital con catorce años? El padre del padre de Tati era sheriff entonces y él lo sabía todo. —Se acercó y susurró —Su papá le golpeó en la barriguita y tuvieron que operarla. Estuvo muy malita. —Abrió los ojos como platos. —¿Y sabes lo que hizo Halee?

—No, cielo. ¿Qué hizo?

—Cuando volvió a casa cogió un bate de béisbol y le golpeó mucho. Tanto que él no volvió a tocarla. Le tiene miedo. —Wess impresionado asintió. —¿Y sabes lo que dijo el papá de Tati?

—No, ¿qué?

—Que había hecho bien. Hizo bien, ¿verdad?

—Sí, hizo muy bien.

—También hablaron de su madre. De como en cuanto salió del hospital hace unas semanas ha vuelto a las andadas. —Frunció el ceño. —Eso no lo entendí bien. ¿Su mamá es como la mía?

—Algo así, cielo.

—Halee se escapó con dieciséis, pero yo ya no tengo que escaparme, ¿a que no? Yo te tengo a ti. Ella no tenía a nadie, pero yo te tengo a ti y a Halee.

Wess perdió todo el color de la cara y asintió. —Sí, preciosa. Tú nos tienes a nosotros.

—Es una pena que Halee no tuviera un primo que la ayudara. —Se tiró a su cuello para abrazarle. Impresionado la abrazó a él. —No dejarás que se me lleven, ¿verdad?

—¿Quieres quedarte con nosotros?

—Sí. Papá es malo, ha hecho daño a Halee.

—No tendrás que volver a verle, te lo prometo.

—¿Y me quedaré contigo? —preguntó insegura.

—Sí, te quedarás conmigo.

La niña apoyó la mejilla en su pecho. —Quiero otro helado.

—De eso nada, señorita.

—Vale.

Él sonrió y en ese momento se abrió la puerta de la consulta mostrando a Halee que salía cojeando. Wess se incorporó para mirarla y ella percibió algo distinto en sus ojos. Se detuvo en seco frunciendo el ceño. —¿Qué?

—Nada. —Él carraspeó. —¿Estás bien?

—Esto no es nada. ¿Verdad doc?

—Halee es una chica dura. Unos días de descanso y como nueva. Niña acuérdate de tomar el antibiótico.

—Hecho. —Caminó hasta el hall.

—Y los calmantes, que te veo venir. ¡Eso del pómulo tiene que dolerte un montón y ya no digamos la herida de la pierna!

—Ajá…

—¡No, ajá no que luego no te los tomas!

—No sea pesado, doc.

Abrió la puerta de la consulta saliendo al exterior y el doctor levantó los brazos exasperado. —Esta chica… ¡Si ni siquiera ha cogido las recetas!

—Yo me encargo —dijo Wess acercándose a él.

El médico gruñó sacando las recetas del bolsillo de la bata. —Una cada ocho horas y si hay algo raro como que le suba la fiebre tiene que volver.

—Entendido.

—Si se toma el antibiótico me doy con un canto en los dientes.

—Se las tomará todas.

—Bien. —El doctor sonrió a la niña. —¿Ya te has acabado el helado?

—No era para tanto. —Corrió hasta la puerta y salió. —¡Wess, se va caminando! ¡Halee espera!

La niña salió corriendo y él juró por lo bajo corriendo tras ellas. —¿Pero qué coño…? ¡Halee a dónde vas!

Ella se detuvo. —¿A casa?

—¿Cómo que a casa? ¿Y quién va a cuidarte?

Le miraba como si no entendiera la pregunta —Joder… —Caminó hasta ella. —¿Y si te sube la fiebre?

—Pues llamo al doctor.

—¿Y si te caes? ¿Y si te desmayas?

—¿Y si pasa un huracán que lo arrasa todo y me lleva volando? No digas tonterías, Wess —Se volvió y siguió caminando. —Peque te veo en el cole.

—Vale. —La niña se volvió y cogió su mano. —Vamos Wess, no estoy castigada y puedo montar a Tesoro.

—No, espera que… ¡Tu casa está muy lejos!

—¡Quiero caminar!

Observó a Halee mientras se alejaba. Era evidente que quería estar sola, pero que se fuera caminando en ese estado le revolvió las tripas.

—Vamos… —Insistió la niña que era evidente que ya había pasado página respecto a lo que había ocurrido.

Halee dio la vuelta a la esquina y desapareció. Wess juró por lo bajo volviéndose. —Mierda.

Acababa de llegar a casa cuando escuchó el motor de un coche y juró por lo bajo levantándose del sofá. Suponiendo que era Barry para tomarle declaración fue hasta la ventana, pero para su sorpresa era Wess. Otra vez. ¿Qué rayos quería ahora? Le dolía la pierna, estaba agotada y solo quería tumbarse un rato.

Él aparcó ante su casa y se bajó con una bolsa de papel en la mano. Puso los ojos en blanco. Las pastillas. ¿Ahora iba de buen vecino? Increíble. Fue hasta la puerta cojeando y la abrió para verle subir las escaleras. —¿No te había dicho que no volvieras por aquí? —le espetó mosqueada.

—Las pastillas.

Halee miró la bolsa. —¿Por un instante no se te ha pasado por la cabeza que no las quiero?

—Lo que se me ha pasado por la cabeza es que tienes la loca idea de que pueden llevarte

a algún tipo de dependencia y que por eso te niegas a tomarlas.

Entrecerró los ojos. —Pues eso, ahora largo.

Él entró en la casa como si tuviera todo el derecho del mundo.

—¡Eh!

Asombrado miró a su alrededor para ver que donde estaba la escalera que daba al segundo piso, había un montón de cuadros de vivos colores colgados en la pared pintada en color verde.

—Oye, ¿qué estás haciendo?

Wess miró hacia el salón. Todos los muebles estaban pintados en blanco y los colores de las paredes los hacían destacar. —Tienes una casa muy bonita.

Se sonrojó de gusto. —Gracias. —Alargó la mano cogiendo la bolsita. —Ahora si me disculpas…

No le hizo ni caso yendo hacia la cocina. Allí los muebles estaban pintados de un verde intenso haciendo juego con la mesa de la cocina. —Tienes mucho gusto.

—Parece que te asombra —dijo molesta.

—Pues si te digo la verdad sí. —Caminó hasta el vajillero y separó los labios de la impresión. —Esa es la vajilla de mi abuela.

Se puso como un tomate. —No, no lo es.

—Sí que lo es —dijo asombrado—. La señora Milford insistió en tirarla porque faltaban cinco platos y no los encontraba por ningún sitio.

—¿Quieres largarte de una vez?

—¿De dónde la has sacado?

Dios, qué vergüenza. Era evidente que no lo iba a dejar, así que dijo —Me la dio el cura, ¿vale?

—¿Qué?

—La señora Milford se la dio a él y el cura me la dio a mí como regalo cuando me mudé a esta casa. ¡No sabía que era tuya!

Wess entrecerró los ojos. —¿Me estás mintiendo?

—¿Por qué iba a mentirte? —dijo indignada. Entonces se tensó—. Ya entiendo, soy Halee Hessler y mi reputación me precede, ¿no? ¡Pues no la he robado!

—No he dicho que lo hicieras.

—¡Consideras que no soy una buena influencia para Sídney, sé de sobra la opinión que tienes de mí! —Fue hasta el vajillero y lo abrió. —Llévate tus malditos platos.

—Halee…

Los sacó del mueble y los dejó sobre la encimera antes de coger la siguiente pila. —¡Halee para! ¡Yo no los quiero para nada! —Al ver que no le hacía caso se los quitó de las manos y la salsera cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó ella. Se agachó horrorizada—. Era preciosa, ya no las hacen así.

—Joder. —Dejó los platos sobre la encimera y se agachó ante ella que estaba recogiendo los pedazos. —Lo siento, te compraré otra.

Le miró y a Wess se le cortó el aliento al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. —Halee…

—¡Vete de mi casa! —gritó histérica—. ¡Esta es mi casa, no tienes derecho a estar aquí!

Entonces se dio cuenta. Aquel era su refugio, donde se sentía segura, a gusto y él lo había invadido con su presencia. —No pasa nada —susurró él.

—¡Sí que pasa! ¡Quiero que te vayas!

Wess apretó los labios observando como frenética recogía los pedazos. Como había

recogido los pedazos de su vida. —¿Por qué regresaste al pueblo?

Esa pregunta la detuvo en seco. —¿Qué?

—¿De todos los sitios del mundo por qué has tenido que regresar aquí? Los que te hemos tratado mal vivimos aquí, tus padres viven aquí, ¿por qué Halee?

Una lágrima recorrió su mejilla y se levantó yendo hacia el cubo de la basura para tirar la porcelana.

—¿Por qué Halee?

—Porque Molly…

Se incorporó dando un paso hacia ella. —¿Molly qué?

—Fue la única que realmente me quiso a su lado. —Se volvió para mirarle furiosa. —¿Contento? ¡Pues ya lo sabes! ¡Y me dejó esta casa, así que no pienso largarme como pretendes!

—No quería…

—¡Claro que querías, siempre me has mirado con desprecio! —Fuera de sí dio un paso hacia él. —Puede que sea la hija de los borrachos del pueblo, que mis padres sean escoria, pero no soy estúpida ¿sabes?

Muy tenso respondió —Nunca he pensado que lo fueras.

—Claro que no, todo lo contrario, crees que era demasiado lista, ¡una ladrona y una puta! ¡Vamos reconócelo! Hace dos años creíste que había robado en tu coche aquel día en la feria, ¿no es cierto? ¡Se lo dijiste al sheriff, él me lo dijo!

—Estabas allí, era evidente que me odiabas y… —Juró por lo bajo volviéndose porque no soportaba su mirada de dolor.

—¡Así que tenía que ser yo!

—¡No fuiste tú, pero sabías quien había sido! ¡Estabas en el puesto que había al lado vendiendo tartas!

—¿Y?

La miró asombrado. —¿Cómo que y? ¡No dijiste nada!

Rio con desprecio. —Me importa una mierda si te roban la camioneta o te queman el rancho. ¿Lo pillas? ¡Aplaudí cuando te rompieron la ventanilla y te rayaron el coche!

Muy tenso enderezó la espalda. —¡Muy bien puede que me lo mereciera, pero jamás pensé que fueras una puta!

Ella negó con la cabeza como si no se lo creyera. —Vuelves a mentir. ¡Debes pensar que no tenía oídos para lo que comentaba la gente antes de irme! ¡Le dijiste a tu gran amigo Jeff que puede que estuviera buena, pero que jamás en la vida me tocarías un pelo porque debía tener el coño lleno de venéreas! ¡Además, te daba asco porque ya me había tirado a la mitad de los vaqueros de la zona por un buen dinero!

Wess palideció recordando esas palabras en el bar del pueblo después de unas cuantas cervezas. Recordó cómo los vaqueros se rieron. —No tengo excusa, pero…

—¡Tenía dieciséis años! —gritó desgarrada.

—Los vaqueros comentaban…

—Eres un cerdo. —Le empujó por el pecho. —¡Fuera de mi casa!

—Halee, déjame que te explique…

—¡Fuera de mi casa! —gritó como un animal herido—. ¡Fuera!

Viendo lo alterada que estaba dio un paso atrás realmente impactado porque mucho de ese dolor lo había provocado él. Impotente se volvió y salió de la casa a toda prisa. Halee sollozó tapándose la cara con las manos. No, no tenía que haber regresado al pueblo. Jamás debería haberlo pisado de nuevo.

Wess aparcó la camioneta ante su rancho y juró por lo bajo antes de salir dando un portazo. Su padre silbó desde el porche. —Que se prepare el que haya sido, que mi hijo no se va a quedar de brazos cruzados. ¿A quién vas a partirle la cara, muchacho? —preguntó divertido.

Caminó hasta los cuatro escalones y los subió en dos zancadas. —Al parecer tengo tan mala leche que voy destrozando vidas por ahí.

Walter entrecerró los ojos. —¿De qué hablas?

—Nada, no importa. —Pero sí importaba. Miró hacia la casa. —¿Y la niña?

—Ya ha cenado y está en su cuarto dando la lengua por teléfono con esa Tati. —Su padre le observó. —Hijo, ¿qué ocurre? No te había visto así de disgustado desde hace mucho tiempo. Si es por tu primo no te preocupes, es un mierda y se merece acabar en prisión.

—No es por eso. —Se sentó en la barandilla. —¿Te has enterado de todo?

—El sheriff se pasó por aquí, quería hablar contigo. Al parecer la niña debe declarar.

—Estupendo —dijo molesto—. ¿Para que lo recuerde todo de nuevo? ¡Halee ha intentado que lo olvide, joder!

—¿Cómo está la muchacha? El sheriff me ha dicho que ese cabrón le pegó un tiro. —Se quedó en silencio y Walter apretó los labios. —¿Está mal?

—Este episodio ha removido cosas…

—Entiendo. Esa chica también lo ha pasado mal y su relación con Sídney no debe ser positiva para ella. Le hace recordar cosas muy desagradables.

Le miró sorprendido. —¿Lo sabías?

—¿Que su padre le arreaba? Claro. —Frunció el ceño. —¿Tú no?

—No, joder. No sabía nada.

—El sheriff Forrester era muy amigo mío y a veces me comentaba las andanzas de Hessler. Ese mamón es un maldito cobarde. La envió al hospital porque Halee se negó a darle los

ahorros que había conseguido limpiando establos.

Wess separó los labios de la impresión. —¿Y por qué no acabó en prisión?

—La madre lo negó todo. Dijo que se había caído por las escaleras. Que se había peleado con alguien, que entró en casa sin encender la luz para que ellos no la vieran y que se cayó por las escaleras. Un amigo de Hessler declaró que había estado con él toda la noche, así que cuando la niña se despertó de la operación y declaró no sirvió de nada. Lo más increíble es que la enviaron de nuevo con sus padres.

—Hijos de puta.

—Para no avergonzarla, el sheriff ordenó a los suyos que dijeran que se había caído por las escaleras porque tenía demasiada fiebre a causa de una apendicitis. Fue lo que se dijo también en el colegio, pero el director que ya tenía la mosca tras la oreja, fue a verla al hospital y tuvieron que contárselo por los morados de su cuerpo.

—Pues ese mamón del director no se cortó en contarlo por ahí. Hasta Sídney lo sabe.

—Es muy difícil detener un rumor. Lo increíble es que tú no lo supieras. —Walter entrecerró los ojos. —Pero claro, cada vez que esa chica salía en la conversación cortabas a quien fuera diciendo que Halee tenía la mala sangre de su padre. Todo el mundo sabe que te cae mal, así que nadie iba a decirte nada bueno de ella porque no les escucharías. ¿No es cierto, hijo?

No podía negarlo, como no podía negar mil cosas de las que era responsable. Escuchó la risa de Sídney en el piso de arriba. A pesar de todo lo ocurrido Halee había dado todo por ayudarla. Se sintió un cabrón de primera. Había ayudado a su familia cuando a ella la había hundido, porque ya no podía negarlo, mucha de la responsabilidad de lo que le había ocurrido había sido suya por aquel maldito empujón en el rodeo. Su orgullo, su maldito orgullo había provocado todo lo que ocurrió después. Él, el hijo del dueño del pueblo había caído al suelo por el empujón de una niña que protegía a su padre como haría cualquier hijo. Pero lo hizo ante sus hombres y él no podía ser débil ante ellos. Recordó como vio que ella llorando salía corriendo

mientras Barry la llamaba a gritos, pero lo que le revolvió las tripas fueron sus palabras en ese momento. —¿Es tu novia? —preguntó con burla haciendo reír a los vaqueros cuando el chico le miró avergonzado—. Vaya, al parecer la hija de Tom empieza pronto. —El chico salió corriendo mientras sus hombres se reían. Entonces recordó miles de comentarios de sus hombres sobre ella cuando se fue haciendo más mayor. Como uno de los más jóvenes dijo que en el instituto vendía sus besos por cinco pavos, que su hermano los había pagado. Luego la cosa fue a más hasta que se fue del pueblo. Una semana después de que él dijera eso en el bar se fue del pueblo. Recordando su dolor recriminándole sus palabras, no tenía ninguna duda de que en parte se había ido por lo que había dicho aquella noche. Maldijo su bocaza.

—No me has contestado.

Le miró sorprendido. —¿Qué?

Su padre suspiró. —Creo que te vas dando cuenta de hasta qué punto has metido la pata.

—¡Por qué no me dijiste nada, joder!

—Porque no querías escucharme. —Se adelantó en su silla. —¿Recuerdas cuando me dio el segundo infarto? Llegaste a mi habitación del hospital y lo primero que me dijiste fue que la habías visto. Estabas furioso y decías que lo mejor era que no se quedara por el bien de todos. Parecía que no querías saber nada más de ella. —Entrecerró los ojos sonriendo con ironía. —También me dijiste que estaba preciosa.

Él carraspeó incómodo. —¿Te lo dije?

—¿Lo está?

—Déjalo ya, viejo —dijo entre dientes.

—No, si yo lo digo porque a ver si de una buena vez te tomas a una en serio y me haces abuelo antes de que la casque.

—No tiene gracia.

—¿Por qué? ¿Porque la has cagado tanto que ya es imposible? —Su padre al ver lo que le

molestaba esa frase sonrió. —Ya veo, es eso…

—Cierra el pico. —Fue hasta la puerta.

—Los Barnwood pagamos nuestras deudas, hijo. —Le miró a los ojos. —Siempre pagamos nuestras deudas y estás en deuda con ella. Creo que ya va siendo hora de que esa chica sea respetada por todo este maldito pueblo. Deberían besar el suelo por donde pisa, ¿no crees? Es preciosa, valiente, tiene agallas y la quiero como nuera.

—¡Si no la conoces!

—Pero te conozco a ti. Haz lo que debes, hijo. No te dejes llevar por el orgullo o por la vergüenza. Hiciste mal, pero muchos te siguieron. Ellos también son responsables.

—No quiere ni verme.

Su padre soltó una risita. —Lo sé, por eso va a ser mucho más divertido.

—¡Divertido para ti!

—Exacto.

Capítulo 5

Dio un martillazo y colocó la punta sobre la teja para dar otro. Uff, qué calor. Pasó la mano por la frente y algo le llamó la atención en la carretera. Dejó caer la mandíbula del asombro al ver a Wess entrando en el camino que llevaba a su casa. Pero bueno, ¿este no entendía las directas? Estiró el cuello para ver como frenaba ante su casa al lado de su coche. Vio como bajaba e iba a la parte de atrás de la camioneta para coger una caja. Yendo hacia el porche ella estiró el cuello. La verdad es que estaba guapísimo con aquella camisa azul claro y sus vaqueros desgastados. Suspiró y le escuchó subir los escalones del porche. Golpeó el marco de la puerta dos veces. —¿Halee?

Ella no contestó, por supuesto.

—Halee, soy yo.

Suspirando se sentó en el tejado a esperar. Leche, lo que le dolía la pierna. La estiró mirando la venda al descubierto por su pantalón corto y al ver un poco de sangre hizo una mueca. Se le debía haber saltado un punto.

—¿Halee? —Escuchó como se abría la mosquitera y después tuvo el descaro de abrir la puerta. —Halee, ¿estás bien?

¡Menuda cara tenía, no se entraba en una casa ajena y más cuando no había nadie! Este Barnwood debía creerse que podía hacer lo que le viniera en gana. —¡Halee! —Le escuchó subir corriendo los escalones al segundo piso. Increíble. —¡Halee! —Frunció el ceño. Parecía

preocupado. Wess bajó las escaleras y gritó —¡Halee!

Qué pesado, ¿por qué no se iba? ¿No veía que no estaba en casa? De repente le vio salir corriendo hasta ante su camioneta y miró a su alrededor. —¡Halee! —Estiró el cuello para ver que corría alrededor de la casa y ella se estiró viéndole llegar a su hermoso jardín trasero. —Esta mujer… ¡Halee! —Llegó al final y se volvió mirando hacia la casa. Al ver su cabeza la miró como si no pudiera creérselo. —¿Qué coño haces ahí arriba?

Mierda, la había visto. —Poner unas tejas.

—¿Pero estás loca, mujer? —Corrió rodeando la casa. —¿Dónde está la escalera?

—¿Qué escalera?

Se apartó para mirarla bien. —Con la que has subido.

—Ah, esa escalera.

—¡Pues sí, esa escalera! —Miró a un lado y al otro. —No la veo.

—Es que no he subido por la escalera esa.

Parpadeó mirándola como si no la entendiera y ella señaló la ventana abierta que tenía justo debajo. —He subido por ahí.

Incrédulo miró hacia la ventana para ver la celosía de madera que la rodeaba. —¿Estás loca? ¿Quieres matarte?

—Está bien asegurada.

—¡A ti sí que hay que asegurarte!

Chasqueó la lengua y cogió otro clavo poniéndose a clavar la nueva teja.

—¡Halee baja de ahí!

—Cuando acabe.

—¡Será posible! —Furioso se alejó para verla mejor. —¿Has sustituido la tela asfáltica? No harás nada si no la sustituyes, nena.

Al escuchar la palabra nena se distrajo y se pegó un martillazo en todo el pulgar. Gimió de dolor llevándose la mano al pecho. —¿Te has hecho daño? ¿Ves? ¿Ves como no tenías que subir ahí?

—La madre que le parió —dijo por lo bajo antes de levantarse furiosa—. ¿Qué haces aquí?

—¡Halee siéntate, que puedes resbalarte!

—¡Cuántas veces tengo que decirte que no vuelvas por mi casa!

—Eso no me lo has dicho nunca —dijo pasmado.

—¡Sí que te lo he dicho! El otro día te ibas y…

—No debí escucharlo. ¡Siéntate joder!

—¡A mí no me des órdenes! ¿Te crees que porque eres el dueño de medio pueblo puedes decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer? ¡Pues a mí no, idiota!

—Esto empieza genial —dijo por lo bajo antes de gritar —¡Te he traído un regalo! ¿Por qué no bajas para verlo?

—¡Métetelo donde te quepa!

Una risita la hizo mirar hacia la camioneta y se puso la mano sobre los ojos, pero el reflejo del sol no le dejaba ver quien era. Se tensó. —¿Quién es ese?

—Es mi padre. Quería agradecerte en persona lo que hiciste por nosotros. —Se cruzó de brazos y la miró irónico. —¿Bajas o no?

Se puso como un tomate. ¿Walter Milton Barnwood en su casa? ¿Qué estaba pasando allí? Levantó la barbilla orgullosa antes de agacharse y seguir clavando como si nada.

Su padre silbó desde la camioneta. —Es dura de pelar, hijo.

Le miró por la ventanilla. —Esto no es buena idea —dijo entre dientes.

—Pues a mí cada vez me parece una idea mejor. —Fascinado miró la casa. —¿Lo ha

hecho todo ella?

—Al parecer sí. Esta mañana he hablado con el señor Peters y es ella la que compra el material. No ha contratado a nadie.

—Increíble. La ha dejado preciosa. —Le fulminó con la mirada. —Espabílate hijo, tiene que ser tuya.

—Deja de decir eso —dijo entre dientes antes de mirarla y gruñir por cómo les ignoraba —. Halee, ¿te has tomado las pastillas? —Silencio por respuesta. —¡Tienes que tomártelas! ¡Y deberías descansar!

Se volvió furiosa. —¡Oye! ¡Qué porque haya salvado a Sídney de ese mamón no tienes derecho a dirigir mi vida! ¿Pero a ti qué te pasa? ¡Déjame en paz! ¿Cómo tengo que decírtelo? No quiero verte por aquí. No quiero verte, ¡punto! ¿Lo captas? Ignórame como has hecho todos estos años, ¿quieres?

—¡No, no quiero y baja de ahí!

Ella parpadeó como si no se lo creyera y después de un par de segundos entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

Él carraspeó. —Creo que dada la relación que tenemos ahora, debemos limar asperezas. Por la niña.

El martillo salió volando cayendo sobre el capó del coche. —¡Largo de mi casa!

Viendo asombrado el abollón que le había hecho a la chapa gritó —¿Pero estás loca? ¡El arreglo va a costarme una pasta!

—Nada, que voy a tener que llamar al sheriff. —Para su sorpresa sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y después de pulsar la pantalla se lo puso al oído. —¿Barry? ¡Barry ven a mi casa, hay dos intrusos! —Colgó y sonrió maliciosa. —Enseguida viene.

—Nena, no tiene gracia. ¿Crees que va a detenerme?

—¿Sabes lo que es el allanamiento de morada? Has cometido un delito.

—Hijo, igual sí que es hora de irse.

—¡Estarás de broma!

Walter rio por lo bajo. —Sí, ya sé que lo que quieres es pegarle un achuchón a ver si se le pasa el cabreo, pero no la noto muy receptiva.

—Padre no tiene gracia.

—Con tu madre funcionaba.

Wess la miró furioso. —¡Baja a disculparte!

Le hizo un corte de manga. —¡Qué te den!

—Halee… Hablo en serio.

Una pedorreta en respuesta hizo reír al viejo. —Me encanta esta chica. Hijo, que ciego has estado.

—¿No me digas?

—Menos mal que te he abierto los ojos.

Le fulminó con la mirada. —Como comentes esto con alguien…

—Hijo, ¿cómo se te ocurre? —Se echó a reír. —Me muero por ver cómo le pides una cita.

—¿Qué? ¿Os vais o no? —Miró hacia ella que estaba de pie sobre el tejado con la mano sobre los ojos. —Uy, ahí viene Barry. Como amigo es una mierda, pero como ayudante del sheriff lo borda, ¿quién lo diría? Si para sacarse el carnet de conducir tuvo que presentarse seis veces.

Se escuchó la sirena y como el coche de Barry entraba a toda velocidad derrapando en el camino. Wess se volvió para ver que frenaba en seco a su lado y salía ya con el arma en la mano. —¡Halee! —Corrió dentro de la casa y ambos se miraron asombrados.

—Uy con este, quiere quitarte terreno, hijo —dijo Walter mosqueado.

—Eso ya lo veo, padre.

Fulminó a Halee con la mirada que desde el tejado estiraba el cuello hacia abajo. —¿Barry?

—¡Halee dónde estás!

—Estoy aquí.

Le escucharon subir escaleras arriba. —¡Salgan con las manos en alto!

Halee puso los ojos en blanco. —¡Estoy en el tejado! ¡Los intrusos están ahí! ¡Llévate a los Barnwood de mi casa!

Él sacó la cabeza por la ventana que tenía justo debajo. —¿Qué?

—Ya me has oído, llévatelos.

Miró hacia abajo y Wess levantó una ceja. —¿A los Barnwood?

—¿Estás sordo? ¡Están allanando una propiedad! ¡Sácales de aquí!

Este gimió elevando la vista hacia ella. —Será una broma.

—Pues no.

—No puedo hacer eso —susurró.

—Anda, ¿y por qué?

—Porque son los que financian la campaña del jefe y si el jefe no es el jefe entonces yo no trabajo. ¿O crees que el nuevo va a contratarme?

—A ver si lo he entendido bien. ¿Si estos matan a alguien tú no les detienes porque ya no van a financiar la campaña de tu jefe?

—No, en ese caso sí que haría algo porque irían a la cárcel, pero si les detengo ahora, lo máximo que va a caerles es una multa. Y luego al que van a multar es a mí, pero con el despido.

—Así que si te los llevas te despiden. ¡Ese no es mi problema! —gritó furiosa.

—A ese chico también se la tenía jurada, ¿no? —preguntó su padre.

—Era su mejor amigo —dijo viéndoles discutir.

—Ese era me dice que le hizo daño.

Wess apretó los labios recordando la frase que le dijo cuando apenas era un niño. Molesto dio un paso hacia la casa. —Halee baja de ahí.

—¡Cállate!

—¡Tienes que tomar las pastillas, baja de una vez! Tiene que estar doliéndote horrores.

—Claro, no te encuentras en tus cabales por el dolor —dijo Barry como si estuviera encantado con la solución—. ¿Te ayudo a bajar?

—¡Qué te den! ¡Qué os den a todos!

—Mejor llamo al médico. Igual necesitas un calmante. Claro, todo esto ha sido mucho para ti.

Asombrada vio que desaparecía de la ventana. —¡Ni se te ocurra llamar a nadie!

Barry sacó la cabeza de nuevo y sonrió. —Tranquila que enseguida está todo arreglado. —Y desapareció de nuevo.

—¡Barry! —Furiosa se agarró al borde del tejado con ambas manos dejándose caer y atónitos vieron como soltaba una mano y agarraba la celosía para utilizarla de escalera hasta llegar a la ventana. —¡Barry como llames al médico me voy a cabrear!

Sin palabras padre e hijo se miraron. —Casi me da un infarto creyendo que caería y tendríamos que recogerla con una cucharita —dijo Walter todavía pasmado.

—¿Pero qué coño se cree? ¿Una acróbata del circo del sol? —preguntó entre dientes antes de ir hacia la casa.

En cuanto entró escuchó —No, no… ¡Halee voy a tener que detenerte! ¡Ay!

—¡Haz tu trabajo!

Wess subió las escaleras a toda prisa para ver que ella estaba sentada sobre el ayudante del sheriff tirándole de las orejas. —¡Ay, no seas bruta!

—¡Tienes que sacarles de aquí!

—¡Quítate de encima! —La empujó por la cintura, pero de repente sus manos bajaron a su trasero.

Ella jadeó. —¿Qué haces?

—¡Uy, perdón!

Le dio un bofetón. —¡Aprovechado!

Wess la cogió por el brazo levantándola en volandas y cuando la dejó a un lado agarró a Barry por la pechera de la camisa. —¿Qué coño has hecho? —preguntó furioso.

—Ni idea.

Lo levantó como si no pesara nada dejándola con la boca abierta. —¡Te tomas demasiadas libertades! —Lo acercó hasta su rostro. —Y no me gusta.

Barry asintió. —Entendido.

—¿Seguro? —gritó en su rostro.

—Totalmente —respondió asustado.

Le dejó caer al suelo antes de mirarla. —¿Estás bien?

Se encogió de hombros. —Sí.

Él miró sus piernas. —¡Estás sangrando!

—Qué va. —Descalza fue hasta las escaleras y bajó los escalones. —¡Fuera de mi casa!

—Venga, que te llevo al médico.

Se volvió a los pies de las escaleras. —¡Tú debes estar sordo! ¡Qué no me des órdenes!

—Entonces miró hacia las escaleras y se tensó. —¿Qué es eso?

—¿El qué?

Halee subió un par de escalones y señaló uno de ellos mostrando un rayonazo en la impecable madera. —Esto. —Gruñó elevando la mirada hacia los dos y entrecerró los ojos antes de sonreír de una manera que les puso los pelos de punta. —Esperad ahí, vengo ahora.

Desapareció en la cocina y Wess y Barry se miraron. —Esa mirada de loca no presagia nada bueno —susurró el ayudante del sheriff.

Wess bajó un escalón y estiró el cuello hacia la cocina. —¿Nena? ¿Necesitas un descanso? Sí, creo que será mejor que nos vayamos…

Barry bajó corriendo las escaleras y salió de la casa casi arrollándole. El sonido de su coche al derrapar le mosqueó, le mosqueó mucho. Un chirrido en la cocina le hizo mirar hacia allí. —¿Halee? —Bajó otro escalón y este chirrió por su peso. —Oye, siento lo del escalón. Sé que has trabajado mucho para tener la casa de tus sueños… Lo siento mucho. —Cuando llegó al hall entrecerró los ojos. —Te lo repararé yo mismo, ¿de acuerdo? Aunque seguramente no quieras… —Estiró el cuello hacia la cocina. —¿Nena? Entiendo que esta casa es como tu santuario y que te encanta. —Dio un paso hacia la cocina, pero lo que veía estaba despejado. —Debes sentir que estamos invadiendo tu espacio. Estás acostumbrada a estar sola, ¿no? Lo entiendo. Ahora nos iremos y ya hablaremos cuando te encuentres mejor. —Escuchó un gemido que le alertó. —¿Nena? —Dio otro paso hacia la cocina y la vio llorando ante la caja abierta. Se le cortó el aliento viéndola sacar una ensaladera. Inseguro se acercó. —¿Te gusta?

—Es toda la vajilla. —Le miró a los ojos. —¿Por qué?

—Intento disculparme. —Carraspeó. —Y no solo por lo de la ensaladera sino por todo.

—¿Por todo?

—Por lo que dije de ti en el pasado, estaba muy equivocado respecto a cómo eras, en realidad respecto a todo. Y lo que hiciste por Sídney me ha abierto los ojos. —Miró la fuente en

sus manos. —¿Te gusta? Es parecida. La dependienta dice que puedes combinarlas. Ahora se lleva eso.

Impaciente fue hasta la vitrina y sacó un plato regresando a la caja para coger uno. Puso uno encima del otro y sonrió. —Quedan muy bien.

—¿Entonces te gusta?

Sus ojos brillaron de la alegría y asintió. Entonces Wess supo que por ver ese brillo de nuevo haría lo que fuera. Ella le miró tímidamente cerrando la caja. —Gracias.

Había sido el dinero mejor gastado de su vida. —De nada, nena.

El sonido del claxon le hizo mirar hacia la ventana. —Mi padre se impacienta.

Halee no sabía qué decir e incómoda asintió. Wess carraspeó dando un paso hacia ella. —¿Por qué no quieres tomarte las pastillas?

—No quiero depender de nada. —Se miró las manos. —Ni de nadie.

Wess apretó los labios porque no podía culparla. —Al menos tómate el antibiótico, ¿quieres?

—No tengo infección, lo notaría.

—Eres muy cabezota.

Ella sonrió. —¿No te ibas?

—Una cabezota de ideas fijas.

—Esa soy yo.

—Hijo, ¿ya le has pedido una cita a esa preciosidad? —gritó su padre desde fuera.

Asombrada miró a Wess que forzó una sonrisa. —Al pobre se le ocurren unas cosas… —Carraspeó. —Se está haciendo viejo. Chochea.

—Ah… Pobrecito, ¿no?

—Bueno, son cosas que pasan con la edad.

Asintió y dijo —Voy a saludarle.

—No, si da igual.

—No pasa nada. —Decidida fue hasta la puerta principal y se puso unas zapatillas de deporte para salir.

—Mierda —dijo por lo bajo siguiéndola.

Halee se acercó al coche y sonrió a su padre que parecía algo pasmado. Cuando ella abrió la puerta del pasajero Walter dijo —¿Vienes por el martillo, niña? ¿A rematarnos?

Se puso como un tomate. —Lo siento. Se me escapó.

Su padre se echó a reír a carcajadas y Halee más relajada sonrió. —Pagaré la reparación.

—Eso no es necesario —dijo Wess a toda prisa poniéndose tras ella.

—No, insisto.

—Está bien que liméis asperezas —dijo el viejo—. Y para limarlas del todo deberíais salir a cenar para hablar de ello.

—Creo que lo mejor es no remover el pasado —dijo ella.

—Niña, desgraciadamente el pasado siempre regresa para tirarle a uno de las orejas cuando menos se lo espera.

—Tiene razón, pero si estás preparada con un arma en la mano regresa menos.

El hombre rio de nuevo. —Me gustas. ¿Y a ti, hijo?

—Padre… —dijo entre dientes.

—Claro que te gusta, es preciosa, lista y valiente. Seguro que tiene a todos los vaqueros del contorno tras ella.

—No crea… Al parecer he utilizado demasiado el martillo.

Walter no paraba de reír. —Tienes que venir a cenar al rancho. Sídney se alegrará de verte.

Sonrió. —Es una niña maravillosa.

—Sí que lo es. Y necesita una madre. Una madre de verdad.

Vaya, el hombre no se daba por vencido. —Señor Barnwood…

—Llámame Walter.

—Walter, no quiero decepcionarle, pero eso no va a pasar.

El hombre se la quedó mirando con esos inteligentes ojos verdes que había heredado su hijo. —¿No pasará el qué, exactamente?

—No voy a salir con su hijo.

—¿Y eso? —preguntó mientras Wess se tensaba tras ella—. ¿Acaso hay un partido mejor por ahí?

Le miró de reojo antes de contestar —Usted sabe que no, pero pegamos tanto como un huevo con una castaña.

—¿Qué?

—Mírenos. Mírenos bien. —Walter miró a uno y luego al otro. —¿Qué ve?

—Una chica preciosa y todo un hombre que se deja la piel por su rancho y por su familia.

—No, lo que ve es a dos enemigos desde hace años que están poniendo de su parte para no machacarse a gritos. Y lo hacemos por el bien de Sídney. Cualquiera podría pensar que es buena idea porque ahora estamos en una especie de tregua, pero eso no saldrá bien.

—Ah, ¿no?

—No. Imagínese dentro de un año o dos cuando el sexo empezara a flaquear. Las pequeñas cosas del día a día irían haciendo mella en la relación y entonces empezarían las recriminaciones. Yo perdono, pero no olvido, soy humana. Así que cuando él me tocara mucho las narices le sacaría toda la mierda acumulada, no podría evitarlo. ¿Y qué haría él? Empezar a creer los rumores de nuevo porque eso le daría una base en que apoyarse para atacarme.

¿Resultado? Lo que acaba de pasar con el martillo no sería nada comparado con lo que le haría si me toca las narices y yo acabaría en la cárcel y él en el hoyo, así que adiós familia feliz. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Lo ha entendido ahora?

Walter carraspeó. —Niña, algunas cosas se pueden olvidar.

Ella perdió la sonrisa poco a poco. —Sabe tan bien como yo que él fue el responsable del comportamiento de los demás. Sus comentarios e ironías animaron al resto por no llevarse mal con él.

—Wess no es responsable de lo que hagan otras personas.

—¿No? —Se volvió hacia Wess. —¿Eres responsable o no?

Él apretó los labios antes de contestar —Sí, fue culpa mía.

—¡Habla su sentimiento de culpa! ¡Él no sabía ni la mitad de lo que te ocurría! ¡No es culpa suya que tus padres fueran así!

Ella miró al viejo con pena. —No, no es responsable de cómo eran mis padres conmigo, jamás le culparía de algo de eso. Pero sí es responsable de decir ante todos que yo era una puta y de que Jeff Williams animado por unas cuantas cervezas y el comentario de su amigo fuera a mi casa cuando mis padres no estaban e intentara acostarse conmigo en mi habitación a cambio de veinte dólares.

Wess palideció. —¿Qué dices?

—¿No lo sabías?

La cogió por los brazos. —¿Estás hablando en serio?

Ella se quedó en silencio mirando sus ojos y él juró por lo bajo volviéndose y llevándose las manos a la cabeza. Halee al ver el sufrimiento en su rostro sintió un nudo en la garganta. —Si te hace sentir mejor no lo consiguió. Aprendí a defenderme y él se dio cuenta enseguida. Borracho como estaba se llevó unos cuantos golpes y se fue.

—Vuelvo a decir que mi hijo no es responsable de eso —dijo Walter.

Asombrada le miró. —Ah, ¿no?

—¡Padre, déjalo de una vez! —Wess rodeó el coche y dijo —No te molestaremos más.

Confundida dijo —Pero… —Vio como subía a su camioneta y arrancaba dando marcha atrás como alma que lleva el diablo. Viendo como se alejaba la camioneta sintió un nudo en la garganta y por qué negarlo sintió una decepción enorme. Él quería arreglar las cosas y lo había intentado, pero ella tenía que sacar la mierda para fastidiarlo todo. Se sintió culpable. Increíblemente se sintió culpable y ahí fue cuando se dio cuenta de que su relación jamás sería beneficiosa para su paz mental, porque si alguien había sido inocente en todo lo ocurrido era ella.

Capítulo 6

Walter le miró de reojo. Wess estaba furioso y por como apretaba el volante parecía que quería arrancarle la cabeza a alguien. —¿Qué vas a hacer, hijo?

—¡Padre, ahora no quiero hablar de esto!

—Que me grites a mí no va a solucionar las cosas.

Le fulminó con la mirada. —¿No me digas?

—¿Qué vas a hacer con Jeff? Te dirá que miente.

Él juró por lo bajo golpeando el volante. —¡Maldita sea!

—¡Cuéntamelo!

Wess entró en el camino al rancho y detuvo la camioneta a un lado. Mirando al frente se maldijo por lo estúpido que había sido en el pasado.

—Hijo sácalo. Es evidente que me ocultas algo y necesitas desahogarte.

Sonrió con ironía. —¿Recuerdas el día en que despedí a Hessler?

—El día del rodeo, sí. Puso en peligro a otro vaquero.

—Sabía que había bebido. Pero le llevé al rodeo para…

—Darle una lección ante los otros vaqueros. Ante el pueblo.

—Quería que la humillación fuera tal que no se le ocurriera beber más en el trabajo. Pero pasó lo del toro y me di cuenta de que no solo ponía en peligro al animal sino a los vaqueros.

—Así que le echaste ante todos.

—Ella estaba allí, sentada en la valla. Observando nuestro trabajo como hacía siempre que había rodeo. No sabes cómo disfrutaba, padre. Lo miraba todo con una ilusión… Como si fuera para ella un día de fiesta. Pero nunca se acercaba, siempre se quedaba donde no pudiera molestar al lado de Barry.

—Era una buena niña.

Wess apretó los labios. —Ese día sentí que le rompí el corazón.

—Explícate.

—Cuando empujé a su padre este se puso a llorar y ella se acercó para intentar ayudarle.

—Creía que era su deber.

—Y yo la humillé en lugar de comprenderla y luego humillé a Barry por querer ayudarla. Halee jamás volvió a un rodeo. —Le miró a los ojos. —Le he quitado, la he herido mucho más que sus padres. Hasta le quité a su mejor amigo.

—¿Por qué?

—Tenía que hacerme el fuerte ante mis hombres. Soy un Barnwood, ¿no? No podemos mostrar debilidad. —Miró al frente. —Seis meses después de ese episodio la vi en la fiesta de primavera. Estaba sentada sola con una pasta en la mano y miraba el baile. Al verme se tensó y se levantó saliendo de la sala a toda prisa para no volver.

—No quería un enfrentamiento contigo.

—Y me evitó todo lo que pudo durante los años siguientes. Cuando me enteré de que estaba en el hospital, yo estaba en la cafetería del pueblo. Hablaban de ello, pero dije con desprecio que una apendicitis ahora ya no era nada y todos se callaron. —Sonrió con ironía. —Como si hubiera hablado un Dios o algo así. Esa misma semana quedé con Jeff en el bar del pueblo y me dijo que se la había encontrado una semana antes de ser ingresada en la fiesta que había habido cuando ganaron los del equipo de béisbol del instituto y Will Tarner se la había

llevado en su coche y que se habían acostado.

—¿Qué? Pero si ella debía tener…

—Tenía catorce años, padre.

—Será cabrón. ¿Cómo se le ocurrió decir algo así?

—No lo sé. Sentí asco y se lo dije. Jeff se echó a reír. Es una niña todavía, le recriminé. Deberíamos denunciarle. ¿Una niña? Esa ya tiene recorrido lo suyo. ¿Es que no lo sabes? Se vende por veinte pavos.

—Dios mío…

—Entonces empezaron los comentarios de los demás. Un par de nuestros vaqueros dijeron en los años siguientes que habían estado con ella. —Apretó las manos alrededor del volante. —Sentía rabia cada vez que alguien sacaba su nombre a relucir. Una rabia intensa y una noche cuando estábamos unos cuantos en el bar dije que era una puta.

—Hijo…

—La noche en que Jeff fue a su casa.

—No eres responsable de eso.

—¡Sí que lo soy!

—¡Creíste lo que te contaba tu mejor amigo! —Cuando él le miró a los ojos vio cómo se torturaba. —Dios mío, siempre la has querido para ti, ¿no es cierto?

—Los días de rodeo eran los mejores días del año, padre. Hasta que pasó lo que pasó.

—Era una niña, ¿qué pudiste ver para sentir algo así?

—Me miraba de una manera… Como si fuera su héroe. Jamás me dijo una palabra ni yo a ella, pero un par de veces nuestras miradas se cruzaron y sabía que cuando fuera mayor, cuando eligiera, me elegiría a mí. Lo sabía. Aquel día en el rodeo lo cambió todo. Jamás volvió a mirarme así.

Su padre se quedó en silencio observando su rostro y Wess sonrió con desprecio de sí mismo. —El día en que me enteré de que se había ido del pueblo me dije que quizás era lo mejor. No volvería a verla, podría intentar tener una relación con otra mujer.

—Por eso saliste con Elise tanto tiempo.

—No sirvió de nada. Cuatro malditos años en los que fingí interés para nada. Y entonces la vi en el hospital. Estaba preciosa y no supe reaccionar. Se fue a toda prisa como si huyera de mí. La había visto solo un segundo y había sentido mil cosas que jamás sentí por la que se suponía que era mi novia, así que si algo me quedó claro en ese momento es que no podía dejar que se fuera.

—¿Qué hiciste?

—Me subí a la camioneta y la seguí. Y vino al pueblo —dijo con la mirada perdida recordando—. Necesitaba que se quedara, así que llamé a la señora Potter.

—¿Qué?

—Estaba desesperado no sabía que hacer, así que llamé a la que fue su profesora del colegio. Sabía que estaba enferma y que casi no salía de casa, por lo que la llamé a ella para que intentara que se quedara.

—¿Y por qué quiso ayudarte? Casi no teníais relación.

—Por ella. Le tenía verdadero aprecio y es evidente que sabía más de su verdadera vida que yo. No lo dudó en cuanto le dije que estaba en el pueblo, me respondió que por supuesto que iría a convencerla. Hasta podía ofrecerle trabajo.

—Estarías contento cuando te dijo que había tenido éxito.

—¿Contento? —Negó con la cabeza. —Me miraba con un desprecio… Ya no era la Halee que salía corriendo cuando me veía, ahora me hacía frente despreciándome con la mirada. Y con razón, después de todo lo que le pasó por mi culpa, pero como yo no sabía sus razones para tratarme así, no me tomé muy bien sus desplantes. Además, al regresar Halee, con ella

volvieron los rumores. Sobre todo por sus conflictos con sus padres. La gente rumoreaba sobre cómo les trataba. Si se encontraban, ella no les dirigía la palabra. Una vez su madre montó un numerito en la tienda de la señora Colton diciendo que era una mala hija y cosas así. Mientras, Halee compraba aparentando que le entraba por un oído y que le salía por otro cualquier cosa que le dijera su madre, que lloraba a lágrima viva enterneciendo los corazones de las mujeres que estaban observando el espectáculo.

—Lo que empeoró la relación con los del pueblo aún más.

—La trataban con distancias, pero educadamente. Pero la cosa empeoró cuando murió Molly y su sobrino la acusó ante todo el pueblo de robarle la herencia. —Apretó los puños. —Ese mamón… Si nunca había visitado a su tía enferma cuando Halee no se había separado de su lado hasta que falleció y encima tuvo el descaro de escupirle a la cara. Ella no movió el gesto.

—No hiciste nada, lo recuerdo bien.

Volvió la mirada como si estuviera asqueado de sí mismo. —Me quedé paralizado. No podía creer lo que estaba pasando. Nadie movió un dedo por ayudarla y yo tampoco hice nada. Así que me dije que…

—Que estabas equivocado. Que si todo el mundo la trataba así era por algo. Todo fue demasiado para ti y te dejaste llevar por la corriente.

—Y dejé que pasaran los años. Se me revolvía el alma cada vez que la veía. Sabía que merecía su desprecio, pero me decía que la gente tenía razón, que era mala persona y así aliviaba mi conciencia. Una vez al salir de misa vi como un vaquero la arrinconaba contra su coche. Antes de que yo pudiera ayudarla le pegó una patada en las pelotas y se subió al coche rápidamente. ¿Sabes lo que pensé? Que algo habría hecho para que ese vaquero reaccionara así. Soy un auténtico cabrón. Y después llega Sídney poniendo mi vida patas arriba y ella trata a la niña con tanta ternura… ¿Y sabes lo que hice yo? Decirle que no se acercara a ella, que no era un buen ejemplo.

—Querías alejarla.

—¡Quería que se fuera otra vez!

—No puedes vivir sin ella ni tampoco con ella. Estás en una situación muy difícil, hijo.

Pensativo dijo —Tenías que verlas juntas. La protege como una fiera y hasta ha arriesgado la vida por ella.

—Se siente identificada con la niña. Intenta protegerla para que no le ocurra lo mismo que a ella. Es lógico. —Suspiró. —Pobre chica. —Su padre pensó en ello. —¿Por qué regresaría aquí?

Volvió la vista hacia su padre. —La señora Morton decía que no encajaba en ningún sitio.

—¿Y aquí sí encaja? Aquí ha sufrido, tiene a sus padres, los rumores que nunca la dejarán en paz y para colmo el acoso de algún vaquero que se pasa de listo. ¿Por qué aquí? En cualquier otro sitio tendría mil veces menos problemas y al menos viviría tranquila. En este maldito pueblo debe tener cuatro amigos, entre ellos el cura que no se lleva mal con nadie. ¿Por qué quedarse aquí cuando en cualquier otro sitio podría llegar a ser feliz?

Wess asintió. —Me lo he preguntado infinidad de veces, padre.

—¿No es muy raro que decidiera volver el día en que te vio en el hospital?

A Wess se le cortó el aliento. —¿Crees que regresó por mí?

—Estuvo cuatro años dando tumbos por el país, ¿y justo el día en que te ve regresa? ¿Por qué? Es evidente que no fue por sus padres, ni por los del pueblo porque ni siquiera ha perdonado a Barry. Pero a ti sí te ha perdonado, hijo.

—Hasta hoy no me había perdonado.

—Quizás esperaba que llegara la ocasión. Un gesto amable… No sé, ha sufrido tanto que puede pensar mil cosas. Pero he visto su mirada cuando te subiste a esta camioneta para

largarnos y estaba decepcionada, no se lo esperaba.

—He vuelto a defraudarla.

—Hijo, nadie ha luchado por ella en toda su vida. Nadie la ha protegido. No confía en los que la rodean y en ti menos después de tu comportamiento. Si quieres que algún día llegue a amarte, creo que vas a tener que dejarte la piel para que se dé cuenta de que realmente la quieres a tu lado. ¡Porque la quieres, joder! ¡Deja de hacer el idiota y demuéstraselo de una maldita vez en lugar de hacerle daño! —Le agarró por el brazo. —¡Porque como le hagas daño de nuevo te desheredo! ¡O actúas como un Barnwood o no mereces todo lo que tengo!

Wess levantó una ceja. —¿Crees que eso va a motivarme?

—¿No funciona? Pues entonces piensa esto. ¿Quieres ser desgraciado toda tu maldita vida viviendo en el mismo pueblo que ella y sin poder llegar a tocarla nunca?

—No podría soportarlo.

—Pues haz algo de una maldita vez.

Halee entró en la tienda de la señora Colton. —Buenos días —dijo distraída sacando la lista de la compra.

—Oh, buenos días Halee —dijo la mujer encantada de verla.

Sorprendida por su tono porque siempre era de lo más seca, la miró para ver que había otras dos vecinas allí que sonreían como si se alegraran de verla. Halee miró hacia atrás sin poder evitarlo. —¿Cómo va esa pierna, niña? —preguntó la señora Moud.

Ah, que era a ella. —Muy bien, gracias. Ya casi ni me duele. Mañana ya iré a trabajar.

—Nos ha dicho el director Sawyer que querías incorporarte ya al día siguiente del incidente —dijo la señora Colton—. Qué fuerte eres.

—Y qué valiente, Mildred —dijo la señora Moud—. Se enfrentó a ese hombre ella sola y salvó a la niña. Es una heroína.

Forzó una sonrisa. —No fue nada.

—Claro que sí —dijo la señora Woolf—. Mereces una medalla.

Lo decía con tal convencimiento que se quedó de piedra y susurró —No necesito medallas. La niña debe olvidarse cuanto antes de lo que ocurrió, creo que es lo mejor.

—Claro que sí, hay que pensar en la niña. La pobrecita ya ha pasado lo suyo con esos padres que le han tocado en desgracia —dijo la señora Moud—. Bien visto, Halee. Les diré a todos mis conocidos que no hablen más de ello.

—Gracias. —Incómoda señaló las estanterías. —Bueno, voy a comprar.

Las tres sonrieron de oreja a oreja e incrédula se alejó. Estaba cogiendo una lata de salsa de tomate cuando escuchó —Que modesta es —susurró una de las mujeres—Wess Barnwood tiene razón, realmente no la conocemos y la hemos juzgado por cómo eran sus padres. No hemos sido justos.

—Cierto, amiga. Y como buenas cristianas vamos a redimirnos.

Escondida tras la estantería dejó caer la mandíbula del asombro.

—¿Qué tal si le hacemos un regalo? Para que nos disculpe por nuestro áspero comportamiento de estos años.

—Mildred, la niña igual no se lo toma bien. Suena a compensación por los malos tragos pasados.

—¿Y una fiesta? Podemos hacer una fiesta de Navidad y darle un detallito con la excusa de las navidades.

—Oh, esa es una idea estupenda, Mildred. Y que el alcalde haga un discurso y le dé la placa de vecina ejemplar o algo así.

Madre mía, aquello no estaba pasando. Iba a salir de detrás de la estantería cuando vio entrar a Wess que guapísimo se quitó el sombrero sonriendo a las presentes. —Buenos días.

—Buenos días, Wess. ¿Cómo está Sídney?

—Loca con su pony. En cuanto sale de clase no se baja de él.

—Es una niña preciosa y muy lista. Su profesora lo dice siempre —dijo la señora Moud antes de guiñarle un ojo—. Siempre saca sobresalientes, no como tú, pillín, que tenían que tirarte de las orejas para que estudiaras.

Él rio cortándole el aliento. —Pero eso no se lo diga a ella, señora Moud.

—Yo cremallera.

Wess miró hacia las estanterías y ella se escondió. —¿Me disculpan un momento? Tengo que hablar con Halee.

—Por supuesto. En la zona de latas la tienes.

Gimió por dentro y escuchó como sus botas resonaban en el suelo de madera. Disimulando miró la lata que tenía en frente y sintió su presencia tras ella. —Hola nena…

Le miró sobre su hombro. —Wess… —Volvió la vista a toda prisa hacia las latas y cogió la primera que pilló metiéndola en la cesta antes de mirar la lista. Dios, ni veía lo que había escrito.

Él apoyó la mano en la estantería. —¿Cómo va esa pierna? —Miró hacia abajo para ver la falda de flores que se había puesto ese día y que cubría la venda que aún llevaba. —¿Te has tomado las pastillas?

—No. —Se volvió para mirar la estantería de enfrente y cogió un paquete de galletas antes de mirarle. —¿Me dejas pasar?

—Oh, sí claro. —La siguió a la siguiente estantería. —¿Tienes prisa?

—Un poquito.

—Sídney está en la librería, está deseando verte. ¿Vamos a comer un helado?

Forzó una sonrisa. —No puedo, lo siento. He quedado con el padre Carrigan para organizar el mercadillo navideño.

—Buscaré algo por casa para que lo vendáis.

—Gracias.

—¿Tú qué vas a donar?

—Todavía no lo sé. —Cogió un paquete de compresas y se puso como un tomate mientras las metía en la cesta. Al coger los tampones casi se muere de la vergüenza y le miró de reojo para verle leer la etiqueta de una espuma de afeitar. Suspiró del alivio y estiró la mano para agarrar un paquete de papel higiénico. Aquello era ridículo, eran cosas que utilizaban las mujeres de medio mundo, no debería avergonzarse porque la viera cogerlas. —Igual unos cojines hechos por mí.

—Ajá… —Dejó la espuma en su sitio y la miró de una manera que le cortó el aliento. —Eso está bien. —Dio un paso hacia ella y alargó la mano por encima de su cabeza para coger algo. —Seguro que te los quitan de las manos —dijo con voz ronca.

—¿Eso crees?

—Se nota que se te dan bien esas cosas. —Se acercó aún más. —Eres una cajita de sorpresas, preciosa.

Se sonrojó de gusto. —Solo intento hacerlo lo mejor posible.

—¿No me digas? —Miró sus labios como si se muriera por probarlos. —Estoy seguro de que eres muy entregada con cualquier tarea que caiga en tus manos.

¿Estaban hablando de sexo? No, no podía ser. Su respiración se aceleró. —Me gusta hacer las cosas bien. —Dio un paso atrás. —Tengo que irme.

Wess gruñó alejándose para dejarla pasar. —Sí claro, que tengas un buen día.

Ella miró de reojo la caja de condones que tenía en la mano, lo que subió aún más su temperatura. No seas tonta Halee, son para usar con otra. ¿Es que has perdido la cabeza? Forzó una sonrisa. —Que tengas un buen día.

Se alejó a toda prisa con la cesta a la mitad y sintió que él la observaba. Las mujeres sonreían de oreja a oreja. Tenía tantas ganas de salir de allí que dijo a toda prisa —¿Me lo apunta?

—Claro que sí, niña, no te preocupes. —Levantó una lata de ruibarbos. —Niña, esto no te gusta, nunca te los llevas.

—Eh…

—¿Te has confundido? Espera, que los devuelvo.

Gimió por dentro y sintió la presencia de Wess tras ella tan cerca que se puso muy nerviosa. La mujer miraba la estantería. —Ya lo sé, querías atún, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo a toda prisa.

—Claro que sí, siempre te llevas atún. —Regresó a toda prisa y se lo puso todo en una bolsa. —Dile al cura que yo también haré campaña para el mercadillo de navidad. —Le guiñó un ojo.

—Gracias, es muy amable. —Cogió su bolsa de papel y se volvió casi tropezándose con Wess. Como un tomate susurró —Adiós.

—Hasta la próxima.

Lo dijo de una manera que parecía que estaba deseando que llegara la siguiente ocasión para encontrarla. Casi se derrite de gusto y sin poder dejar de mirar sus ojos se alejó lentamente saliendo a la acera. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo gimió por dentro y miró al frente caminando por la acera a toda prisa hasta que se dio cuenta de que su coche estaba en dirección contraria. Mierda. Dio la vuelta y las tres la saludaron con la mano cuando pasó de nuevo. —Adiós.

Los cuatro se acercaron a la puerta para verla subir al coche como si la persiguiera hacienda. —Vaya, vaya…—dijo la señora Moud—. Veo romance a la vista.

—¿Usted cree? —dijo Wess sin dejar de mirarla mientras intentaba arrancar el coche.

—Chico, no te he visto nunca mirar a una mujer así.

—Pues ya va siendo hora. —Se acercó a Halee que frenética no dejaba de darle al contacto una y otra vez. —Nena estás ahogando el motor. —Abrió la puerta de su camioneta y tiró de la palanca para abrir el capó. Atónita vio cómo iba hacia delante y lo levantaba. —Joder, esto es un desastre, Halee. —Metió la mano y tocó algo. —Dale a ver.

Giró la llave y la camioneta se encendió. Él satisfecho cerró el capó y Halee de los nervios dio marcha atrás a toda prisa saliendo del aparcamiento derrapando y todo para poner la directa quemando yanta. Wess hizo una mueca mientras las mujeres de la tienda se reían y él sonrió. —¿Se te resiste la niña, Wess?

Él gruñó viendo como giraba en la esquina para desaparecer. —Demasiados malentendidos.

—Bah, sabrás sortearlos. Vais a tener unos niños guapísimos.

Capítulo 7

Los rumores de que Wess Barnwood había puesto sus ojos en ella ya los sabía hasta el cura cuando llegó a la reunión del mercadillo. Por Dios, si le acababa de dejar en la tienda. Malditas chismosas, si no había pasado nada. Aunque madre mía, qué manera de mirarla. Le había revolucionado hasta la camioneta. Pero cuando el cura le había comentado lo que le habían dicho, se había hecho la loca diciendo que la gente exageraba mucho cuando había sido un encuentro fortuito donde no se habían dicho más de cuatro palabras. Y el cura la creyó empezando la reunión. Sentada en la silla ante él con dos mujeres del pueblo a su lado, no escuchaba palabra mientras su corazón recordaba cómo se había acercado a ella. Cerró los ojos porque hasta podía sentir su olor. —¿Halee?

Abrió los ojos como platos para mirar al cura. —¿Estás bien?

—¿Yo? Sí, claro.

—No será la herida, ¿no? —preguntó la mujer del alcalde—. Igual es muy pronto para que andes por ahí rompiendo corazones, niña. —Las mujeres soltaron unas risitas. —Mejor vete a casa y descansa.

—Yo no rompo corazones. Y si lo dices por Wess, no es cierto que haya querido ligarme. Somos amigos por la niña, nada más.

La puerta se abrió en ese momento y entró Marcia, la mujer del mecánico del pueblo. —¿Os habéis enterado? ¡Wess quiere casarse con Halee!

Dejó caer la mandíbula del asombro y cuando se dio cuenta de cómo la miraban los demás dijo —¡No! ¡Qué mentira! ¡Solo nos saludamos en la tienda! —Iba a matar a la vieja de la señora Colton. Siempre metiendo la nariz donde nadie la llamaba.

—Pues él lo tiene muy claro —dijo Marcia.

—¿De veras? —La esperanza de su voz no le pasó desapercibida a nadie y cuando la miraron levantando una ceja exclamó —¿Qué pasa? ¡Es el mejor partido de por aquí! ¡A cualquiera se le caería la baba con él! ¡Pero eso no significa que funcionara, si ni le conozco realmente!

—Uy, pues él quiere conocerte y conocerte a fondo.

Como un tomate por como la miraba el cura dijo a toda prisa —No se preocupe, que estas siempre exageran.

—Niña, hay unos sacramentos que hay…

—No le cuente rollos, que ahora nadie llega virgen al día de la boda —dijo la mujer del alcalde adelantándose—. ¿A ti te gusta?

—Pues… Psss.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Marcia asombrada—. Niña, que hay mil mujeres por los contornos que se arrancarían un brazo por el mayor de los Barnwood.

—¿Qué tal si hablamos del mercadillo?

—Si llevas en Babia las dos horas que llevamos aquí —protestó la mujer del alcalde—. No te has enterado de nada de lo que hemos dicho.

—Eso es mentira —dijo roja como un tomate—. Nos darán donaciones y…

—¿Y?

—¡Pues lo de siempre, que esto no tiene mucha ciencia!

—Pues ahí tiene razón —dijo la mujer del mecánico—. Bueno, ¿le vas a dar una cita o

no?

—¡Si no me la ha pedido!

—¿Y si te la pidiera? —El cura se levantó. —¡Nada de condones, niña! ¡Qué digo condones, nada de nada hasta la boda!

—Oh por Dios, no seáis pesados. ¡No me va a pedir una cita!

La puerta se abrió y casi se muere de la impresión al ver allí a Wess. —¿Pero qué haces tú aquí?

—Traer lo que vamos a donar.

Dos hombres entraron llevando muebles y las chicas sonrieron embobadas mientras él llevaba la mano a su sombrero y se lo quitaba. —Señoras…

Estas suspiraron y Wess se acercó al cura. —Están algo sucios, pero no nos ha dado tiempo a limpiarlos.

—No te preocupes. Es muy generoso por tu parte.

—Bah, se estaban apolillando en el desván. —Se volvió hacia ella. —Lo que no valga tirarlo.

—Pero… —Miró los muebles de nuevo. Eran buenísimos. Al ver como metían un escritorio antiguo con esas persianitas que se cerraban se dijo que tenía que comprarlo. Esperaba que el cura no lo pusiera muy caro.

—Esperad. Ese no —dijo Wess—. Ese es para la casa de Halee.

Asombrada le miró. —¿Para mí?

—Pensé que te gustaría. Era de mi abuelo y en cuanto lo arregles un poco quedará muy bien. Es mi manera de compensarte por lo del escalón del otro día.

Emocionada susurró —Gracias, me encanta.

Todos sonrieron por la ilusión que le hacía. —De nada, nena. Bueno, yo me voy que

tengo trabajo. —Se puso el sombrero. —Señoras…

—Wess… —dijeron todas encantadas.

En cuanto salió todas suspiraron. —Qué hombre. —Marcia la advirtió con la mirada. —Como te pida una cita y digas que no, es para matarte.

—Que no me va a pedir una cita, pesadas. Solo somos… vecinos. —Sonrió loca de contenta. —Sí, somos buenos vecinos.

—¿Cómo que vecinos? —preguntó mosqueadísimo después de salir de misa el domingo.

El cura asintió. —Y vaya ilusión que le hacía, parecía que le había tocado la lotería.

—¿Será una broma? —preguntó su padre pasmado antes de mirarle—. Hijo, ¿ya no sabes ligar?

—Pues al parecer estoy algo oxidado, padre. —Miró a su alrededor para ver que hablaba con Barry y se reían. —Pero bueno, ¿ese qué hace?

—Comerte terreno. Es evidente que a él también le ha perdonado.

El cura carraspeó haciendo que le miraran. —El otro día hablamos después de la reunión y ella se dio cuenta de que el perdón era el camino a la liberación.

—¿La liberación? —preguntó Wess mosqueadísimo—. ¿La liberación de qué?

—De la vida que ha llevado hasta ahora. Al perdonarte a ti se ha dado cuenta de que por qué no podía perdonar a los demás. —El cura carraspeó. —Excepto a sus padres, por ahí no pasa.

—Y hace muy bien —dijo Walter—. Hijo, se ha abierto la veda. Ahora todos los tipos de aquí a cien kilómetros a la redonda van a creer que tienen el camino libre.

—Por encima de mi cadáver. —Gruñó antes de bajar los escalones, pero en ese momento

Jeff detuvo su camioneta ante la iglesia. —Mierda.

Su amigo desde el jardín de infancia bajó del vehículo. —¿Pero a ti qué coño te pasa? —dijo mosqueadísimo—. No contestas a mis llamadas, ni a los mensajes. —Al ver a Walter allí dijo —¿Tu padre no habrá estado enfermo? Joder, tío. No me he enterado, he tenido una obra en Moonville…

—No es eso y no creo que este sea el mejor lugar para hablarlo. —Miró de reojo a Halee que no perdía detalle mientras Barry no dejaba de dar la lengua. —Te llamo luego y lo hablamos.

—¿Qué te pasa? Estás muy raro. ¿Estás enfadado conmigo? Hostia tío, si algo te ha molestado, dímelo y lo arreglamos.

Le fulminó con la mirada. —Lo hablamos luego.

—¡No, lo hablamos ahora! —Vio que miraba de nuevo a Halee. —¿Qué pasa con esa? —Le miró con sorpresa. —No me jodas, ¿te has liado con ella?

Wess furioso le agarró por la camisa. —Suerte tienes de que Halee no te haya denunciado por lo que hiciste, pero óyeme bien porque solo te lo voy a repetir una vez —susurró—, como se te ocurra volver a importunarla de alguna manera, te juro por mis muertos que vas a conocer una parte de mí que te los va a poner por corbata, ¿me has entendido?

Pálido Jeff susurró —Estaba borracho y…

—Y cruzaste una línea que no deberías haber traspasado nunca. Era una cría, me das asco. —Le soltó como si le repugnara y este se chocó con su camioneta. —Ahora lárgate de mi vista. Ya no eres bienvenido en el rancho. Si te cruzas conmigo no quiero ni oírte, ¿me has entendido?

—¡No puedes hacer esto! ¡Es basura, como sus padres!

Wess le dio un puñetazo y varios tuvieron que sujetarle para que no le arreara de nuevo. Jeff con la respiración agitada se pasó el dorso de la mano por la boca antes de mirarla con odio. —¿Le has envenenado contra mí? —Rio por lo bajo. —Eres una zorra.

Wess se revolvió. —¡Jeff lárgate de aquí antes de que haga algo irremediable!

—¡Se me ofreció ella! ¡Como lo ha hecho con muchos otros!

Barry gritó —¡Eso es mentira!

—¡Qué sabrás tú! —Señaló a uno de los vaqueros. —Phill, díselo tú. ¿A que se te ofreció antes de largarse del pueblo?

—Yo nunca he dicho eso.

—¿Ahora mientes? Ah, ya entiendo, es por no quedarte sin trabajo en el rancho. Peter pues díselo tú que trabajas para el ayuntamiento.

Peter dio un paso al frente. —Halee y yo jamás hemos tenido nada. Y no porque yo no lo hubiera intentado.

Halee con los ojos llenos de lágrimas veía como se la estaba juzgando ante medio pueblo otra vez. Aquello no acabaría nunca. —¡Callaos! —gritó ella fuera de sí—. ¡Callaos de una maldita vez! ¿Queréis saber la verdad para que ya no queden dudas para nadie? ¡Soy virgen!

Esa frase cayó como una bomba ante la puerta de la iglesia. Jeff rio. —Eso es mentira.

—Niña, ¿me permites? —dijo el doctor Carmichael dando un paso al frente.

—Da igual lo que diga no le van a creer.

—Sí, a mí me creerán. Llevó tratando a Halee desde que regresó al pueblo por dolores menstruales. El hecho es que desde que regresó soy yo quien le hago las revisiones ginecológicas, porque no quiere trasladarse a Houston para ver al especialista. Así que sí, en la última que fue hace dos meses aún era virgen.

Halee caminó hasta Jeff que enderezó la espalda muy tenso. —Eres un mentiroso y un cerdo. Pero no eres el único, en este pueblo varios hombres han dicho que se han acostado conmigo y que me han pagado por ello. —Varias mujeres jadearon de la indignación. —Lo hablabais entre vosotros, cuando os tomabais unas cervezas haciéndoos los machitos ante los

amigotes. —Le miró con odio. —Mentís, sois escoria y debería desenmascararos a todos y cada uno de vosotros.

—Puedes denunciarlo, Halee —dijo Barry.

—De hecho deberías hacerlo —dijo el cura indignado—. ¡Pero qué clase de comunidad es esta! —gritó fuera de sí mientras las mujeres miraban preocupadas a sus maridos, algunos rojos como tomates.

La farmacéutica miró horrorizada a su marido. —¿Tú eres uno de ellos?

—No cielito, te juro que no.

—¿Seguro? Porque tienes una cara de culpable…

—Tranquila Meredith, a lo más que llegó fue a intentar darme una palmada en el trasero una mañana que me crucé con él.

Wess le fulminó con la mirada. —Serás cabrón.

—¡Estaba soltero y creí que le gustaba, lo juro! Me sonrió y… —Todos le miraron horrorizados y su mujer salió corriendo.

Entonces las mujeres empezaron a discutir con sus hombres y Jeff la miró con odio. —¿Ves lo que has conseguido? —Wess le dio un puñetazo que le lanzó sobre el capó de su coche inconsciente.

Asustada por si le había matado chilló, pero Wess la cogió de la mano llevándola hasta su camioneta. —Vamos nena, te llevo a casa.

—¿Estará bien?

—Me importa una mierda.

—Es tu amigo.

—Los amigos no mienten y él me lleva mintiendo desde hace años.

Abrió la puerta de la camioneta y Halee pensando en ello subió sin rechistar. La furia que

sentía se exacerbó y le miró con rencor. —Esto ha sido culpa tuya. ¡Me has vuelto a humillar ante todos!

Wess apretó el volante con fuerza. —Lo sé.

—¡Eres un hipócrita de mierda! ¡Le echas la culpa a Jeff cuando tú podías haber cortado esto de raíz desde el principio!

—Lo sé.

Parpadeó. —¿Lo sabes?

—Sí, nena. Sé que soy un cabrón que se pasó contigo cuando tenías doce años y sé que si hubiera pegado un puñetazo al primero que hablara mal de ti todo se habría acabado, pero no lo hice y les creí, ¡joder! ¡Les creí! ¡Y cada vez que me decían algo de ti más furioso me ponía hasta que llegó un punto que dije algo de lo que me arrepentiré toda la vida! ¡Pero ya no puedo hacer nada! ¡Lo que sí puedo hacer es que todos sepan la verdad y pienso hacerlo!

Con los ojos llenos de lágrimas dijo —Déjalo estar.

—No. Si no quieres verlo vete del pueblo.

—¿Ahora me estás echando de mi hogar?

—¿Por qué volviste? —Pálida sollozó. —¿Por qué volviste aquí?

—¡No lo sé!

—¿No lo sabes? —Frenó en seco a un lado del camino. —¡Dime la verdad! ¡Por qué volviste a Farmville!

—¡No lo sé!

—No te quería nadie por aquí, tus padres que te habían jodido la vida seguían aquí, ¡por qué regresaste!

—Molly…

—¡No me vengas con rollos, Halee! ¡Ella solo te dio la oportunidad de volver, pero tú

tomaste la decisión! ¡Por qué regresaste!

Frenética y casi sin ver de las lágrimas intentó abrir la puerta, pero él la cogió por los brazos. —¡Dímelo!

—Suéltame.

—Joder nena, no eres una cobarde. Eres la persona más valiente que conozco y me parece increíble que no seas sincera contigo misma. Dime por qué te quedaste. Mírame nena, dime por qué.

Sin dejar de llorar elevó la vista hasta sus ojos y él pudo ver su dolor. —Yo te defraudé más que nadie, ¿no es cierto? —Halee sollozó. —Yo tenía que haberte protegido y no lo hice como tú lo hiciste con Sídney.

—Suéltame —le rogó.

—Era tu héroe, me observabas desde esa maldita valla y no estuve a la altura, ¿no es cierto? ¡Dímelo! —gritó furioso.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Me fallaste! —gritó cortándole el aliento—. ¡Tú más que nadie! ¡Y luego no lo paraste, te seguiste riendo de mí! ¡Y yo no tenía la culpa de nada!

La abrazó a él con fuerza. —Lo sé, nena… Lo sé y no sabes cómo lo siento.

Lloró sobre su pecho recordando cada momento en que la había defraudado hasta que se había dado por vencida. Hasta que se dio cuenta de que no era el hombre que había soñado. Y todo se desvaneció.

—¿Halee? —Asustado la agarró por los brazos para apartarla y verla sin sentido. —¡Halee!

Tumbada en la camilla miraba el techo mientras una lágrima caía por su sien escuchando

la conversación que tenían Wess y el doctor en el pasillo. —Han sido muchas cosas. Su cuerpo ha dicho basta —susurró el doctor Carmichael—. Pero es lógico, ¿no? Recomendaría que visitara a un psiquiatra, debería sacar todo lo que lleva dentro. Que ha sido mucho por lo que me he enterado cuando os fuisteis. La gente se puso a hablar y… Por Dios, ¿cómo ha soportado tanto esa niña? Cualquier otra… No quiero ni pensarlo.

—¿Lo ha intentado alguna vez? —preguntó Wess muy tenso.

—Que yo sepa no, al menos marcas no tiene, pero ambos sabemos que hay otros métodos que no dejan huella aparente.

—Como las pastillas, por ejemplo.

—Les tiene fobia. No quiere ni verlas. Para sus dolores menstruales no quiere tomar nada y eso que le he dicho que son inocuas, pero se niega en redondo.

—¿Entonces para qué vino?

—Tiene reglas muy abundantes y un día se asustó.

—¿Eso es normal?

—Le ha ocurrido siempre, pero es algo que hay que vigilar. Sobre todo por si le produce anemias. De momento no ha sido así, está como un toro, pero no hay que perderlo de vista. Sobre el psiquiatra…

—No querrá ir. Si no quiso ir ni a ese especialista de Houston del que hablaste.

—¿Puedes intentar convencerla?

—Pienso poner todo de mi parte, te lo aseguro. ¿Le vas a recetar algo?

—Le he puesto un calmante por vena, pero las pastillas que quiero recetarle no las tomará.

—¿Puedo llevármela a casa?

—No me gustaría que se quedara sola en este momento.

Wess juró por lo bajo. —No querrá venirse al rancho.

—Imagino que no.

Se quedaron en silencio. —Lo sabe, ¿no?

—Jeff no se cortó en decir lo que habías dicho de ella todos estos años. Dice que vas de santo pero que tú animaste a unos cuantos.

—Yo no animé a nadie y lo que dije Halee ya lo sabe —siseó—. Lo ha sabido siempre.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar reparar el daño.

—Pues agárrate, en cuanto se ha enterado su madre de lo que ha pasado en la iglesia, se ha presentado en la oficina del sheriff para exigir que les encierren a todos. Está como loca, tiene el síndrome de abstinencia porque no tiene dinero para beber. El estado ha amenazado con quitarle el cheque si vuelve a comprar alcohol. Debe presentar todos los tickets a la asistente social.

A Halee se le cortó el aliento.

—¿Y no bebe?

—Y ha declarado contra su marido. La fiscalía pide veinte años por abuso reiterado e intento de asesinato. A ese no le volvemos a ver por aquí.

—Eso es un alivio. Sobre todo para Halee.

—Ella quiere entrar en su vida de nuevo.

—Eso lo decidirá Halee.

—Wess, no es buena para ella, todo el mundo lo sabe.

—Es su madre y si quiere mantener una relación con ella la apoyaré como deberíamos hacer todos. Ya está bien de ponerle trabas en el camino, joder.

—Recaerá. Esto no lo sabe nadie porque es secreto profesional, pero…

—Dime.

—Cuando se casó con Tom empezó a beber.

—Tom empezó a beber cuando nació Halee, ¿no es cierto? Yo era pequeño, pero le recuerdo que le despidieron de la fábrica de Multon y fue cuando entró a trabajar en el rancho. ¿No fue entonces?

—Sí, creo que sí.

—¿Y dices que ella ya bebía?

—Embarazada de la niña la recogí en la calle borracha como una cuba y no era la primera vez que Tom la trajo porque temía por el bebé. Al parecer Patricia empezó a beber cuando llegó al pueblo, decía que su marido no la atendía y lo remedió con la botella. Luego la cosa se torció y él se unió a ella. Aunque todo el mundo cree que Tom la indujo a la bebida, ella ya bebía antes.

—Joder…

—No entiendo como acabaron así. Tom la amaba muchísimo.

Halee sollozó tapándose los ojos con la mano.

—Eh… Nena, te has despertado.

—Al parecer ese sedante no te ha hecho mucho efecto, ¿no? —dijo el doctor—. Vamos a remediarlo.

—No.

—Shusss… —Wess acarició su frente. —Es por tu bien.

Apartó la mano y le miró a los ojos. —¿Mi madre bebía antes?

Wess apretó los labios. —Eso parece.

—Siempre creí… —Negó con la cabeza. —Realmente da igual cómo o quién empezó primero. Mi madre no dejará de beber. Lo ha intentado mil veces. Terminarán quitándole el cheque del estado.

—Ese no es problema tuyo.

—Ahora está sola.

—Tú llevas sola mucho más tiempo, no me da ninguna pena.

—¿Halee? —gritó la voz de una mujer en la sala de espera.

El doctor salió a toda prisa y asustada miró a Wess a los ojos. —¿Es ella?

—Se habrá enterado de que estás aquí.

—¡Quiero verla!

—¡No puedes pasar, vete a casa, Patricia!

—¡Quiero ver a mi hija!

Halee se volvió en la camilla dando la espalda a la puerta y se tapó la cara con los brazos. Fue tal el impacto de verla temblar que ni vio como la puerta se abría dando paso a la desaliñada madre de Halee. —¿Hija?

Wess se incorporó. —Salga de aquí.

—Halee soy mamá.

—¿No me ha oído? Salga de aquí antes de que la saque yo.

Le miró con odio. —Tengo derecho a hablar con mi hija, ricachón de mierda. —Señaló a Halee. —¡Tú le has hecho esto! ¡Destrozaste a mi marido y ahora quieres destrozar a mi hija, pero no voy a consentirlo!

Halee se volvió sentándose en la camilla. —¡Cállate, cállate!

Patricia la miró con sorpresa. —¿Hija?

—¡No soy tu hija! ¡Nunca te has ocupado de mí, solo de lo que había al fondo de una botella, así que no vengas de madre abnegada que me da la risa!

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Yo te quiero, eres mi niña.

—Tú no sabes lo que es el amor —dijo con rabia—. Solo te quieres a ti misma.

—No digas eso.

—¡Es la verdad! ¿Qué madre deja que su hija sea molida a palos para robar el poco dinero que tenía guardado?

Patricia se sonrojó. —Estaba dormida y…

—¡Estabas drogada como lo estás ahora! ¡Y mientras tanto papá me pegaba hasta casi matarme! ¡Nunca me has querido, nunca me has cuidado y no quiero volver a verte nunca más! ¿No te quedó claro las veinte veces que te lo he dicho desde que regresé a este maldito pueblo?

—¿Y por qué has vuelto? —gritó su madre—. ¿Para torturarme?

Atónita negó con la cabeza. —Madre ya no estás en mis pensamientos, ya no me importas, solo eres algo que ya es pasado. Si he vuelto ha sido por él.

—¿Por él? —preguntó Patricia confundida.

—Por Wess. Mi casa está aquí por él. Tú no tienes nada que ver con mi regreso.

Wess la cogió en brazos y a toda prisa fue hasta la puerta. Patricia gritó —¡No te la puedes llevar!

—Deténgame si puede.

—¡Es mi hija, yo la parí! ¡Es mía!

—¡Patricia! —gritó el medico abriéndole la puerta a Wess—. ¡Halee es libre para hacer lo que quiera!

Wess salió de la consulta y fue hasta su camioneta. —Enseguida llegarás a casa y descansarás.

Patricia salió a la calle. —¿Sabes una cosa, Barnwood? ¡Tiene la misma mala sangre que su padre! ¡Te destrozará la vida! ¡Lo veré muy pronto y me reiré de tu estupidez!

Wess la sentó en el asiento del pasajero y cerró la puerta. —Lárguese de aquí antes de

que pierda la paciencia.

Ella se echó a reír. —¿Crees que te quiere? No quiere a nadie, no es capaz de amar. Solo busca venganza.

A Wess se le cortó el aliento. —¿Qué dice?

—¿Ha venido por ti? Pregúntate por qué.

El médico intentó cogerla del brazo. —Wess no la escuches. Solo quiere envenenar tu relación.

Patricia se echó a reír como una desquiciada demostrando que la falta de alcohol la estaba volviendo loca. —¿Su relación? No llegarán a ningún sitio. Este maldito pueblo no lo permitirá. —Dio un paso hacia él. —Tarde o temprano volverás a desconfiar de ella y la traicionarás. Una mala palabra, un gesto y volverás a renegar de ella.

Apretó los puños de la impotencia. —Eso no ocurrirá de nuevo. Jamás.

Se echó a reír. —Wess Barnwood. ¡El gran hombre que se cree el dueño de todo lo que alcanza a la vista! ¡Pero eres débil, y ella lo sabe! ¡Para Halee siempre serás escoria como yo! Le has hecho daño y volverás a hacerlo. ¡Mi hija no es una puta y va a hacer que te tragues tus palabras una por una! ¡Dentro de diez años te pegarás a la botella para intentar olvidar el daño que te ha hecho! Buscará venganza y todos serán testigos de cómo te hunde. Eso lo sé cómo me llamo Patricia Hessler.

—¡Dices cosas sin sentido! —Wess se volvió para regresar a la camioneta y vio la fría mirada que Halee le dirigía a su madre. No, ella no era como la había descrito. Había sufrido por su culpa, sí, pero no había hecho nada para vengarse en esos tres años que habían pasado desde que había vuelto. Fue él quien se aproximó a ella. Esa mujer estaba loca y no podía dejar que ensuciara lo que habían conseguido.

Se subió a la camioneta y cerró de un portazo. —Vamos a casa, nena. Necesitas descansar y olvidar este triste episodio.

—Sí, quiero olvidar este día. —Se limpió las mejillas con las manos y forzó una sonrisa. —¿Vamos al rancho?

—Si no quieres ir, puedo quedarme contigo. El médico no quiere que te deje sola.

—Sí, lo he oído… —Le miró de reojo. —¿En el rancho tendré mi propia habitación?

Se le cortó el aliento. —Claro que sí, nena. Y en el otro lado de la casa si quieres que no te moleste nadie.

—Vale.

Wess sonrió y alargó el brazo para cogerla por los hombros y pegarla a su pecho. —Estaremos bien, ya verás.

Pensativa susurró —¿Me lo prometes?

—Te lo juro por mi vida, nena. Estaremos bien.

Capítulo 8

En cuanto llegaron al rancho Sídney corrió hasta la camioneta. —¡Estás aquí! —gritó loca de contenta.

—Hace días que no nos vemos, ¿por qué no has ido a misa? —preguntó bajando de la camioneta.

—Soy atea.

Parpadeó porque eso no se lo esperaba. —¿No me digas? Pero otros días sí que has ido a misa.

—Estoy pasando una fase de duda razonable —dijo de corrillo—. Si algún día decido creer en algo ya os lo diré.

Miró a Wess que gruñó. —Al parecer en el colegio les han dicho que es bueno tener dudas, que deben encontrar su fe y si eso implica no ir a misa mucho mejor.

Sídney soltó una risita. —Menuda mañana me he pegado con Tesoro.

—Eres una pillina. El cura debe estar contento. Ahora entiendo que faltaran la mitad de los niños de tu clase.

—Es bueno experimentar, lo dice la profe.

—Ya, pues cuando se entere el director de esto, veremos lo que le dice a esa profe tan guay.

Walter salió al porche y le sonrió. —Me alegro de verte, niña.

—Me alegra haber venido.

—Padre, se va a quedar unos días con nosotros. No se encontraba bien al salir de la iglesia y es lo mejor.

—Claro que sí, así abreviaremos.

Halee se puso como un tomate. —¿Qué dice tu padre?

—Chochea, ¿recuerdas? Vamos nena, tienes que descansar.

La señora Milford salió de la casa y al verla se tensó. —Será una broma —le dijo a Walter por lo bajo.

—¿Algún problema, señora Milford? —preguntó Wess molesto.

—¿Qué problema va a haber? —dijo con ironía entrando en la casa—. Si su presencia solo trae paz y tranquilidad.

Halee se volvió. —Será mejor que me lleves a casa.

—No, necesitas descansar y lo vas a hacer. No tengo ni idea de por qué se ha puesto así, pero hablaré con ella.

—Yo sé por qué se ha puesto así.

—¿Sí? ¿Por qué?

Le miró pasmada. —¿De veras no lo sabes?

Él gruñó. —Al parecer me entero de poco.

Carraspeó mirando a la niña de reojo. —Mejor lo hablamos luego.

—Cielo, vete a ver si la señora Milford ha preparado la comida.

—Ya hemos comido.

—Pues vete a ver si ha hecho café.

—Claro que ha hecho café. Siempre hay café, lo tomáis a litros.

Se agachó ante ella. —¿Recuerdas a Tesoro?

La niña salió corriendo. —¡Eres malo, te aprovechas de mi debilidad!

Rieron y Wess dijo —A tu cuarto, señorita.

—¡Vale! —gritó—. ¡Pero cinco minutos!

—¿Y bien? —preguntó Walter.

—Esa mujer tuvo un lío con mi padre antes de que le despidierais del rancho.

—No me jodas. —Miró a su padre que también se había quedado de piedra. —¿Tú lo sabías?

—No. ¿Y por qué la toma contigo?

—Porque se lo dije a mi madre. —Ambos levantaron una ceja. —¿Qué? En aquel entonces yo era una cría.

—¿Y qué pasó? —preguntó Walter intrigado.

—Oh, que mi madre le rompió un brazo.

—Leche, cuando se rompió el brazo al caer por las escaleras —dijo Walter impresionado —. Y yo que pensaba que no tenía sexo desde los ochenta.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Como siempre está aquí. —Su padre abrió los ojos como platos. —¿No lo harían en mi cama?

—Yo les vi detrás de mi casa en la camioneta de mi padre. —Chasqueó la lengua. —No es que se escondieran mucho. Llamé a mi madre a gritos porque pensaba que a mi padre le pasaba algo y que la señora Milford le estaba reanimando.

Ellos se echaron a reír a carcajadas. —La que se montaría —dijo Walter.

La mujer salió de la casa y gritó —¡No tiene gracia!

—De la que te libraste, mujer —dijo Walter—. Pensaba que tenías mejor gusto.

La fulminó con la mirada. —¿Tenías que decírselo?

—Querían saberlo, habérselo contado tú.

—¡Tom me quería!

La miró incrédula. —No seas ridícula. No me quería a mí que llevo su sangre, ¿cómo va a quererte a ti? Solo se quiere a sí mismo.

La mujer palideció y Halee la miró asombrada. —Me culpaste a mí de que te dejara, ¿verdad?

—Por Dios mujer, era una niña —dijo Walter.

—¡Su mujer se enteró y le amenazó con quitarle a la mocosa! —La señaló. —¡A ella! ¡Me dejó porque te eligió a ti!

—¿Y te creíste esa excusa? Y apuesto que de vez en cuando te recordaba viejos tiempos. ¿Le dabas dinero?

—Nadie le daba trabajo.

—Milly… —dijo Walter como si no se lo creyera—. Me asombras.

La mujer se echó a llorar entrando en la casa y Halee suspiró. —No tengo fuerzas para esto.

—Lo siento, nena. Ven, te enseñaré tu habitación.

—Sí por favor, quiero descansar un rato de todo.

—No me extraña, niña —dijo Walter—. No me extraña nada.

Sentada en la cama con la barbilla apoyada en las rodillas vio como la luz de la mañana se filtraba por las ventanas. Había dormido hasta las cuatro de la mañana. Sonrió recordando como Wess la llevó hasta su nueva habitación al final del pasillo. Él señaló el otro lado. —Mi

habitación es la última de la izquierda, por si me necesitas cualquier noche. La de mi padre es la del fondo y la de la niña la que está en frente de la mía.

La niña sacó la cabeza y la saludó con la mano haciéndoles reír. —¿Estás malita?

—Está cansada, así que la vas a dejar dormir. Peque, vete abajo a vigilar al abuelo.

La niña corrió escaleras abajo a toda pastilla y de repente escucharon —¡Abuelo, eso es un cigarrillo! ¡Estás siendo muy malo!

Wess puso los ojos en blanco y Halee rio por lo bajo. —No te dejamos vivir, Barnwood.

Sonrió apoyándose en el marco de la puerta y cogió un mechón de su cabello rubio que se le había soltado de la trenza. —Merece la pena.

Se sonrojó y disimulando se metió en la habitación. —Es muy grande.

—Era la de mis padres cuando mis abuelos vivían —dijo quedándose en la puerta—. Si necesitas cualquier cosa estamos abajo.

—No me quedaré mucho tiempo —dijo avergonzada e incómoda por la situación.

—Nena, te puedes quedar todo lo que quieras.

—Igual lo mejor es que me llevaras a casa.

—Eh… —Se acercó a ella y cogió sus manos. —Preciosa, dime que lo vas a intentar.

Sabía de sobra de lo que hablaba, pero no podía evitarlo. En la consulta se dijo que debía irse con él, pero ahora sentía miedo. —No estoy cómoda en esta situación.

Él sonrió sin tomárselo a mal. —Lo sé. No confías en nadie, en tu casa has creado tu mundo, pero si queremos que esto funcione tienes que abrir tu mente para hacerme un hueco en tu vida. Y sé que quieres, se lo has dicho a tu madre y se me ha quedado bien grabado, te lo aseguro.

Se miraron a los ojos durante varios segundos. —Nena, me muero por besarte y si sigues mirándome así…

Su sangre casi se volvió loca en sus venas y susurró —¿Qué?

—Ah, ¿que sí?

—¿Tengo que darte permiso?

—No quiero atosigarte.

—Entonces quieres que te atosigue yo.

—Pues no estaría mal, la verdad.

—¡Wess!

Él sonrió de medio lado casi volviéndola loca y se acercó a su rostro. —Es nuestro primer beso, tiene que ser memorable.

Nerviosa se pasó la lengua por el labio inferior. —¿Y si no lo es?

—Preciosa, con lo que siento a tu lado va a ser de diez. —Rozó sus labios cortándole el aliento y él susurró —Nena, tienes que respirar. —La cogió por la cintura pegándola a él y todo el cuerpo de Halee gritó de la alegría porque en ese momento supo que había encontrado su lugar a su lado. Separó los labios de la impresión y él los acarició con los suyos antes de que su lengua entrara en su boca y rozara la suya. El placer que la recorrió fue tan exquisito que hizo lo mismo que él yendo a su encuentro y se entrelazaron bebiendo el uno del otro. Pero ambos querían mucho más y Halee se abrazó a su cuello pegándose a su cuerpo para saborearle mejor. Wess gruñó en su boca y bajó las manos por su cintura para acariciar su trasero pegándola a su pelvis. Y lo sintió. Sintió su sexo endurecido bajo sus pantalones, lo que hizo que abriera los ojos como platos oyendo una alarma en su cerebro. Wess apartó sus labios de golpe. —¿Demasiado para la primera vez?

Con la respiración agitada ni sabía que contestar y él sonrió soltándola. —Que descanses, preciosa.

Salió de la habitación y Halee asombrada por lo que estaba pasando se sentó en la cama sintiendo que le fallaban las piernas. Qué maravilla.

Recordándolo horas después vio cómo se filtraba la luz del amanecer a través de las ventanas y apretó las piernas sin darse cuenta. Frustrada miró hacia la puerta mientras se mordía el labio inferior. Se moría porque la tocara, por estar a su lado. ¿Debería ir a su habitación? ¿No pensaría que era una atrevida? Halee, que estará durmiendo…

La puerta se abrió en ese momento y al ver a Wess en calzoncillos y con cara de sueño se quedó en shock. —Estás despierta. —Suspiró del alivio. —Joder, has dormido mucho, me tenías preocupado.

—Estoy bien —balbuceó mirando esos marcados pectorales antes de que sus ojos bajaran por sus abdominales hasta su ombligo.

Él se acercó y Halee abrió los ojos como platos al ver como crecía su sexo bajo el bóxer.

—¿Seguro que estás bien?

—¿Estás excitado?

—Estoy así el noventa por ciento del tiempo cuando estás a mi lado, nena.

Asombrada le miró a los ojos. —¿De veras?

Se sentó a su lado. —¿Acaso tú no piensas en mí? Joder estás preciosa, nunca te había visto con el cabello suelto. ¿Hasta dónde te llega?

Se dijo que era ahora o nunca, así que se levantó dejando caer la sábana y a Wess se le cortó el aliento al ver que estaba desnuda y que su cabello caía hasta la mitad del muslo. Sus ojos la recorrieron como si estuvieran famélicos y se detuvieron en la cicatriz de la barriga. —¿Qué ocurrió?

—Me reventó el bazo de una patada.

Sus ojos se elevaron hasta su rostro y ella vio la rabia, la culpa… Se arrodilló ante él. —

Eh… No tienes la culpa de esto.

—Nadie te ayudó.

—He sobrevivido. —Acarició su mejilla. —No era responsabilidad tuya. No todo lo que ocurrió es responsabilidad tuya, Wess. —Se abrazó a él. —Solo quiero olvidar. —Entonces fue consciente de sus pieles desnudas y cuando su pezón rozó el vello de su pecho suspiró de gusto. —No puedo creer que estemos así.

—Tengo la sensación de que en unos minutos estaremos todavía mejor. —Acarició su cintura estremeciéndola de placer y Halee besó su cuello. Mientras las manos de él recorrían su espalda ella llegó con sus labios a su barbilla y se miraron a los ojos. Wess bajó la vista hasta sus labios y los besó tan tiernamente que se le encogió el corazón, pero la besó de nuevo y ahí ya no pudo pensar embriagada por su sabor. El beso se hizo más profundo, más exigente y ni se dio cuenta de que la tumbaba en la cama colocándose encima de ella. Le hizo un hueco entre sus piernas por puro instinto y estas rodearon sus caderas exponiendo su sexo al suyo. Sus caricias, sus besos fueron tan maravillosos que solo podía sentir. Los labios de Wess bajaron por su cuello lentamente hasta llegar entre sus pechos y rozó con su mejilla uno de sus pezones provocando que algo en su interior se tensara. La mano que él tenía en su cintura pasó por su vientre para bajar hasta su sexo y cuando se lo acarició de arriba abajo ella gimió de necesidad mientras algo se estremecía en su interior. La rozó de nuevo, sus dedos se volvieron más insistentes y Wess volvió a sus labios para invadir su boca justo cuando iba a gritar de placer. Entonces metió un dedo en su interior y susurró contra sus labios. —Estás lista, nena.

No le entendió, solo comprendía lo que reclamaba su cuerpo, así que se abrazó a su cuello queriendo evitar que se detuviera, pero entonces su sexo empezó a deslizarse en su interior. Ni le oyó gemir tan maravillada que estaba por las sensaciones que provocaba en su cuerpo hasta llenarla por completo. Se sintió entera, suya y se miraron a los ojos. Wess la observaba fijamente y al darse cuenta de que se había detenido susurró —¿Ocurre algo?

Wess forzó una sonrisa como si estuviera incómodo. —No, preciosa. Nada en absoluto.

¿Te hago daño?

Sonrió. —No. —Acarició sus hombros. —Jamás me he sentido mejor.

—¿Seguro? —Movió las caderas hacia atrás cortándole el aliento, pero cuando regresó para llenarla fue aún más increíble. Tuvo que cerrar los ojos para poder disfrutar de lo que le hacía sentir. —Sí, al parecer todo está bien, preciosa —dijo con la respiración agitada antes de repetir el movimiento. Halee gimió aferrándose a él con las piernas para unir aún más su sexo al suyo e iniciaron una cadencia que fue tensando cada una de las fibras de su ser. Sus respiraciones se agitaron y abrazándose iban al encuentro el uno del otro hasta que todo se volvió frenético. Las embestidas cada vez eran más fuertes, más intensas y Halee sentía que no era suficiente. Gimiendo clavó las uñas en sus hombros y Wess apoyándose en las palmas de sus manos entró en ella con tal contundencia que todo lo que reprimía estalló en mil pedazos haciéndola gritar de placer. Todo merecía la pena por ese momento. Todo.

Aún dormida con la espalda pegada a su cuerpo se volvió ronroneando y pasó una pierna por encima de su cadera. Jamás en su vida se sintió tan cómoda. La caricia en su trasero le hizo abrir un ojo y Wess sonrió. —Buenas tardes.

—Quita esa mano de ahí, vaquero.

Él rio. —Nena, has sido tú la que has empezado.

A Halee se le cortó el aliento al sentir la punta de su sexo entrando en el suyo y gimió de gusto mientras entraba poco a poco. —¿Estás sensible?

—Dios…

Comiéndosela con la mirada dijo con voz ronca —Eso mismo estaba pensando yo.

—¿Qué hacéis?

Halee chilló volviéndose y cayendo de la cama mientras Wess intentaba taparse como podía. —¡Sídney, no se entra sin llamar!

Sacó la cabeza para ver que la niña le miraba pasmada. —El abuelo me dijo que subiera. Algo de un toro que está malito.

—Mierda. —Miró hacia Halee. —Lo siento, nena.

Como un tomate siseó —Tranquilo.

—¿Estáis malitos? Solo se está en la cama a estas horas si se está malito. —Salió corriendo. —Voy a llamar al doctor.

—¡No! —exclamaron los dos a la vez.

—Joder… —Wess se levantó de un salto llevándose la sábana y corrió por el pasillo. —Sídney ya me encuentro mejor, no llames.

—¿Seguro?

—¡Seguro! —gritó mientras bajaba las escaleras

—¿Y Halee?

—¡Está estupenda!

—Vale.

Halee no pudo evitarlo, se echó a reír a carcajadas mientras escuchaba decir a su padre —Hijo, qué energías, estás hecho un toro. Por los gritos de esa muchacha he contado seis.

Se puso como un tomate mientras Wess gritaba —¡Padre, no tiene gracia!

—¿Seis qué? —preguntó Sídney.

—Pedos, niña. Se han tirado seis pedos.

Halee jadeó y saltó por encima de la cama para gritar —¡Yo no me tiro pedos!

—No, las chicas somos muy finas —dijo Sídney provocando que rieran.

Vio como Wess subía las escaleras y ella le lanzó un beso con la mano haciéndole gruñir. Era evidente que no tenía ninguna gana de ir a trabajar. Entonces recordó que ella tampoco había ido al trabajo. —¡Mierda, no he ido al colegio!

—Ni volverás.

—¿Qué?

Entró en la habitación y cuando ella entró cerró la puerta. —Nena, nos vamos a casar, no vas a seguir limpiando en ese colegio.

Su corazón dio un vuelco. —¿Nos vamos a casar?

—¿Acaso crees que no voy en serio?

—No, claro que no. Pero tan en serio…

—¿Y qué esperabas?

—Si te digo la verdad hasta ayer no esperaba nada.

Él suspiró. —¿Voy muy rápido?

Le miró con picardía. —De lo de ayer no me quejo.

Wess sonrió. —Muy bien, pues va a haber boda.

Ilusionada le abrazó por el cuello. —¿De veras?

—Irás de blanco e invitaremos a todo el pueblo.

—Eso, que vean como me caso con el más guapo de por aquí.

Wess acarició su trasero. —¿Contenta?

—Mucho.

—¿Me quieres?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —Si he vuelto ha sido por ti, ¿tú qué crees?

—Que tengo una suerte enorme, preciosa. —Besó suavemente sus labios. —Yo también

te quiero.

—¿Seguro? ¿No lo haces porque te sientas culpable o algo así? ¿Por un sentido del deber que te obliga a esto?

—No, nena. No ataría mi vida a la tuya por un sentido del deber. Quiero vivir lo que siento a tu lado cada día.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Yo siento lo mismo.

Él sonrió. —Pues entonces nos irá muy bien.

Capítulo 9

Y sorprendentemente así fue. Aunque ella tuvo que adaptarse, por supuesto. Fue un cambio muy brusco pasar de vivir sola a vivir con cuatro personas más. En aquella casa no había intimidad. Tuvieron que cerrar la puerta con llave para que Sídney no entrara en su habitación cuando le venía en gana y el abuelo no dejaba de meterse en los preparativos de la boda. Otro problema era la señora Milford, que no la dejaba hacer nada en la casa. Oye, que ella encantada de que planchara las camisas, pero si quería poner uno de sus cuadros en la pared, ¿quién era ella para negárselo? Ese tema llevó a algunas discusiones porque decían que no pegaba nada con el estilo de la casa y ella dijo que ese estilo estaba muy anticuado. El abuelo se horrorizó de que quisiera cambiar algo y tuvo que resignarse. Ahora sus cuadros estaban de nuevo en la casita. Casita que Wess había insistido en que vendiera. ¿Para qué la quería? Ahora la vendería bien y no debía dejar que la casa se devaluara porque el paso del tiempo la deteriorara. Pero es que deshacerse de ella le daba una pena... Había invertido tanto tiempo allí y había quedado tan bonita. Era su casa. Al contrario que el rancho en donde no podía mover ni un jarrón de sitio, aquella era su casa, un espacio solo suyo y le costaba desprenderse de él. Pero por lo demás les iba genial. Aparte de hacer el amor a todas horas, hablaban muchísimo y sentía que él la entendía más que nadie. Era su alma gemela y siempre lo sería, así que después de dejar a un lado el miedo inicial estaba dispuesta a darlo todo por él y entregarse completamente. Solo quería ser feliz y sabía que lo sería a su lado.

—Nena, ¿qué haces? —preguntó Wess entrando en el salón y viéndola sentada en el suelo ante un montón de papeles.

—Tu padre me ha pedido que coloque estas facturas, al parecer cree que me aburro.

Wess reprimió la risa. —Tenemos un asesor que hace eso.

—Uff, menos mal. —Las apiló todas y se levantó con agilidad. —Empezaba a agobiarme.

—Pero es cierto que tienes que hacer algo. —La cogió por la cintura. —¿Qué te gusta hacer?

—¿Decorar la casa para meterla en el siglo veintiuno? —preguntó ilusionada.

—¿Y algo que no implique que mi padre tenga otro infarto?

Sus ojos brillaron cortándole el aliento. —Llévame contigo, quiero ser la mejor ranchera.

—¿Quieres venir conmigo?

Asintió vehemente. —Sé montar a caballo, ¿sabes? Me enseñó un vecino al que le ayudaba a limpiar el establo. El señor Corliss, que pena que muriera porque me lo pasaba muy bien allí.

—¿El señor Corliss te enseñó a montar a caballo? —preguntó pasmado—. Si tenía los mejores caballos de la zona.

—Tienes curiosidad sobre cómo lo hago, ¿no es cierto Barnwood?

—Vamos al establo.

Soltó una risita dejando los papeles en el aparador y salió corriendo. Walter en el porche tomando un té les vio correr fuera de la casa. —Bendita juventud.

Cuando llegaron al establo Halee casi sin respiración rio. —¡Gané!

—¿Era una competición? —Vio como se acercaba al caballo de su padre. —¿Quieres

montar a Colt?

—¿Puedo?

—Claro que sí nena, agradecerá que le den una vuelta. —Abrió la puerta de madera y Halee acarició su morro. Él se dejó hacer encantado. —Veo que ya os conocéis.

—Le he sobornado un poco, ¿verdad cielo?

—Voy a por la silla.

—¿Silla? —Le agarró por las crines y subió a pelo. —Nunca he montado con silla.

Asombrado vio como iba hacia la puerta. —Ni hablar nena… No salgas que…

Hincó los talones. —¡Ja!

Colt salió a galope y Walter dejó caer la mandíbula del asombro viendo como pasaba ante él como una exhalación. Wess salió del establo gritando —¿Estás loca?

Su risa se escuchó en toda la llanura y cuando pasó el edificio que hacía de cochera él juró por lo bajo yendo a por su caballo. Walter al ver a su hijo salir a galope gritó —¡Monta mejor que tú, chaval!

Él azuzó a su montura para ver que le llevaba una buena ventaja. —¡Halee para!

Le miró por encima de su hombro y se echó a reír antes de hincar los talones de nuevo. —Para nena —dijo para sí preocupado. Agitó las riendas provocando que Rayo fuera más rápido y acortó su distancia—. ¡Halee, hablo en serio!

Entonces ella detuvo a su caballo haciendo que se levantara sobre las patas traseras. Impresionado por el dominio que tenía del caballo se detuvo a su lado. Le miró de reojo. —¿Estás enfadado?

—Sí.

—¿No vas a gritarme?

—No me tientes.

Se tumbó sobre Colt y suspiró de la alegría. —Es la mejor sensación del mundo.

—Eso no me deja en muy buen lugar con lo que me esfuerzo cada noche.

Soltó una risita y se sentó. —¿Me llevarás?

Él sonrió. —Claro que sí, nena. Si es lo que quieres, trabajarás conmigo.

Chilló de la alegría y se acercó a él dándole un beso en los labios. Viendo como dominaba el caballo simplemente apretando las rodillas contra los costados de su montura se quedó atónito. Tenía un don natural que era una pena que se hubiera desperdiciado. De la que regresaban a casa la miró de reojo. —Preciosa…

—¿Sí?

—Corliss tenía toros.

Le miró de reojo. —Ajá…

—Montas de una manera muy especial. Como si hubieras montado toros.

—¿De veras?

Él detuvo en seco a su caballo. —¿Has montado toros? —gritó a los cuatro vientos.

Gimió. —Era un secreto, no podía decírselo a nadie.

—¡Ese hombre estaba loco!

—¡Oye, no le critiques! ¡Era muy bueno conmigo! —Levantó la barbilla. —Y lo hago muy bien.

—¿Cuándo fue la última vez que montaste?

—¿Qué?

—¡No te hagas la tonta, Corliss murió el año pasado! —Al ver que se sonrojaba la miró atónito. —¿Hasta el año pasado? ¿Desde cuándo?

—Desde los doce, ¿vale?

Tenía más entrenamiento que sus vaqueros. ¡Y algunos eran muy buenos! Wess entrecerró los ojos. —Nena, ¿regresaste por los toros? ¿Porque echabas de menos montar?

—Claro que… —Se quedó pensativa. —Bueno, igual…

—¡Esto es la hostia, no volviste por mí!

—¡Claro que sí! ¡Son dos amores distintos! ¡Si no te hubiera visto en ese hospital no me hubiera quedado!

Wess sonrió. —¿De veras?

Gruñó y le miró de reojo. —Y tú ni me saludaste.

Mejor cambiar de tema. —Nena, no te voy a dejar montar toros.

Detuvo su caballo. —¿Por qué?

—Porque es peligroso, por eso. ¡Hace unos minutos me los pusiste por corbata como para verte montar un toro! ¡Ni hablar!

Entrecerró los ojos. —¿Es tu última palabra?

—¡Sí! ¡Esta conversación se acaba aquí!

—¿Que has montado toros? —dijo Walter entusiasmado a la cabecera de la mesa durante la cena.

—Padre…

—¡Es genial! —dijo Sídney ilusionada—. ¿Vas a ir al rodeo de Navidad?

—Wess no me deja.

—Las mujeres no montan toros en las competiciones —dijo Wess.

—¡Desde los setenta sí!

—Son más pequeños y me da que Corliss no te enseñó a montar esos.

—Claro que no, yo monto los que montan los hombres. Pero no sería la primera, una tal Polly no sé qué se propuso montar los mismos toros de los hombres de la PRCA y me gustaría hacer lo mismo.

—¿De veras esa Polly existió? —preguntó Wess atónito.

—No seas machista. Y hay más que lo han hecho después.

—No es cuestión de machismo, nena. Son pruebas muy duras, no quiero que acabes en el hospital. ¡Seguro que esas acabaron hechas una pena, eso si sobrevivieron!

—Pues monté el que montaste tú en San Antonio. —Le miró maliciosa. —Y a mí no me tiró hasta que yo quise.

La miró atónito. —¿De qué toro hablas? Dejé de montar hace años.

—Hablo de Calipso.

—No me jodas —dijo el abuelo asombrado—. Si era un monstruo de setecientos kilos que te rompió dos costillas.

—Debías tener…

—Catorce años. —Se adelantó apoyando los codos sobre la mesa. —No es cuestión de fuerza, es cuestión de habilidad.

—¿En cuatro años podré montar toros?

—No —contestaron los tres a la vez.

—¡Oye, que ella lo hizo!

—Sídney ya hablaremos de esto. Una por una, por favor. —Fulminó a Halee con la mirada. —¿Ves lo que has hecho?

—Ella no ha recibido mi instrucción, ni la recibirá porque como Corliss no había otro y lo sabes.

Wess apretó los labios y su padre dijo —En eso tiene razón. Llevaba los rodeos en las venas.

—Padre…

—¿Qué? Es la verdad. —Walter la miró. —A ver niña, ¿qué nos quieres decir? ¿Quieres participar en un rodeo?

Sus ojos brillaron. —¿Puedo?

—¿Para qué nos pides permiso si ya lo tienes decidido? —preguntó Wess molesto.

—No lo tenía decidido, de hecho, jamás me apunté a uno, ¿no es cierto?

—¿Y por qué ahora?

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas y gritó —¡Quiero que te sientas orgulloso de mí!

Salió corriendo del comedor cuando la señora Milford entraba con el asado. —Niña, ¿no cenas? —Fulminó a los hombres con la mirada. —¿Qué habéis hecho?

Wess estaba tan sorprendido que miró a su padre sin saber qué decir —Esa niña lleva mucho dentro, hijo.

Juró por lo bajo levantándose para seguirla. Al llegar a su habitación estaba mirando por la ventana abrazándose a sí misma. Wess cerró la puerta. —Nena, que ni se te pase por la cabeza que no estoy orgulloso de ti.

—¿Sabes cuántos invitados hay a la boda? Doscientos dieciséis.

—¿Tantos? —La abrazó por la espalda.

—Y para todos ellos soy la hija de los borrachos del pueblo.

—Nena, para todos eres Halee.

Negó con la cabeza. —Te vas a casar con la hija de los borrachos del pueblo. Esa que se escapó con dieciséis años y que regresó para pillar al más rico de por aquí.

—Preciosa, ¿por qué crees eso?

—¡Porque es lo que pensarán!

—Si algo has dejado claro es que aquello que pensábamos de ti es mentira.

Se volvió para mirarle. ¿Y nuestros hijos? ¿Y cuando tengamos hijos? ¿Qué pensarán ellos de su abuelo, de su abuela…?

—Tendrán otros ejemplos, como mi padre, nosotros... Y se sentirán orgullosos de ti porque luchaste y sobreviviste.

—¡No es suficiente! —Se apartó furiosa.

—Nena… Antes esto no te importaba.

—Antes no iba a casarme contigo. ¡Estaba resignada a estar sola!

—Te querrán por cómo seas con ellos.

—Si crees que nadie se lo va a contar, es que sueñas. ¡No quiero que mis hijos me vean como ellos me describirán! ¡Por una vez quiero hacer algo por lo que la gente me admire para al menos difuminar ese pasado que me gustaría olvidar! Y por mucho que digas sé que a ti también te gustaría. ¡Reconócelo de una maldita vez! ¿Qué darías porque camináramos por el pueblo y no cuchichearan a nuestro paso?

Él apretó los labios. —Siempre habrá cotilleos.

—Pues al menos que hablen de otra cosa.

La cogió por los brazos. —¡Quiero esos hijos! ¡Y como los quiero no dejaré que lo hagas!

—¿Qué?

—¿Y si ese toro te hiere? ¿Y si te lesiona o te mata? ¡No se camina muy bien con la espalda rota y esos accidentes ocurren! ¡El otro día un hombre con mucha más experiencia que tú quedó tetrapléjico por una mala caída antes de que el toro le pasara por encima!

Halee palideció. —No hagas esto.

—¿El qué?

—Ser como mi padre y decirme que no puedo hacerlo. Para él jamás hacía nada bien, decía que nunca conseguiría ser nada en la vida.

—No me puedo creer que me compares con ese cabrón.

—¡Y yo no me puedo creer que no me apoyes en esto!

—¿Acaso tengo que dejar que te mates para que estés contenta? No pienso hacerlo, lo siento. ¡Te quiero y lo que venga lo afrontaremos juntos!

—¡No sabes lo que es vivir siendo yo! ¡Escuchar a los buenos samaritanos que te cuentan amablemente lo que los demás dicen a tus espaldas! O esos que vienen a contarte lo que hacen tus padres. ¡O los que recuerdan viejos tiempos! Y eso no acabará nunca a no ser que haga algo. —Le rogó con la mirada. —Puede que tú no te hayas dado cuenta, pero desde que salvé a Sídney la actitud de muchos ha cambiado y si hiciera algo que no se esperan, algo de lo que me sienta orgullosa, puede que ellos estén también orgullosos de mí.

—Entonces di que lo haces por ti, no por mí ni por esos hijos que todavía no tenemos. —Apretó los labios. —Y seguramente no tendremos si sigues adelante.

Se le cortó el aliento. —¿No piensas apoyarme en esto?

—No. Si crees que voy a ir contigo de la mano y observar cómo destrozas tu vida, nuestra vida, estás equivocada. En esto estás sola. —Fue hasta la puerta y salió dando un portazo que la sobresaltó.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas sintiendo que se le rompía el corazón. No se daba cuenta de que lo hacía por ellos, por su futuro, por intentar borrar el pasado. Y no la apoyaba. Se volvió mirando por la ventana recordando como esa mañana Sídney se subía a Tesoro mientras uno de los vaqueros y la señora Milford la observaban. La vigilaban, la protegían. A ella no la había protegido nadie. Había hecho lo que consideraba mejor en cada momento y no se

arrepentía. Y ahora estaba convencida de que tenía que hacer eso. De hecho tenía que haber competido desde hacía años, pero cuando se escapó de casa no tuvo valor. O no tenía las fuerzas necesarias, que también podía ser. Ahora ya no importaba. En aquel entonces no era el momento, pero ahora sí. Entrecerró los ojos. Ahora necesitaba hacerlo. Desde que se había subido a ese caballo había tenido la certeza de que era el camino que debía tomar por su bien y por el de su familia si llegaba a tenerla algún día. Y si Wess realmente la quería debía apoyarla. Su corazón dio un vuelco y sintió pavor. Un miedo atroz a que no la quisiera de verdad. Tenía que quererla, sino no lo soportaría porque eso significaría que estaba sola de nuevo. Eso sería una prueba, sí, al final la apoyaría estaba segura. Estaría a su lado cuando le necesitara.

Capítulo 10

Furioso bebió de su cerveza y tiró la chapa en el fregadero para salir al porche. Su padre estaba allí fumándose un cigarro, pero estaba tan enfadado que ni se lo recriminó.

—Hijo, no has hecho bien.

—¿Pero a qué viene esta locura ahora? ¿Es que ha perdido la cabeza? Montar toros, no me jodas… —Bebió de su botella. —Se me revuelven las tripas solo de pensarlo. Ese Corliss estaba chiflado.

—Sí, nunca estuvo bien de la cabeza. Pero era el mejor, de eso no hay duda. Y tenía unos toros de primera. —Tomó la última bocanada y apagó el cigarrillo. —Pero no has hecho bien. —Levantó la vista hasta su hijo. —Ella te necesita. Deberías ser tierno para quitarle esa idea de la cabeza y convencerla de que no necesita demostrarle nada a nadie y más aún jugándose el cuello.

El sonido del motor tensó a Wess, que miró hacia el garaje para ver que la camioneta de Halee salía en ese momento. —¡No, no! —Tiró la cerveza antes de salir corriendo. —¡Nena, no!

Halee dio la vuelta a la camioneta y giró el volante cuando Wess llegó hasta ella. —¡Baja de ahí! —Intentó abrir la puerta. —¡Nena, baja!

Ella aceleró poco a poco temiendo llevárselo por delante. —¡Suelta la manilla!

—Hablemos de esto.

—¡Tú no quieres hablarlo y has demostrado que no puedo contar contigo! —Aceleró y Wess soltó la manilla casi cayendo al suelo. Viendo como se alejaba se llevó las manos a la

cabeza antes de correr a su camioneta. Walter apretó los labios mientras su hijo salía del rancho a toda velocidad y tuvo el mal presentimiento de que eso no acabaría bien.

Se acercó a la mesa de inscripciones de última hora y una mujer muy guapa le sonrió. —¿Necesita algo?

—Quiero inscribirme.

La chica parpadeó. —¿Disculpe?

—Quiero inscribirme en la monta de toros. ¿No es aquí?

—Sí es aquí, pero esto es la competición estatal, ¿se da cuenta?

—Por supuesto que me doy cuenta. ¿Admiten visa?

Un hombre se acercó. —¿Ocurre algo?

—Esta chica, que se quiere apuntar.

—Este no es el circuito femenino.

—Las mujeres pueden montar en la PRCA desde el noventa y cuatro —dijo muy seria.

—Oiga… ¿Es consciente que tendrá que realizar tres montas antes de la final?

—Soy consciente de que me están poniendo trabas, eso es de lo que soy consciente.

—Pero si no la he visto nunca. Usted no ha montado jamás de manera profesional.

—Cierto. —Sacó su tarjeta de crédito. —¿Prefieren que vaya a un cajero?

El hombre y la mujer se miraron. Esta le cogió del brazo apartándole y hablaron en susurros —No —dijo él—. Lo que menos necesitamos es que esa loca se rompa el cuello ante media América, joder.

—¿Y sus derechos?

Él gruñó antes de mirarla sobre su hombro. —No es profesional, no puede estar aquí.

—Si paga la inscripción sí. No pone nada en el manual sobre eso.

—No fastidies —dijo pasmado.

—Lo que pasa es que las inscripciones suelen pagarlas los patrocinadores y esos solo patrocinan a los profesionales. Si esa quiere tirar diez mil dólares no es nuestro problema. La desmontará en la primera ronda si no se raja antes.

—En eso tienes razón.

Ambos se volvieron con una sonrisa y Halee les correspondió. —¿Solucionado?

—Por supuesto —dijo ella poniéndole un montón de hojas delante—. Rellene esto. Allí tiene una mesa con bolígrafos. Cerramos en diez minutos —dijo con sonrisa irónica.

A toda prisa buscó donde tenía que firmar sin leerlo siquiera y corrió de nuevo hacia la mesa con la tarjeta de crédito en la mano. Viendo como esa mujer la pasaba por el datáfono gimió porque ahí iban todos sus ahorros de los últimos años, pero merecía la pena. La mujer le entregó su documentación. —Que tenga suerte —dijo con pitorreo.

—La tendré.

—Lo dudo mucho.

Se volvió y suspiró yendo hacia la puerta. Ahora tenía que buscar un hotel para quedarse en Houston. Esperaba que no fuera muy caro porque apenas le quedaban quinientos dólares.

Después de ir a casa de Halee por tercera vez en dos días para ver que estaba vacía y que su coche tampoco estaba allí, decidió ir a tomarse una cerveza al bar de Bill para preguntar si alguien la había visto. Juró por lo bajo porque el aparcamiento estaba a rebosar. Caminó hasta el local y abrió la puerta escuchando el griterío. Miró a su alrededor para ver a un montón de gente

en la pantalla gigante vitoreando. Se acercó a la barra y Bill se acercó mirando hacia la pantalla. El miró hacia atrás para ver que era el comienzo de un rodeo. —¿Qué te pongo?

—Una cerveza. ¿Es el campeonato estatal?

—Un millón de dólares de premio, tío. Está lo mejor de lo mejor.

Olvidándose de la televisión preguntó —¿No habrás visto a Halee?

Le miró sorprendido. —¿Has quedado con ella aquí?

—No, es que… —Suspiró. —Da igual.

—Oye, ahí viene Jeff. No quiero líos en el local.

—Tranquilo.

Su antiguo amigo se puso a su lado. —¿Ya has entrado en razón?

—Déjame en paz —dijo mosqueado.

—Oye, no te culpo. Está buenísima y puede que yo también me dejara convencer por sus mentiras.

Volvió la vista hacia él. —¿Ahora vas a cambiar tu versión?

Jeff apretó los labios. —Estaba borracho, joder. No sé qué te ha dicho ella, pero…

—Cometiste un delito. Ni quiero pensar en lo que hubiera sucedido si no se hubiera podido defender —dijo entre dientes—. Ahora desaparece de mi vista, hijo de puta, sino quieres que te parta la cara.

Jeff iba a decir algo cuando alguien gritó —Eh Wess, ¿no preguntabas por Halee? Pues ahí la tienes.

Se volvió hacia donde señalaba y al ver una foto suya en la pantalla se le detuvo el corazón mientras se hacía el silencio en la sala porque todos estaban tan pasmados como él. Bill subió el volumen. —Sí, señoras y señores, Halee Hessler tiene los arrestos para subirse a una de esas bestias e intentar permanecer sobre él ocho segundos para acceder a la puntuación. ¿Lo

conseguirá, Jim?

—Nunca la he visto en acción —dijo el otro presentador—. ¿Pero quién es esta mujer? ¿Se habrá escapado de un psiquiátrico?

Ambos se echaron a reír. —Si no ha salido de uno, el hospital lo visitará fijo en cuanto la derribe el toro.

—No, no…

—Hostia —dijo Jeff sin salir de su asombro—. Sí que está loca.

El puñetazo que le tiró sobre una de las mesas inconsciente ni lo vio venir y Bill hizo una mueca. —Al menos no la ha roto.

Wess se llevó las manos a la cabeza sin dejar de mirar la pantalla. Y él pensando en el rodeo de navidad del pueblo. El campeonato estatal. Allí tenían los mejores toros, los más mortíferos y los que daban más espectáculo. —No, joder —dijo muerto de miedo.

—Pues va a salir en quinto lugar —dijeron en la televisión.

—Estoy deseando que llegue el momento. Tres noches señoras y señores, tres rondas que darán paso a la noche de la final. Cada noche los jinetes montarán un toro elegido por sorteo para cada participante y si los aguerridos guerreros superan la barrera de los ocho segundos sobre el toro agarrándose solo con una mano, los jueces les darán su merecida puntuación. Cuéntanos cómo se valora, Bill.

—Es muy sencillo. Hay cuatro jueces, todos antiguos jinetes muy experimentados.

—Auténticas leyendas.

—Así es. En cada ronda y solo si el jinete supera los ocho segundos sobre el toro podrán otorgar hasta cien puntos. Cincuenta para el toro y cincuenta para el jinete como máximo.

—El toro siempre puntúa para asegurarse que los mejores toros llegan a la final.

—Sí, el problema es que puntúen los jinetes —dijeron antes de reír.

Apretó los puños y en ese momento le sonó el móvil. Lo sacó de inmediato para ver que era su padre. —¿Ha llamado?

—¡Sale en la tele!

Suspiró. —Lo he visto.

—¡Dios mío, es el campeonato estatal!

—Sí, y no puedo hacer nada —dijo mientras el primer participante se acercaba al cubículo donde estaba metido el toro. Se puso el casco de protección parecido al de los jugadores de rugby y un hombre le aseguró uno de los velcros del chaleco que le protegía el torso. Ese tipo le agarró de las protecciones del casco gritándole algo para que le oyera por encima de la multitud que gritaba y el jinete asintió agarrando la barra de acero de la valla. Se subió con agilidad mostrando las brillantes chaparreras que cubrían sus piernas y las botas antes de sentarse sobre el toro. Agarró la cuerda trenzada con la mano derecha ya enguantada y en la imagen se vio como acomodaba los dedos antes de mirar al frente, respirar y asentir. Se abrió la valla y el toro salió de un salto que casi lanzó al jinete, pero consiguió mantenerse sobre él. El toro pegó un salto con las patas de atrás hasta casi quedarse en vertical y el vaquero salió despedido al menos tres metros más adelante llevándose un buen costalazo. Gimió al ver cómo le costaba levantarse. —¿Lo has visto?

—Reza hijo, reza. No ha conseguido estar sobre él ni dos segundos. ¡Cómo se le ocurre ir a un rodeo profesional!

—¡Es evidente que no lo ha pensado bien, joder!

—Sí, hijo. Debes controlarle estos impulsos.

—¿Crees que voy a poder controlar algo cuando esté en el cielo? ¡Porque allí va a acabar como se suba a uno de esos bichos! —Muy nervioso se pasó la mano por el cabello mientras otro de los jinetes nada más salir acabó estrellado como si fuera un muñeco contra la valla que protegía el recinto. —Dios mío…

—Tranquilo, igual viendo cómo se descalabran los otros se arrepiente.

A ese tuvieron que sacarle en camilla mientras los comentaristas hacían exclamaciones de dolor. —Veamos de nuevo las imágenes. —El otro salió a cámara lenta y vieron como el jinete salía despedido hacia la valla y para su pasmo allí estaba sentada Halee que se apartó por un pelo para que cayera a sus pies. Ella estiró el cuello gritando algo que no llegaron a oír antes de hacer una mueca. Los periodistas se echaron a reír. —Pero miren a quién tenemos aquí. La mismísima Halee Hessler.

—Y no siente piedad por sus oponentes, Bill. Será interesante ver lo que hace ella.

Wess casi ni les escuchó porque no podía dejar de mirar el brillo en la mirada de Halee. Iba a hacerlo, si estaba encantada. Su padre gruñó al otro lado de la línea. —Hijo, esto no tiene buena pinta.

Los del bar estaban como locos sacando videos y animando a Halee. Entonces fue consciente de lo que se proponía. —¿Les oyes, papá?

—Si esa bestia la hiere, no habrá servido de nada.

—Sí que habrá servido, porque ha tenido las agallas de hacer algo que nadie de por aquí ha conseguido.

El siguiente jinete aguantó los ocho segundos de rigor y Halee aplaudió sonriendo de oreja a oreja. —Así es Halee, ha sido una monta estupenda, ¿no crees Tommy?

—Así es Jim. Será interesante ver la puntuación del jurado. ¡Y ahí está, setenta y cinco! Por la cara que puso Halee era evidente que no estaba contenta con el resultado cuando el jinete pasó a su lado ella le dio una palmada en el hombro y este sonrió diciéndole algo. Halee se agachó y él le dijo algo al oído tensando a Wess. Ella asintió muy seria bajando de la valla. —Al parecer el veterano Parker O´Tull va a darle unos consejos de última hora a nuestra chica, Jim.

—Espero que esos consejos la libren de romperse unos cuantos huesos.

La cámara los siguió y ella empezó a ponerse el chaleco de protección mientras él le

decía algo. Muy seria asintió cogiendo las chaparras blancas con adornos plateados y se las puso atándose el cinturón. Le dijo algo más, pero en ese momento cambiaron la imagen al cuarto jinete que casi se cayó antes de salir. —Otro eliminado —dijo Tommy antes de que la imagen volviera a Halee sin darle la repetición siquiera. Parker le dijo algo cabreado señalándola con el dedo mientras se ponía un casco blanco. —Qué pena que no tengamos sonido.

—Nena, sal de ahí.

Parker le dio una palmada en la espalda y esta asintió yendo hacia la salida. —¡Increíble, Jim! ¡Lo va a hacer! Halee Hessler va a montar a… —Se escuchó como se movían los papeles. —Hessler contra Texanito, señoras y señores. Un toro de mil quinientas libras que es un auténtico hijo de su madre. Recuerdo que este toro derribó a O´Tull en otra ocasión, ¿no es cierto Jim?

—Y le impidió llegar a la final nacional, amigo. Veamos cómo se porta con la novata.

—Mírenla señoras y señores, el toro ya está listo para que ella se suba…

Halee tomó aire y se subió a la valla. El toro pardo estaba muy nervioso con tanto ajetreo y ya intentaba levantar los cuartos traseros. —Este te va a dar guerra —siseó pasando una pierna sobre él para sentarse en su lomo. Se acomodó apoyándose en las palmas de las manos y metió la mano enguantada bajo la cuerda trenzada de tal manera que la pudiera sacar en cualquier momento. Miró al frente dejando que se acostumbrara un poco a su peso y asintió. Wess dejó caer el teléfono cuando la valla se abrió y el toro saltó a la arena. Halee levantó el brazo libre y el toro dio otro salto intentando tirarla, pero consiguió mantenerse mientras todo el público se levantaba. El toro levantó los cuartos traseros, de tal manera que pareció que iba a volcar sobre sí mismo, pero Halee permaneció con la espalda recta provocando que su espalda chocara con la parte de atrás del toro. Apenas sus pezuñas tocaron el suelo volvió a hacerlo, pero era evidente que ella estaba preparada porque hasta sonrió haciendo que los del pueblo gritaran entusiasmados. Y entonces Texanito dio un salto en círculo que provocó que ella se ladeara justo cuando sonaba la sirena.

—¡Lo ha conseguido! —gritó Tommy fuera de sí de la alegría.

Wess todavía la miraba porque aún seguía sobre el toro mientras los comentaristas gritaban del entusiasmo y la gente del público se levantaba aplaudiendo. Halee se apoyó en el cuello del animal y cuando este levantó los cuartos traseros ella dio una voltereta cayendo de pie ante él antes de salir corriendo para que no la pillara. —¿Has visto eso? —gritó Jim—. ¿Has visto lo que yo?

—¡Increíble! —gritó Tommy—. ¡Ha sido una bajada increíble!

Halee saludaba al público con una sonrisa de oreja a oreja mientras los conocidos como payasos se encargaban de que el toro fuera hacia la salida. Bill le palmeó la espalda. —¡Ha sido increíble, amigo! ¡Estarás orgulloso!

Pálido ni podía reaccionar viendo el ochenta y cinco que se ponía en la pantalla. Tenía la horrible sensación de que la acababa de perder y esta vez era para siempre.

—Wess, ¿no te alegras?

Furioso cogió su móvil y salió de allí mientras medio pueblo la vitoreaba.

Capítulo 11

Tumbada en la cama del hotel suspiró. Le dolía todo. Mierda y todavía quedaban dos noches y si había suerte la final. No iba a llegar a la final con lo que le dolía el brazo. Pero claro llevaba un año sin subirse al toro y era evidente que los músculos se habían ablandado. Se sentó en la cama y gimió por el dolor de espalda. Y eso que no la había tirado. Se iba a levantar para ir al baño cuando llamaron a la puerta y no de muy buenos modos, la verdad. Preocupada por si era alguno de esos que se habían metido con ella al salir de la competición preguntó —¿Quién es?

—¡Tu prometido! ¡Al menos lo era hasta antes de ayer!

Sonrió ilusionada y corrió hacia la puerta para abrirla. —¿Lo has visto?

Él la miró de arriba abajo como si quisiera asegurarse de que estaba bien y entonces la abrazó con fuerza elevándola. Halee cerró los ojos dejándose llevar y Wess cerró la puerta con el pie. —Dime que estás bien.

—Algo dolorida, pero bien.

—Joder, nena… No he pasado tanto miedo en mi vida. —Se apartó para mirar su rostro. —¡No volverás a hacerlo!

—¿Otra vez? —Hizo un gesto de dolor. —Cariño no aprietes tanto.

La dejó en el suelo con cuidado y preocupado dijo —¿Qué te duele?

—El brazo y la espalda.

—¿El brazo del agarre o el otro?

—El del agarre. —Suspiró volviéndose y se sentó en la cama. —Si mañana lo tengo así no podré sostenerme, me va a tirar.

Wess apretó los labios. —Piensas continuar con esto, ¿no es cierto?

Le fulminó con la mirada. —¿No te ha quedado claro?

—¡Sabes que mañana no estarás al cien por cien!

—¡Si has venido a machacarme, lárgate! Ya sé que nadie confía en mí, no hace falta que mi novio me hunda más en la miseria.

—Nena, te juro que si he visto a alguien en ese rodeo que puede llegar a la final, esa eres tú.

—¿De veras? —preguntó emocionada.

—Has estado increíble.

—¿Crees que alguien lo habrá grabado? No me he visto.

—Tranquila, que te verás. —Cogió el mando y encendió la televisión. Cambió de canal varias veces y de repente se detuvo.

Un periodista entusiasmado decía —Ha sido el mejor debut que he visto nunca. Ha nacido una estrella esta noche. Halee Hessel, señoras y señores. Veamos de nuevo sus ocho segundos de gloria.

Sin aliento se levantó de la cama para arrodillarse ante la televisión. Fascinada se vio salir y cómo resistía sobre el toro hasta que se tiró de él. Entonces salieron varios vaqueros hablando a la cámara. —Me ha dejado con la boca abierta —dijo uno.

—Se nota que tiene futuro en esta profesión y ha dejado claro que este es un deporte de habilidad. Y la tiene. —Se echó a reír. —Vaya si la tiene. Esa manera de bajar del toro ha sido espectacular.

Otro sonrió a la cámara. —Ha demostrado que las mujeres pueden hacerse un hueco entre

nosotros. Estoy deseando verla mañana.

—Dios mío… —dijo impresionada mirando a Wess—. Les voy a defraudar a todos.

—¡Nena deja de pensar en lo que piensan los demás! —Se arrodilló a su lado. —Tengo miedo por ti y te juro por mi vida que pocas veces he tenido miedo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿No lo entiendes? Es mi oportunidad de destacar en algo positivo.

—Pues yo solo pienso en el lado negativo, preciosa. Una mala caída…

—¡Sé lo que puede ocurrir, no soy tonta!

—¡Un tío de los de hoy está en la UCI porque una de las costillas le ha perforado un pulmón cuando le pisó el toro! ¡Y ese tío es el campeón del año pasado!

—Sé que puede ocurrir en cualquier momento. Pero solo será este campeonato, después lo dejaré, te lo juro.

Wess apretó los labios. —¿Me lo juras? ¿Solo estos próximos tres días?

—Si me tiran mañana se habrá acabado. —Le rogó con la mirada. —Pero yo aspiro a llegar a la final. Aunque sea a la final. Sé que será muy difícil ganar, pero si llegara aunque fuera a la final sería un sueño.

Lo que para ella sería un sueño para él sería una pesadilla, pero le hacía tanta ilusión... —Esto no solo es por los del pueblo, ¿no?

—Me siento viva cuando estoy sobre el toro. Sé que si quiero tener una vida normal a tu lado, eso no puede ser, ¡pero cabalgar no me lo quita nadie!

Wess sonrió. —Hecho. Tres días, ni uno más.

Le abrazó con fuerza. —Gracias, mi amor.

—Joder, nena —dijo pegándola a él—. Ya que vas a hacerlo tienes que ganar. Es la única manera que no me dé un infarto porque si te veo caer…

—Lo sé. —Se apartó para mirar sus ojos y dijeron a la vez —Hay que llamar a un médico.

El doctor Hobson la había visto competir y la reconoció en su habitación. Era un hombre joven especializado en ese tipo de lesiones.

—¿Qué tiene?

—Una fuerte contractura. Lógico por la fuerza que ha ejercido sobre el músculo. Mañana estará peor. Puedo recetarle unos antiinflamatorios, pero el dolor no se irá del todo y si compite mañana la lesión puede empeorar bastante.

—No llegará a la final.

—Sería un milagro, francamente.

—¿Aparte de los antiinflamatorios tiene algo más?

—Podría ponerle una infiltración que la ayudaría más rápidamente, pero vuelvo a lo mismo…

—Podría provocarse una lesión más grave si se empeña en competir.

—Exacto.

Ambos miraron a Halee que dijo —Nada de medicamentos y voy a competir.

—Nena… ¿Pretendes subirte a un toro mañana con esos dolores sin importarte si agravas más aún la contractura?

—Sí. —Miró al doctor. —¿Tengo que poner algo frío o caliente sobre la zona?

—Frío y cuanto antes para que la inflamación no vaya a más.

Wess fue hasta el teléfono para llamar al servicio de habitaciones. Hobson apretó los labios y entró en el baño. —¿Qué hace?

—Llenar la bañera de agua fría. Ayudará. Y voy a llamar a un amigo mío que es masajista. Haremos lo que sea necesario si es lo que ella quiere.

—Gracias. —Miró hacia Wess. —Todo irá bien.

—Claro que sí. Eres dura de pelar. —Le guiñó un ojo, aunque sabía que estaba realmente preocupado por la situación. ¿Era una locura? Puede que sí, pero en ese momento lo deseaba muchísimo. Cuando él pidió mucho hielo y colgó, Halee alargó la mano que Wess cogió de inmediato. —Me alegro muchísimo de que estés aquí.

Se sentó a su lado. —Salí del pueblo pensando que no me perdonarías por no haberte apoyado.

—Sabía que al final recapacitarías.

—Ah, ¿sí?

—Sí —susurró mirándole con amor. Él se acercó y le dio un suave beso en los labios. —Gracias por venir.

—Tenía que haber venido desde el principio. Siento que estuvieras sola.

—No estaba sola, porque siempre estás en mi corazón.

Wess cerró los ojos como si fueran las palabras más maravillosas del mundo. —Nunca dejaré de quererte.

—Te amo —susurró contra sus labios.

—Y yo a ti, preciosa. —Abrió los ojos y la besó tiernamente.

El médico salió en ese momento y dio una palmada que les sobresaltó. —Bienvenida a los profesionales. A la bañera.

Después de un baño helador, de un masaje que la dejó hecha un guiñapo y un spray

antiinflamatorio que era el no va más, durmió a pierna suelta mientras que Wess no pegó ojo. Esa mujer iba a acabar con él. La dejó descansar y salió de la habitación para ir a desayunar al comedor del hotel. De la que pasaba por el hall vio que colgaban un cartel y se detuvo en seco al ver el rostro de Halee con el casco puesto anunciando la competición de esa noche. ¡Estaban usando su rostro como publicidad! Se acercó a los operarios que lo estaban poniendo. —Disculpe.

Uno de ellos se volvió.

—¿Qué están haciendo?

—Colgar un cartel —dijo como si fuera tonto.

—Ya, eso ya lo veo, pero esa es la cara de mi novia y no ha dado permiso para que se cuelgue en el hotel.

—Pues se va a hartar de verlo porque la asociación profesional de vaqueros ha encargado doscientos que se repartirán por toda la ciudad.

—¿Qué?

—Oiga, hable con ellos, pero a mí déjeme trabajar.

—Halee Hessler está hospedada aquí, ¿verdad? —preguntó alguien. Wess volvió la cabeza como un resorte para ver a dos tipos trajeados ante la recepción.

—¿Quién pregunta por ella?

Los hombres se volvieron y sonrieron de oreja a oreja. —¿Es su agente?

—Es mi novia.

Se acercaron a toda prisa extendiendo la mano. —Marvin Smith de piensos la Texana. Venimos a patrocinar a su novia. En su chaleco no tenía publicidad, pero nosotros le ofrecemos…

—Mi novia no necesita publicidad.

—Al menos compensará la inscripción. Le ofrecemos diez mil dólares por noche.

—¿Diez mil dólares? —preguntó pasmado.

—¿Es poco? Claro, es una estrella. Veinte mil y no se hable más.

—Oigan, esto tengo que hablarlo con Halee.

—Treinta mil, pero es nuestra última oferta.

—¿Ha dicho por noche?

Los dos sonrieron. —Veo que empezamos a entendernos.

Wess entró en la habitación como una tromba y se encontró a Halee sentada en la cama mirando su cara en la portada de uno de los periódicos más importantes de Texas. Asombrada la volvió. —¿Has visto esto?

Se echó a reír. —Pues eso no es nada, nena… ¡Van a pagarte cuarenta y cinco mil por noche por la publicidad en el chaleco!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Menuda trola.

—Va en serio.

Chilló de la alegría levantándose de un salto y le abrazó. —¿De veras?

—Y eso no es todo. Están poniendo carteles con tu rostro por toda la ciudad y he conseguido que la asociación de vaqueros profesionales te pague… Agárrate, cien mil dólares.

Se llevó una mano al pecho. —¿Qué dices?

—Al parecer firmaste algo como una especie de compromiso en la inscripción. Como derechos de filmación y algo así. Así que ellos tenían el derecho a colgar los carteles, pero les he dicho que si ibas a publicitar el rodeo tenían que darte una compensación, así que he conseguido sacarles cien mil. Ganes o no esos ya son tuyos, preciosa. —La cogió por los brazos y la llevó

hasta la cama para sentarla. —Nena, y hay más. Una empresa paga por las botas y otra porque lleves su guante. Hasta las chorreras si quieres. Incluso la camisa de debajo del chaleco. Todo absolutamente todo se puede patrocinar. Hasta el casco.

Sus ojos brillaron. —Cógelo, cógelo todo.

—¿Seguro?

—Yo me dejo los músculos, que paguen y que la gente vea que sí soy una profesional.

Parecía un anuncio andante y Wess reprimió la risa cuando se puso el casco verde fosforito. —Nena, tú querías esto.

—Voy a espantar al toro.

Wess se echó a reír a carcajadas. —Piensa en los veinte mil que te pagan por llevarlo.

—Cierto. —Sonrió de oreja a oreja. —Me encanta.

Llegó el anuncio del inicio de la competición y ella se quitó el casco mirando hacia la pista y las gradas. —Hay más gente que ayer.

—Hoy está lleno y en parte es gracias a ti.

—Falta mucho para que salga. —Miró de reojo a una cámara que la enfocaba.

—Nena, se supone que tienes que saludar para contentar a los patrocinadores.

Saludó con ambas manos y se acercó para darle un beso al objetivo. Wess se echó a reír y ella gritó —¡Os quiero!

La gente del público aplaudió y ella saludó a las gradas que al parecer lo habían visto. Alguien se levantó elevando una pancarta que ponía Farmville y chilló corriendo hacia la valla para subirse a uno de los barrotes señalándoles. Algunos vecinos habían ido hasta allí entre ellos el cura. Emocionada les lanzó un beso y en ese momento se escuchó por los altavoces el nombre

del primer participante. Se bajó y miró a Wess. —¿Les has visto?

—Ya tienes club de fans.

—Tonto.

—No, hablo en serio. Me lo ha dicho mi padre. Han fundado un club de fans en el pueblo.

—Estás de coña.

Wess riendo negó con la cabeza y entonces vieron como el jinete caía ante ellos sin sentido. Eso les hizo perder la sonrisa de golpe y Halee le miró a los ojos. —¿Cómo estás, nena?

—Casi no me duele.

—Si lo ves muy feo intenta tirarte. Olvídate de esto y tírate.

—No te preocupes por mí, por favor. Anda, vete con ellos.

—No pienso dejarte.

—Tengo que concentrarme en la competición. —Se acercó y le dio un beso en los labios. —Te veo luego.

Wess asintió y se alejó. De la que iba a salir de la zona acotada a los vaqueros, miró sobre su hombro y vio que ese Parker se acercaba a ella sonriendo. Cuando Halee se subió a la valla él se sentó a su lado. Apretó los labios porque era evidente que buscaba una oportunidad y se sintió algo inseguro porque ese hombre vivía en un mundo que nada tenía que ver con el suyo. Halee te quiere, no se dejará deslumbrar por todo esto. Te lo ha prometido. Tres días y se acabó. Viendo que una niña gritaba entre las gradas con una libreta en la mano Halee se acercó para firmar un autógrafo y se sacó una foto con ella como si fuera una de esas famosas de la tele. Wess miró al frente y salió de allí pensando en la vida que tendrían en el futuro y en si sería suficiente después de todo aquello.

Esa noche estaba más nerviosa que la anterior y miró a las gradas sabiendo que ellos tenían mucho que ver. Como la cagara iba a quedar fatal. Eso le dio fuerzas y se subió al toro agarrando la cuerda trenzada. Respiró hondo mientras el público aplaudía como loco. Bueno, hora de salir. Asintió y abrieron la valla. El toro al salir la apretó contra las protecciones haciéndole daño en la pierna, pero ella no soltó su agarre. El cabrito tenía la lección muy bien aprendida y saltaba sobre sus cuartos traseros de un lado a otro para derribarla. Su brazo libre cayó de un impulso y a punto estuvo de tocar al toro lo que sería una descalificación directa. No sabía si no oír la sirena era un alivio o no porque la espalda estaba sufriendo lo suyo. El toro saltó de nuevo y estaba casi por los aires sin soltar su agarre cuando sonó la sirena de los ocho segundos. Halee soltó su mano y cayó sobre la arena rodando como le había enseñado el señor Corliss. El público gritó enfervorecido, pero ella ni lo escuchó huyendo del toro que fue directo hacia ella. Se subió a la protección central justo a tiempo. Cuando vio como lo guiaban hacia la salida suspiró del alivio y se volvió para mirar a Wess a los ojos que aplaudía sonriendo. ¡Ella le guiñó un ojo antes de bajar de un salto y saludó al público mientras gritaban noventa puntos!

Los del pueblo se abrazaron locos de contentos y ella disimulando el dolor que la traspasaba siguió saludando de la que salía. Se encontró con Parker que la detuvo. —¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—Yo uso acupuntura para las lesiones durante las competiciones. Hazme caso, es lo mejor —dijo antes de alejarse.

Se le cortó el aliento. —Gracias.

Se acercó a donde tenía sus cosas y Wess no tardó en aparecer. —¡Nena has estado increíble!

Halee le abrazó y susurró a su oído —Cielo, sácame de aquí.

Él se tensó. —¿Te duele mucho?

—Sí. En cuanto me enfríe no sé si podré caminar siquiera.

—Bien, vamos. —La besó en la sien y sonrió disimulando su preocupación. —Llamaré al doctor.

—Mientras me hace lo que me tenga que hacer, busca a alguien que haga acupuntura, ¿quieres?

—¿Y de dónde lo saco?

—¿No eres mi agente? Búscate la vida, amor.

Él gruñó. —Te aseguro que si hay algo de eso en esta ciudad le voy a encontrar.

—Sabía que no me fallarías.

Capítulo 12

Wess preocupadísimo veía como cada vez que ese hombre clavaba una aguja Halee casi saltaba de la camilla del dolor. —¿Eso es normal? —preguntó sin poder evitarlo.

—Así los músculos se relajarán.

Le llenó la espalda, el trasero y parte de la cabeza de agujas larguísimas y muy finas. Wess al ver que se quedaba dormida se quedó helado pero aquel tipo sonrió como si eso fuera buenísimo. —Oiga, ¿está bien?

El tipo chistó cerrándole la boca. Inquieto esperó lo más pacientemente que pudo a que la sesión terminara y cuando empezó a quitarle las agujas suspiró del alivio. De repente Halee suspiró. —Cariño esto es increíble, tienes que probarlo.

—Sí, usted está muy tenso. Demasiado. Una hora conmigo y como nuevo. —Le guiñó un ojo antes de sonreír con picardía.

—Me lo pensaré. —Se acercó a ella que intentaba levantarse. —¿Cómo estás?

Asombrada movió los hombros. —Mejor, mucho mejor.

—¿De veras?

—Cielo, es increíble. —Se puso de pie cubriéndose con la toalla. —Casi no me duele.

—Quinientos dólares, por favor.

—Le aseguro que se los pago con gusto. —Iba a entregárselos, pero se los quitó de las manos. —Mañana aquí dos horas antes del rodeo.

—Lo siento, pero hasta dentro de una semana no puedo volver a tocarla.

—Mierda.

—¿Un consejo? —Ambos asintieron. —No se suba a un toro en una temporada.

—Menudo consejo de mierda, mi novia quiere ganar.

—Ya, como todos los demás. Pero solo puede ganar uno.

Se miraron sin entender y el hombre sonrió. —¿No lo saben?

—¿El qué?

—Que se rumorea que uno de los jueces es tío de uno de los participantes. Parker no sé qué…

—¿Insinúa que hay juego sucio? —preguntó Wess mosqueado.

—Unas puntuaciones un poco más altas aquí, más bajas allá…

—Eso es imposible. Parker se ha ganado el sitio que ocupa —dijo molesta—. Y le recuerdo que en puntuaciones está detrás de mí.

—Bueno, es lo que se comenta, siempre hay malas lenguas en las redes sociales dispuestas a fastidiar. —Cogió los billetes de su mano y su maletín. —Buena suerte. —Fue hasta la puerta. —Por cierto, ¿sabe ya el toro que le toca mañana?

—No.

Él sonrió malicioso. —Eso también influye, ¿no cree? —Salió de la habitación dejando el silencio tras él.

—No te preocupes, nena. Como has dicho vas por delante. Esos son cuatro capullos, que seguro que ni puntuaron, que quieren joder a la organización metiendo mierda.

—Sí. —Preocupada se sentó en la cama cogiendo una camiseta del rodeo y poniéndosela para dormir. Se tumbó y susurró —Ya solo quedan dos días.

Wess se tumbó a su espalda. —Puede acabar cuando quieras, no te sientas obligada.

Se volvió para verle bien. —¿Y defraudarles a todos? Siento que ahora estoy entre la espada y la pared.

Él suspiró del alivio. —Creía que te gustaba.

—Lo he pasado bien, ha sido increíble lo de ayer y lo de hoy, pero he visto las consecuencias. Ese chico…

Wess apretó los labios. —Nena, no pienses en eso.

—Le ha pisado la cabeza —dijo emocionada—. El casco no sirvió de nada, lo partió en dos.

—Le están atendiendo, seguro que se pondrá bien, ahora hay muchos avances.

—Tiene diecinueve años. En la televisión he visto miles de veces a lesionados en los rodeos, pero lo de hoy… Verlo de primera mano me ha dejado algo en el estómago…

—Halee, nos subimos a la camioneta y nos vamos.

—¡No! ¡Y no vuelvas a decirlo!

Se la quedó mirando y Halee arrepentida por su exabrupto le abrazó. —Lo siento, lo siento.

—Nena, solo quiero que sepas lo importante que eres para mí.

—Y tú lo eres para mí.

—Entonces vámonos. No necesitamos esto.

—Yo lo necesito.

—Ya has demostrado de que pasta estás hecha, todos te admiran en el pueblo. ¿Qué más quieres?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Quiero ganar, quiero conseguir algo en la vida.

—¿Y yo no soy suficiente? ¿La vida que te ofrezco no es suficiente?

Se quedó sin aliento. —No me hagas esto. Me lo prometiste.

Wess se apartó lentamente hasta ponerse de pie. —No soy suficiente para ti.

Se sentó en la cama de golpe. —¡En este momento no! ¡Creía que me entendías!

—No lo vas a dejar. —Halee sin saber que decir intentó coger su mano, pero él la apartó. —¿Vas a dejarlo o no?

—Te pedí este campeonato y lo dejaré.

—Me estás mintiendo —dijo asombrado porque su mirada era un libro abierto.

Sintiéndose acorralada gritó —¡En aquel momento no te mentí! —Se echó a llorar. —Entiéndeme.

—¿Qué ha pasado?

—Me han ofrecido un millón por un año.

Wess dio un paso atrás de la impresión. —¿Un patrocinador?

—Sí.

—¿Y has dicho que sí?

Sollozó. —Sí, no he tenido más remedio.

—¿Por qué?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Porque Jeff es el patrocinador.

Wess se sentó a su lado. —¿Jeff?

—Ha amenazado con demandarme si no firmo el contrato que patrocine su empresa de construcción.

—¿Demandarte? ¿Pero qué coño dices?

—La gente en el pueblo sabe que ha pasado algo entre vosotros por mi causa.

—Nunca dije en alto lo que fue.

—Dijiste que era un cerdo y que te daba asco. Gritaste ante medio pueblo que era una

niña, dice que su imagen se ha visto perjudicada y es mi palabra contra la suya. Dice que me dejará como una mentirosa ante todos porque mi madre por un buen dinero ya ha firmado una declaración diciendo que miento. Que me lo he inventado todo.

Wess se tensó mientras ella sollozaba. —Además ha hablado con mi padre que me tiene ganas. Dice que por una miseria hará una declaración desde la cárcel dándole la razón a mi madre. Y que el comportamiento que todo el mundo decía que tenía era cierto. Que me acostaba con todos.

—El doctor declarará…

—¡Van a decir que miente por mí, Wess! ¡No tengo con qué defenderme, ya no soy virgen y si te digo la verdad lo que menos quiero es que todo el país hable de esto! —Se tapó el rostro con las manos. —No tenía que haberme presentado al rodeo.

Wess apretó los labios y la abrazó intentando contener su furia. —Nena, no digas eso. Tenías todo el derecho del mundo a hacerlo. Lo arreglaré.

—¿Cómo? ¿Cómo lo arreglarás? ¿Pegándole? Eso solo le dará más razones para presentar la demanda.

—No sé cómo, pero te juro que encontraré una salida y sin escándalos. —La besó en la sien. —Ahora descansa, estás agotada y si te tensas con esto no dormirás bien. Mañana es un día importante. —Ella se tumbó de lado y se limpió la mejilla. —Nena no llores, no te quitará esto, te lo juro. Disfruta de estos días como querías desde el principio y te prometo que después tendremos una vida maravillosa.

—Si me tiro mañana…

—No, no vas a dejar que gane, ¿me oyes? Ni él ni los cabrones de tus padres. Vas a conseguir este campeonato y después encontraremos la manera de hundir a ese cabrón en la miseria, te lo juro por mis muertos.

Emocionada cogió su mano. —No me dejes.

Se tumbó a su lado pegándola a él. —Nena, eso no pasará nunca.

En cuanto se durmió Wess se levantó y salió al pasillo para hablar por teléfono con su padre, que por supuesto estaba despierto. —Hijo, ha sido increíble.

—Escúchame, no tengo mucho tiempo.

—¿Qué pasa?

Le contó a toda prisa lo que ocurría con Jeff. —Hijo, es horrible, qué engañados nos tenía.

Se pasó la mano por la nuca. —No me puedo creer lo que está pasando.

—¿Acaso no la crees?

—Sí, claro que sí. ¿Tú no?

—Es que la rodean tantos conflictos, tantos problemas… Y ahora esto.

Se tensó. —¿Qué significa eso? —Se hizo el silencio al otro lado. —¿Padre?

—Hijo, sé que te animé a esta relación porque me parecía perfecta para ti, ¿pero sabes lo que pasará si Jeff la demanda? La dejará por mentirosa ante todos y esto no se acabará nunca.

—Nosotros sabemos cómo es.

—¿De veras?

Wess se quedó de piedra. —Padre, ¿a dónde quieres llegar?

—Hijo, hoy Sídney me ha contado una cosa.

—¿El qué?

—No le di importancia, pero ahora que me has contado esto…

—Padre dímelo de una vez.

—Dijo que Halee le había dicho que mentir a veces está justificado. Como por vergüenza.

Wess entrecerró los ojos. —Por vergüenza. Padre, ¿no confías en ella?

—He pensado en tantas cosas. Su actitud durante estos últimos años, su cambio cuando mostraste que te interesaba. Aceptó muy pronto vivir aquí y casarse contigo, ¿no crees? ¿Acaso su rencor hacia ti desapareció de repente? Y después su empeño en lo del rodeo justo dos días antes del estatal. ¿Por qué nunca te dijo que montaba a caballo? Llevaba dos semanas viviendo aquí y no habló de eso. Y lo que dijo su madre me los puso por corbata, hijo. —Suspiró. —Igual es por eso que desconfío, no lo sé. Pero cuando te dijo que quería vengarse… He intentado no pensar en ello, pero desde que os fuisteis las dudas no dejan de asaltarme cada poco

—Padre, no lo entiendo. ¿Cómo va a vengarse?

—¿Qué mejor venganza que hacer que la ames para después destrozarte el corazón? ¿Dejarte plantado en el altar? ¿Hacerse famosa para luego rechazarte ante todos?

—¿Y por qué iba a hacer eso si nos mintió desde el principio? Si era cierto lo que se decía de ella, ¿por qué va a querer vengarse de mí cuando todos los hombres del pueblo hablaban de ello, padre? ¿Y por qué se fue con dieciséis años?

—No lo sé, hijo, no me hagas caso. Igual me he dejado influir por lo que ha pasado y… No lo sé. Siento haberlo mencionado. Ha estado increíble y Jeff y yo hemos estropeado el momento, lo siento.

—Padre no te disculpes. —Miró sobre su hombro hacia la puerta de la habitación que estaba entornada. —No tienes que disculparte por tener dudas. Eso es humano.

—Tú notaste…

—¿El qué?

—¿Qué va a ser, hijo? ¿Era virgen?

Wess se tensó. —No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Cuando llegó el momento no pareció dolerle y no sangró.

—Hostia…

—Pero eso a veces pasa, ¿no? El médico dijo…

—Ya sé lo que dijo el médico. Pero, ¿y si como dice Jeff mintió por cubrirla? ¿Y si no todo fue como ella nos dijo?

Se pasó la mano libre por su cabello negro. —Joder, no digas eso.

—Sé que la amas, hijo, pero aquí hay cosas muy raras. Como el odio que le tienen sus padres.

—¡La enviaron al hospital!

—Y se vengó, ¿no es cierto? Y era apenas una niña. ¿Te imaginas lo que haría de adulta? No es la típica florecilla marchitada por los golpes de la vida, hijo. Es fuerte, inteligente y como nos ha demostrado puede valerse por sí misma. Tiene carácter, mucho carácter y es capaz de enfrentarse a un hombre armado sin sentir ni una pizca de temor. ¿Crees que una mujer así no se vengaría de todo aquel que le hubiera hecho daño?

—¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—No lo sé, pero esto no me gusta un pelo. El médico dijo que necesitaba un psiquiatra y su madre que quería vengarse y que si conocía a su hija, lo haría.

—Lleva viviendo en el pueblo tres años y apenas hablaba con nadie. Los rumores de que se acostaba con hombres no se volvieron a producir cuando regresó.

—Es una mujer preciosa.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¡Qué cualquiera estaría encantado de estar con ella, joder! Y si ella dice no digas nada, ¿qué crees que haría el hombre con tal de seguir viéndola?

Se le cortó el aliento. —¿Crees que estaba con otro hombre antes de estar conmigo?

—He visto como Barry la mira. Está enamorado de ella, haría lo que fuera por Halee.

—¡Pero ella no le hacía caso!

—Hijo no te alteres, pero que no fuera virgen es un claro indicio de que ha mentido desde el principio.

—Voy a llamar a Jeff.

—Sí, hazlo. Porque ha sido tu amigo toda tu vida y me da que eso del contrato es una manera de vengarse de ella por cómo ha roto vuestra relación. ¿Alguna vez has visto que Jeff tenga tan mala hostia con alguien del pueblo?

—No. Es más, siempre intenta apaciguar.

—Nadie puede disimular su carácter tantos años. Le conoces muy bien y jamás se te pasó por la imaginación que hiciera algo como lo que ella describió. Que te cuente lo que sucedió. Déjale hablar. Igual nos llevamos una sorpresa.

—De acuerdo. —Colgó el teléfono y le llamó a toda prisa mirando de reojo la puerta. Respiró hondo mientras sonaba.

—Tío quería hablar contigo, ¿me has bloqueado?

—Solo quiero saber la verdad.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y le escuchó alejarse del ruido. Era evidente que estaba en un bar. —Espera que voy a mi coche, estoy en el bar de Bill. Menuda fiesta hay por la puntuación de Halee —dijo con ironía. Escuchó como cerraba la puerta—. Bien, ¿qué quieres saber?

—¿Fuiste a su casa?

—Sí, fui a su casa.

—¿Con qué intención?

—No la que te imaginas, idiota. Me llamó ella. Me dijo que necesitaba ayuda, que sus padres no estaban en casa y que se había roto una cañería y no sabía cómo cortar el agua.

—Creíste que era una excusa.

—Claro que sí, pero había bebido y fui. Cuando llegué a su casa me hizo pasar al salón. Estaba hecho una mierda. Había envases de comida precocinada por todos los sitios, los ceniceros estaban a rebosar y había botellas vacías por donde miraba. Y olía fatal. Entonces me cogió la mano y como si estuviera asustada tiró de mí hacia el pasillo. La fuga está por aquí, en mi baño. Entramos en su habitación que estaba limpia. Me asombró, la verdad, y me llevó hasta su baño. Un manguito del lavabo se había roto y solo tuve que cerrar la llave de paso del lavabo. ¿Crees que ella no sabía hacerlo? Claro que sí, si estaba al lado. En cuanto me levanté sonrió y me preguntó seductora si me gustaba. Le dije que sí, hostia, y me preguntó si pagaría veinte dólares por ella. Dije que era una oferta tentadora, pero que pasaba. Que sus padres llamaran a un fontanero. Vamos, ¿vas a rechazar lo que dices por ahí que acepta todo el mundo? Alargó la mano y cogió el bate de béisbol. ¡Se puso a gritar como una loca y es que ni veía venir los golpes, joder! Esa zorra está loca.

—¿Solo hiciste eso? —preguntó incrédulo.

—Ni tenía que haber ido a su casa. ¡Intenté explicártelo, pero tú pensabas lo peor y siempre había gente alrededor, así que no podía hablar de ello abiertamente! Yo no le toqué un puñetero pelo, te lo juro por mi madre.

Se le cortó el aliento porque le creía. Miró hacia la puerta y vio una sombra por la rendija inferior. Halee estaba escuchando. Wess entrecerró los ojos. —¿Qué más?

—¿Qué más? ¡Me largué a mi casa corriendo! Cuando llegué vi que me había hecho una brecha en la cabeza, pero ni fui al médico porque temí que esa loca me acusara de algo. Estaba en su casa, era una cría, joder. Sé que no debía estar allí ni se cómo se me pasó por la cabeza, así que cerré el pico y esperé. Cuando se largó fue un alivio enorme, te lo aseguro.

—Pero regresó.

—Sí, y agárrate porque lo que he averiguado te va a poner los pelos de punta.

—Te aseguro que ya los tengo así.

—Al verla ayer en el rodeo flipé como casi todo el pueblo. Así que hoy estaba en la ferretería y todo el mundo se preguntaba cómo era posible que montara tan bien. Que montar así lleva años de entrenamiento. Entonces alguien dijo que si no recordábamos que limpiaba los establos de Corliss. Que él había tenido que enseñarla. Me subí a la camioneta y fui a visitar al viejo Ben.

—Su capataz.

—Exacto. Y él me dijo que sabía que se convertiría en una estrella, que la niña tenía un don natural y que montaba desde los doce años. Que el viejo les había prohibido hablar de ello porque como la niña mostrara un morado podía ir la policía y cerrarle el negocio. ¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo, Wess? —Pálido se llevó la mano a la nuca. —Que los morados que veía el director se los hacía entrenando. Y ella no decía nada. Todo el mundo pensaba que eran sus padres quienes la arreaban. De hecho la tiró un toro y acabó en el hospital. ¿Te suena? —Wess palideció. —También me he enterado de otra cosa. No se escapó por nada.

—¿Qué quieres decir?

—El viejo Corliss dijo que ya no podía enseñarle nada más, así que la envió a México a casa de un amigo suyo. Ben me dio su número de teléfono. Es todavía criador de toros. Agárrate, Halee estuvo con él dos de esos años que estuvo desaparecida. Trabajó con él y aprendió todo lo que había que saber de cómo llevar un rancho. Me ha dicho que se largó de allí porque su hijo quería casarse con ella. Le rompió el corazón, ya tenían fecha de boda y todo. Le plantó dos días antes de decir el sí quiero. ¿Sabías algo de esto?

—No —dijo sintiendo que la rabia crecía en su interior—. No me ha contado nada.

—Pues ese mexicano se extrañó muchísimo de que regresara a casa. ¿Y sabes por qué?

Porque le había contado la triste historia de que no tenía familia, que estaba sola en el mundo. Él le preguntó si no tenía amigos en el pueblo, amigos a los que quisiera ver de nuevo y ella le dijo que antes quemaría Farmville que regresar por aquí.

—Pero regresó.

—No sé qué se le pasa por la cabeza a esa loca, pero aléjate de ella, Wess. Te digo que no está bien.

—¿Ese mexicano te dijo por qué no había participado en ningún rodeo?

—¿No es evidente? Era menor y una menor fugada de los Estados Unidos. Si había una orden de búsqueda podían pillarla y era lo que menos quería.

—¿Y cuando se hizo mayor de edad?

—Ni idea.

—¿Tanto entrenamiento para nada? ¿Tantos golpes y sufrimientos para luego no hacer nada?

—Hay dos años ahí de los que no sabemos nada porque es evidente que no te ha contado lo que ha hecho.

—No, cuando le pregunté me dijo que había ido de un lado al otro del país. De hecho, tiene un mapa con todas las ciudades marcadas con una equis.

—En dos años pudo hacerlo.

Sí, podría haberlo hecho. Entonces recordó algo. —¿La has llamado hoy?

—¡Claro que la he llamado! Le he dicho que como no firmara un contrato de publicidad de un año la demandaría. Quería alejarla de ti y obligarla a seguir en los rodeos. ¡A ver si así se rompe la crisma y nos deja en paz!

Wess apretó los labios y miró de reojo hacia la puerta. —Joder, no digas eso.

—¿Que no diga eso? ¡Me ha robado a mi mejor amigo y me ha dejado como un violador

de menores ante ti! Y la gente habla, ¿sabes? ¡Algunas mujeres no me miran igual, joder! Por el pueblo se preguntan cosas. Como dije que me había intentado seducir pude decir que fue cuando regresó, pero hay rumores porque ante la iglesia gritaste que era una cría.

—Ya hablaremos de esto.

—¿Vas a volver?

Entrecerró los ojos intentando controlar su furia. —Antes tengo que hacer algo.

—Ten cuidado.

Colgó el teléfono y apretó los labios mirando hacia la puerta. La sombra ya no estaba. Entró en la habitación lentamente y la vio de pie ante la ventana dándole la espalda. Wess cerró la puerta. —Al parecer tienes mucho que explicarme.

Las lágrimas caían por sus mejillas intentando retener el dolor de lo que consideraba una traición. Se había dejado convencer por Jeff, por su padre. La había traicionado de nuevo.

—¡Halee, estoy esperando! —gritó sobresaltándola.

El dolor era tan lacerante, tan fuerte que ni podía hablar. Le acababa de decir que nunca la abandonaría y sabía que estaba a punto de hacerlo. Nada había servido para salvar su relación que estaba herida de muerte.

—¿Es cierto que fingiste que tus padres te pegaban?

Esa frase fue como una cuchillada y sollozó. —¡No uses el truco de las lágrimas, que ya no te valen conmigo! —La agarró del brazo y la volvió. —¡Dime la verdad!

Elevó la vista hasta sus ojos. Era evidente que no creería nada de lo que le dijera —Ellos me obligaron a llamarle.

—¿Ellos?

—Mis padres. Querían sacarle dinero. Mi padre escuchó lo que dijiste en el bar sobre mí y vino a casa hecho una furia. Eres una puta para todos, me gritó. ¡Se ríen de ti! Pues van a pagar

como si lo fueras. Mi madre rompió el manguito del lavabo y dijo que llamara a Jeff porque mi padre dijo que estaba borracho. Y fue. Le llevé hasta mi habitación y ellos estaban escuchando. Vi en sus ojos como me consideraba escoria por como vivía. —Sus labios temblaron. —E hice lo que mis padres me ordenaron, me insinué. —Wess palideció dando un paso atrás. —Y él quería —dijo con rabia—. ¡Me consideraba una puta, una mierda y él quería acostarse conmigo! ¡Así que cuando dio un paso hacia mí, cogí el bate y le molí a golpes! Huyó como la rata que es. Cuando mis padres entraron en mi habitación no dijeron ni una sola palabra, simplemente sonrieron. En unos días le haré una llamada, dijo mi padre. No me quedé lo suficiente.

—¡Me has mentido! —gritó furioso—. ¡Él no hizo nada!

—No seas idiota, ¿para qué crees que fue a mi casa? ¿Para ayudar a una vecina?

—Estás loca —dijo dando un paso atrás—. ¡Estaba borracho! Dejaste que tu padre te envenenara con lo que se dijo aquella noche.

—¡No era la primera vez que lo decía, llevaba haciéndolo años! ¿Te crees que soy idiota? Como muchos otros. —Levantó la barbilla. —Como tú.

—No eras virgen, ¿verdad?

Rio sin ganas. —Me das pena.

Furioso la agarró por los brazos. —¿Te doy pena, zorra retorcida? Debería…

—Vamos pégame. —Espantado la soltó. —¿No es lo que quieres?

—¡Estás loca!

—¡Sí! —gritó—. ¡Estoy loca por haber pensado que me querías! —Sollozó de dolor. —Te entregué mi corazón, te lo conté todo y…

—¡Y ahora sé la verdad! ¿Qué te proponías, dejarme en ridículo ante todos? —Entrecerró los ojos. —El rancho, querías el rancho. Por eso querías trabajar conmigo.

—En cinco años podré comprarme diez ranchos como el tuyo —dijo fríamente—. Ahora

desaparece de mi vista.

—¡No hasta que me digas qué te proponías! Y me lo vas a decir…

—¿Quién es el loco ahora?

—Me has mentido en todo o lo has tergiversado a tu conveniencia. ¡Vas a decirme la verdad!

—¿La verdad? Tú no estás preparado para escuchar la verdad —dijo con desprecio.

—¡Cuéntamelo todo!

Sonrió y fue hasta el minibar. —¿Una copa, cariño?

—Tú nunca bebes.

—Soy vaquera, claro que bebo. —Sacó una botellita de vodka y la abrió mirándole irónica. —Además lo llevo en la sangre… —Bebió de la botella y no paró hasta que se la terminó. Hizo una mueca tirándola a un lado. —Una marca horrible.

Wess apretó los puños y ella se echó a reír. —La cara que tienes. Así que quieres oír la verdad. ¿Por dónde empiezo? —Le miró a los ojos. —Te adoraba, tenías razón, eras como un dios para mí y al final tus pies son de barro como los de todos. No me enfadé contigo por cómo me trataste aquel día que quise defender al capullo de mi padre. —Rio. —Si tenías razón, era un desastre. Que los vaqueros se rieran de él era lo lógico dado su estado. Y era lógico que te enfadaras cuando te había empujado. No, aquel día no me marcó demasiado, pero hubo otro que sí. Seguramente no lo recordarás porque con la vida tan intensa que llevabas de una mujer a otra, es como para no acordarse. Creo recordar que aquella se llamaba Fillis o algo así, la llevaste al baile de primavera. Yo estaba sentada en unas balas de heno observando cómo la gente bailaba y se lo pasaba bien. Allí sola, porque mi inseparable amigo Barry ya se había dejado influir por los chismes, miraba a la gente, la gente que ponía verde a mi familia. Ni uno solo de todos aquellos se acercaron a mí para hablar conmigo. Ni uno. Fue realmente entonces cuando me di cuenta de que me consideraban otro de los desastres Hessler. Otra escoria más. Y llegaste tú con aquella

rubia preciosa del brazo. Me levanté a por una galleta a la mesa del ponche para verla bien. Recuerdo que llevaba un vestido rojo entallado que mostraba cada una de sus curvas y tú ibas muy guapo con un traje azul y una camisa blanca sin corbata. —Entrecerró los ojos. —Es curioso cómo se quedan grabados los detalles. Bueno, el hecho es que bailaste con ella. Muchos se apartaron para mirarte. ¡El heredero Barnwood, vamos a adorarle! —Se volvió y cogió otra botella. —Y entonces me miraste. El desprecio en tus ojos era tan evidente que sentí que todo a mi alrededor dejaba de tener importancia. Sentí miedo, sí, miedo, porque en ese instante me di cuenta de que nunca serías mío. Salí huyendo literalmente, tenía que lamerme las heridas. Y entonces el rencor hacia ti, hacia todos fue en aumento. Os creíais tan superiores a mí, que ya os era indiferente decir esto o lo otro. Poco a poco el rencor fue mermando mi alma hasta que llegó un punto que quería gritaros que la escoria erais vosotros. Por mucho que me esforzara jamás tenía una mirada de reconocimiento. Siempre eran de pena o de desprecio. Excepto de una persona.

—Corliss.

—Él me comprendía, sabía que la rabia que llevaba dentro tenía que canalizarla de alguna manera y empezó a enseñarme. —Se acercó a él. —Recuerdo un día que me dolía la espalda porque un toro me había derribado. El director del colegio vino de inmediato a mi aula y me sacó de allí. Me ordenó ante la enfermera que me desvistiera y vieron el morado. Por supuesto yo no podía decir cómo me lo había hecho. Llamaron a mis padres y mi madre medio drogada les dijo lo que yo ya le había dicho, que me había peleado con alguien a quien no pensaba delatar. Yo no tengo la culpa de que en esa ocasión pensaran que habían sido mis padres, pero te aseguro que en otras muchas ocasiones sí que fueron ellos. Pero vayamos al episodio que te interesa. Mi ingreso en el hospital. Es cierto que me tiró el toro esa tarde y es cierto que fue una caída dolorosa, pero si me ingresaron fue por la patada que me dio mi padre cuando llegué a casa y le sorprendí robándome el dinero que ganaba en el rancho Corliss limpiando establos.

—Mientes…

Se encogió de hombros. —Mi madre lo reconoció, ¿recuerdas? En la consulta del médico cuando me desmayé. —Wess palideció porque era cierto. Halee se echó a reír. —Es evidente que lo habías olvidado. Claro, te ha llegado tanta información de golpe que todavía no has sabido digerirla. Pues sí me pegó una paliza, pero era su palabra contra la mía y el sheriff anterior no hizo nada. Sí, el sheriff Forrester lo dejó pasar. Otro que fue un auténtico cabrito porque no quería meterse en líos tan cerca de la jubilación. Escuchado por estas orejas que me ha dado Dios en el mismo hospital donde estaba ingresada. Es un tema de los Hessler, que se arreglen. Éramos tan despreciados que podíamos habernos matado entre nosotros que no hubiera pasado nada. Así que cuando salí me tomé la justicia por mi mano sabiendo que no habría represalias. —Se echó a reír poniéndole los pelos de punta. —La cara que puso mi padre cuando le desperté a golpes, no sabía dónde meterse. Gracias a subirme a los toros tengo mucha fuerza y te juro que la aproveché —dijo con rabia—. Después de ese día no volvió a tocarme un pelo porque sabía que como lo hiciera le mataría. Si accedí a hacer lo de Jeff fue porque me dio mucha rabia saber que habíais tenido esa interesante conversación ante todos. Como comprenderás necesitaba desahogarme —dijo como una niña buena. Chasqueó la lengua—. No tenía un toro cerca para hacerlo, ¿sabes? —Bebió de la botella y cuando la acabó la tiró a un lado. Como si nada dijo —Bueno, ¿por dónde iba? Oh, después de moler a palos a Jeff me largué del pueblo. —Chilló dando palmadas. —Era libre. Me fui a México a una hacienda que criaba toros. Mariano es un criador estupendo, pero mal profesor, no aprendí mucho de monta, pero del rancho lo aprendí todo. Alberto, su hijo, no dejaba de insistir en que saliéramos y me dije Wess nunca te hará caso, ¿qué tienes que perder? Y salimos. Lo pasamos bien y durante un tiempo llegué a creer que me había enamorado de él. —Se echó a reír. —¿Te lo puedes creer? ¡Quería sustituirte! Unos días antes de la boda empecé a tener el mal presentimiento de que estaba haciendo algo erróneo. Era como eso del diablillo y el ángel, ¿entiendes? Una parte de mí decía, chica cásate con él, está buenísimo, es rico y te adora, pero otra parte decía, no es Wess. —Le miró a los ojos. —No, no era como tú, era mil veces mejor. —Hizo una mueca. —Pero debe ser la sangre que corre por mis venas que me hace algo masoquista. Me largué de México y di tumbos. Muchas veces pensé en apuntarme

a algún rodeo, pero algo me decía que no era el momento. Igual es que estaba demasiado relajada lejos de Farmville y no lo necesitaba. —Pensativa susurró —O igual era eso, necesitaba sentirme desgraciada para tener el valor de subirme a un toro a desquitarme. El hecho es que una mañana de debilidad llamé a mi madre y como no me contestaba y estaba cerca, me acerqué para enterarme de que estaba en el hospital por una borrachera. Y allí te vi… —Se quedó en silencio unos segundos recordando ese momento. —Fue un instante, nuestras miradas se cruzaron un instante, pero fue como si mi cuerpo volviera a la vida. Como si esos últimos cuatro años no hubiera vivido. Ya nada me motivaba, ya nada me empujaba a montar, pero fue verte y regresar al pueblo. Entonces me encontré con Molly. —Sonrió con tristeza. —Era una buena mujer, muy buena, pero sabía que todo lo hacía por pena aunque no quisiera reconocerlo. Acepté el trabajo en el colegio sabiendo que regresaba a una vida que odiaba. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero si volvía a sentir tu mirada de cuando en cuando merecería la pena.

Wess apretó los labios mirándola fríamente, pero ella no se daba cuenta repasando sus recuerdos. —El coche te lo abrí yo rompiendo la ventanilla en aquella feria… Para que me miraras de nuevo. —Sonrió con tristeza mientras las lágrimas caían por sus mejillas. —¿No soy patética?

—Nena…

Se echó a reír. —Cómo te pusiste, se te hinchó la vena del cuello de una manera que pensé que te iba a dar algo. —Riendo se sentó en el sofá. —Bueno, daba igual porque ya tenías una idea de cómo era y no ibas a cambiarla. Al día siguiente fui a ver a Corliss, necesitaba montar. Se puso realmente furioso conmigo porque estaba desperdiciando mi talento como él decía. —Sus ojos brillaron. —Entonces me dije que si me admirabas puede que tu opinión sobre mí cambiara y empezamos a organizar mi debut. Pero el hombre se murió una semana antes y debo decir que si alguna vez he sentido la muerte de alguien en la vida ha sido la suya aparte de la de Molly. Dos muertes que me dejaron vacía. No me sentía capaz de subirme a un toro. No tenía fuerzas. —Levantó la vista hacia él. —Entonces de repente aparece Sídney. Tan parecida a

mí que era como ver mi reflejo. No podía consentir que le pasara lo mismo que a mí en esa mierda de pueblo. Cuando me dijiste que no me acercara a ella lloré toda la noche. —Wess impotente apretó los puños. —Y de repente apareces en mi casa pidiéndome ayuda. No entendía nada, pero sentí muchas cosas. Los del pueblo decían que te interesabas en mí y por fin tenía una oportunidad de demostrarte que no era como pensabas. El ángel y el demonio regresaron. Una parte de mí decía que tuviera orgullo, que te echara de mi vida y otra parte decía que era una oportunidad, que si había vuelto era por ti y que merecía la pena intentarlo. Pero el demonio ganó y te eché en cara todo lo que tenía dentro mientras me moría con cada palabra, pero como sabes muy bien no soy tonta y sabía que no podía contártelo todo. Todavía no, porque entonces no creerías nada de lo que te decía. Y lo que ocurrió con Jeff podía llegar a hacerme más mal que bien. Así que te dije que había entrado en mi habitación y no te conté lo de la llamada. No sabía si él te lo había dicho, pero estaba preparada para mentir y decir que no le había llamado, que eso era mentira.

—¡Reconoces que mentiste!

—¡No te dije toda la verdad porque sabía que si lo hacía, pensarías que tenías razón en todo lo que creíste de mí en esos años! ¿Qué querías que hiciera? ¡Si después de acostarte conmigo piensas que no era virgen cuando te lo dijo el médico!

—¡Ha mentido por ti, reconócelo de una vez!

Se echó a reír de nuevo negando con la cabeza. —Jamás creerás en mí. A la primera prueba me has negado. ¿Pero qué digo? Esta no es la primera prueba.

—No entiendo lo que dices —dijo entre dientes.

—Viviendo contigo en tu casa jamás dejaste que yo me sintiera cómoda. ¡Era una intrusa!

—¡Eso es mentira, te acogimos como una más!

—¡Sídney pudo decorar su habitación como quiso y yo no podía tocar nada! ¡Era el

recordatorio continuo de que aquella era la casa de los Barnwood y yo no era uno de ellos!

—Estás diciendo estupideces.

—Ah, ¿sí? Desde que puse un pie en esa casa tu ama de llaves no me dejaba hacer nada. Tuve que dejar el trabajo porque estaba comprometida contigo y no tenía nada que hacer.

—Intentamos…

—¿Intentasteis? ¡Tenías que haberlo intentado tú! ¡Ni siquiera me regalaste un anillo de compromiso!

—¡No quería agobiarte!

—¡Pues te aseguro que mi agobio llegó a un punto que me subía por las paredes! ¡Por eso te pedí montar! ¡Y vi tu admiración por mí! ¡Me admirabas! ¡Era la primera vez que lo hacías y supe que tenía que asistir a un rodeo! ¡Quería que me vieras, que me vieran todos, quería que estuvieras orgulloso de mí, de tu mujer, la mujer que merecía estar a tu lado!

Wess dio un paso hacia ella, pero al darse cuenta de lo que hacía se detuvo en seco y ella se echó a reír. —Y lo has ensuciado todo —dijo con desprecio—. Todo mi esfuerzo, todos estos años, lo has roto… Has roto lo que teníamos. —Agachó la mirada. —Aunque en realidad no teníamos nada, todo era un espejismo.

—¡Sí, era un espejismo porque me has mentido desde el principio! ¡No eras virgen y lo de Jeff era mentira!

—Si me amaras de verdad eso te daría lo mismo.

—¿Cómo va a darme lo mismo? —dijo asombrado.

—¿Acaso las mujeres con las que salías eran vírgenes? Lo dudo. Y Jeff es un cerdo, hubiera llamada o no. —Se levantó. —Y yo te perdoné a ti.

—¿A mí? ¡Qué tenías que perdonarme tú! ¡Mentiste!

—Es evidente que vuelves a creer que me acosté con ellos y tu orgullo vuelve a no

atender a razones. Pero eso ya no es importante, tú ya no eres importante, quiero que te vayas.

—Por supuesto que me voy. —Abrió la puerta fuera de sí, pero antes de salir la miró. —Es cierto lo que dicen, debes de estar loca si creías que no me iba a enterar de esto.

Sin poder disimular su dolor susurró —Algún día y no será en mucho tiempo te darás cuenta de que tengo razón, pero ya no estaré, nunca volveré.

—Pues estupendo. Cuanto menos te vea la cara mucho mejor.

—Oh, la verás. Te juro que la verás, tanto que hasta soñarás conmigo.

—Tú sí que sueñas —dijo con desprecio antes de cerrar dando un portazo que la estremeció. Halee sollozó tapándose el rostro con las manos y sintiendo que sus piernas no la sostenían se dejó caer de rodillas mientras el dolor traspasaba su pecho y supo que nunca lo superaría.

Capítulo 13

Halee saludó al público que se puso como loco y en ese momento una cámara de televisión se acercó a ella. —¿Cómo te sientes? ¿Lista para ganar el nacional de nuevo?

—Lista para todo.

—Unas palabras para tus fans.

—No dejéis que la vida os tire a la arena y si lo hace, hay que montarse de nuevo para disfrutar de lo que el futuro te puede ofrecer. —Guiñó un ojo a la cámara y se alejó yendo hacia Parker que la esperaba al lado de su manager. —Amigo, te veo bien.

—No vas a ganar esta vez —dijo divertido.

—Te juro que haré lo que haga falta.

—De eso no tengo duda, pero podías tener un poco de piedad de los pobres mortales que llevamos un año en que no nos has dejado ganar nada.

—Algún día me desmontarán.

—Sería una pena —dijo Harry con el teléfono al oído—. Y sobre todo espero que no sea hoy.

Sonrió divertida. —Tranquilo Harry, te llevarás tu comisión.

Este rio por lo bajo. —Lo sé.

—¿Lista para el espectáculo? —dijo Parker.

—¿No se nota?

Él se echó a reír por su atuendo blanco lleno de cartelitos. —¿Te queda algún hueco?

—Pues sí —dijo Harry —. Pero se acaba de cubrir para la siguiente competición.

Se echaron a reír y su amigo miró tras ella. Distraída miró hacia atrás para ver que Barry vestido con su uniforme de ayudante del sheriff se acercaba y no con muy buena cara.

—No, no, no… Haz que se largue. No quiero ver a nadie.

Harry prácticamente salió corriendo interponiéndose en su camino. —¡Tengo que hablar con ella, es importante!

—Ni hablar, estamos hablando del campeonato nacional y tiene que concentrarse. ¿Está usted loco?

—La gente está mirando —dijo Parker.

—Mierda, es evidente que nunca me libraré de ellos.

—El pasado siempre regresa.

Furiosa fue hasta allí. —¿Qué pasa?

Barry apretó los labios. —Tengo algo que decirte que…

—¿Y no puedes esperar hasta después?

—No, es un asunto oficial.

Enderezó la espalda. —Muy bien, suéltalo.

—Es Wess, está en el hospital.

Se quedó sin aliento. —¿Qué?

—Tuvo un altercado con Jeff al salir del bar de Bill. En el aparcamiento alguien escuchó algo sobre que Wess iba a denunciarle y Jeff le dio un puñetazo a traición cuando pasaba un coche que no pudo evitarle. —Halee palideció y apretó los labios. —Está muy grave. Pensé que te gustaría saberlo.

—¿Y Jeff? —preguntó casi sin voz.

—Está detenido.

Asintió. —¿Algo más?

Barry la miró sorprendido. —Pensaba que te importaba.

—Cállate —dijo Parker furioso—. No tienes ni idea de lo que hablas. Ya has dado tu recado, ahora lárgate de aquí.

Su antiguo amigo le fulminó con la mirada antes de irse de allí. —Será mamón, vaya momento más oportuno para decirte algo así —dijo Harry furioso antes de mirarla—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo fríamente. Forzó una sonrisa—. El espectáculo tiene que continuar. Harry tráeme un poco de agua.

Su manager prácticamente salió corriendo y Parker la cogió por el brazo llevándola aparte. —Tienes que reponerte.

—Ya no está en mi vida. Ya no es importante en ella y tengo que seguir adelante. —Miró a Parker. —¿No fue lo que me dijiste?

—Sí, y tengo razón. Él te dio la espalda y no te merece. Este es tu mundo, no les debes nada.

Intentando retener las lágrimas susurró —Dios mío, entonces por qué me siento rota.

Su amigo preocupado se acercó a su oído. —Porque todavía le amas y sé muy bien cómo te sientes. Debes elegir, o irte ahora para que a lo mejor vuelva a hacerte lo mismo o vivir entre nosotros donde te apreciamos y te queremos a pesar de no llevarnos un premio.

Sonrió sin poder evitarlo.

—Así me gusta, eres Halee Hessler y te has ganado un nombre por tu propio esfuerzo. No les debes nada.

Asintió y respirando hondo se volvió para ver que la cámara la enfocaba. Ella saludó con la mano y dijo —¡Dallas he venido para ganar!

Tres horas después estaba sentada en el sofá de su suite con la mirada perdida. El gran plato de oro estaba puesto a su lado y Halee lo miró. No era una gran compañía. Suspiró mirando al frente. Debería estar celebrándolo en la gran fiesta que daban sus patrocinadores, pero sentía que no tenía nada que celebrar. Se moría por saber como estaba Sídney, Walter… Pobre Walter, debía estar muy angustiado. Wess era su orgullo y ahora puede que le perdiera. Sintió un nudo en la garganta. Cuando él se fue de aquella habitación creía que su alma estaba muerta, pero era evidente que no porque sentía que se estaba resquebrajando en dos. Ni supo cómo se subió al toro para la gran final y ni escuchó la sirena de los ocho segundos. De hecho para deleite de sus seguidores se quedó veinte encima de su lomo. Cerró los ojos y las lágrimas brotaron. Las primeras en un año. Y eran por él, como en sus últimos años en Farmville. Siempre eran por él. ¿Hasta cuándo iba a sufrir por ese hombre?

El sonido del teléfono de la habitación la sobresaltó y lo miró sin interés, pero cuando dejó de sonar volvió a empezar apenas dos segundos después. Alargó la mano y lo cogió. —¿Diga?

—¿Halee?

Se le cortó el aliento. —¿Sídney?

—Tienes que venir. —Sollozó. —Por favor tienes que venir, el abuelo está muy mal y Wess… —Su voz se rompió.

—¿Dónde estás?

—En Houston, le han trasladado aquí para que le vea un especialista.

—Estoy en Dallas, intentaré encontrar un avión, ¿de acuerdo?

—¿Vendrás?

—Sí, tranquila. Llegaré lo más pronto posible, tú no te preocupes. Walter está atendido?

—No quiere hacer caso al médico, no se toma las pastillas.

Apretó los labios. —No te preocupes, voy para allá. —Colgó el teléfono y agarró su bolso corriendo hacia la puerta.

Cuando llegó al hall corrió hacia la recepción y la muchacha le sonrió. —Felicidades.

—Gracias, necesito un avión a Houston con urgencia.

La chica eficiente cogió el teléfono y habló con alguien. Tapó el auricular. —Sale uno en una hora. ¿Le reservo?

—Sí, por favor. Y necesito que recojan mis cosas de la habitación y me cobre. Tengo que irme cuanto antes.

—Pues corra. Le enviaremos sus cosas.

—¿Y la cuenta?

—¿Está de broma? Invita la casa.

—¡Gracias, gracias! —Salió corriendo.

La otra chica de recepción soltó una risita. —La cara que va a poner la gente cuando la vea con chorreras y todo.

—No creo que pase los sistemas de seguridad. —Apartó la mano. —¿Oiga? Resérvelo a nombre de Halee Hessler. Sí, la campeona nacional de la que habla todo el mundo. Sí, ha estado fantástica.

Menudo circo se montó en el aeropuerto en cuanto la vieron. Es que ni la dejaban pasar y tuvo que escoltarla la policía hasta el avión. Sentada al lado de una abuela, esta la miró de arriba

abajo. —Chica, que look más interesante.

Esa no era una fan. Forzó una sonrisa. —Vengo de una competición.

—¿Y a dónde vas?

Miró al frente y apretó los labios antes de decir —A casa, vuelvo a casa.

—¿Y te ha ido bien?

—No puedo quejarme.

La mujer la miró a los ojos. —Pues para haberte ido tan bien tienes una tristeza en los ojos…

—Es que un amigo está en el hospital.

—¿Un amigo importante?

—Lo fue.

—Lo siento mucho.

—Yo también.

—Pues si ese amigo importante sale de esta, no te olvides de decirle cuanto le quieres. A veces se nos olvida decir esas cosas.

—Ya se lo dije y él prefirió seguir su vida.

—Vaya, lo siento.

Halee forzó una sonrisa. —Ya ha pasado un tiempo.

Se la quedó mirando fijamente. —Pues no lo parece. Da igual que se sea hermosa, rica, o fea y una vagabunda, las heridas del amor duelen de la misma manera. ¿Pero sabes qué? Lo importante es cómo te enfrentes a ello y el valor que tengas para mantenerte en pie. Y creo por la pinta que llevas que a ti valor no te falta.

Se le cortó el aliento y la mujer sonrió cogiendo su mano. —Valor chica, estás lista para enfrentarte a cualquier cosa con la cabeza muy alta, porque ganes o pierdas eres una campeona.

—Gracias.

—De nada. ¿Me firmas un autógrafo? Por cómo te miran todos esos, seguro que mi nieta te conoce.

Como no quería que se formara otra al llegar al hospital hizo que el taxi se detuviera ante una tienda y escogió unos vaqueros y una camiseta. Entró en el probador y apenas cuatro minutos después salía corriendo de la tienda dejando cien dólares sobre el mostrador bajo la atónita mirada de las dependientas, que al verla vestida de calle corrieron al vestuario para encontrarse su ropa de rodeo. —¡Para mí las chorreras! —gritaron a la vez.

El taxi frenó ante el hospital estatal de Houston y se bajó a toda prisa deteniéndose en seco al ver allí a varios del pueblo. Apretó los labios mientras el cura se acercaba a ella. —¿Cómo está?

—Igual. Muy grave.

Miró a su alrededor y varios se acercaron con una triste sonrisa en el rostro como si esperaran malas noticias en cualquier momento, lo que le retorció el corazón. —¿Cómo de grave?

—La camioneta le lanzó cinco metros más adelante sobre otro vehículo. Cayó sobre su luna delantera. Entre otras cosas tiene una hemorragia interna que están operando en este momento.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Ayer noche. Muchos del pueblo nos reunimos en el bar de Bill para verte. No sé cómo empezó la discusión, pero salieron al aparcamiento.

Barry se acercó. —Yo estaba allí y ni me di cuenta con toda la gente que había. Me enteré cuando se oyeron los gritos.

—¿Y Walter?

—Está dentro, en la sala de espera. El hombre estaba en su casa cuando le avisaron y la señora Milford le llevó al hospital del condado, pero al ver la gravedad de las heridas decidieron trasladarle en cuanto estabilizaron a Wess.

Pálida susurró —¿Le estabilizaron?

—Estuvo muerto varios minutos, Halee —dijo Barry—. Casi es un milagro que siga con vida.

Su mirada se empañó. —Voy a entrar. Sídney me ha llamado.

—Esa niña no deja de llorar —dijo Barry—. La señora Milford no sabe qué hacer para consolarla. ¿Si sabes algo puedes avisarnos? No queremos molestar.

—Claro.

—Te acompaño —dijo el padre Carrigan.

Entraron en el hospital y siguió al padre Carrigan en silencio intentando digerir que estaba aún más grave de lo que suponía. Recordó su sonrisa y como la besaba por las mañanas cuando vivían juntos. Recordó su aroma y lo que sentía a su lado. Sintiendo unas enormes ganas de llorar fueron por el pasillo. —¡Halee!

Sídney se levantó de una silla y corrió hacia ella. Estaba mucho más grande y llevaba su cabello mucho más largo. Esos ojos rojos de tanto llorar le recordaron por qué estaba allí y se abrazaron con fuerza. La niña sollozó.

—Todo va bien, le están atendiendo —susurró.

—Sí, pero…

—Shusss… Ni pienses en ello. Es fuerte y tiene mucho por lo que luchar. —Se apartó y la cogió por las mejillas forzando una sonrisa. —Los Barnwood son luchadores y Wess más que nadie. —Cogió su mano y caminó hacia Walter que sentado en su silla estaba hundido.

—Hola viejo.

Levantó la vista hacia ella. —Me alegro de verte, niña.

—Y yo a ti. —Se sentó a su lado. —Un pajarito me ha dicho que no te tomas la medicación. ¿Quieres preocupar a tu hijo cuando se despierte? —Le hizo un gesto para que se acercara el doctor Carmichael que estaba allí. —No querrás disgustarle, ¿verdad? No está para disgustos. —El doctor le puso delante un vasito con unas pastillas. —Vamos, tómatelas que te necesito fuerte para lo que tenemos por delante.

—¿Te quedarás? —preguntó sorprendido.

—Mientras me necesites, me quedaré. —Cogió el vasito y se lo puso en la boca. —Venga vamos, que estás algo pálido.

Walter se las tomó y bebió del vaso de agua. —Muy bien. —Halee sonrió. —Ahora solo tenemos que ocuparnos de Wess. —El hombre se emocionó. —Eh…—Le acarició la espalda. —Se pondrá bien.

—En cuanto salió de aquella habitación de hotel se arrepintió de lo que te dijo, ¿sabes? —susurró él cortándole el aliento—. Se pasó seis horas en el aparcamiento analizando cada palabra que le dijiste, cada maldita palabra que le dijo Jeff y las que le dije yo. Pero finalmente arrancó ese motor para regresar al rancho. Estaba hecho polvo. No te olvidaba. Lo intentaba realizando las tareas de la vida cotidiana, pero tu cara estaba en todas partes. —Sonrió con tristeza. —Recuerdo un desayuno cuando Sídney se sirvió los cereales, allí estaba tu cara. Tenías que ver la expresión de su rostro. Solo sonreía si ganabas como si tus triunfos fueran los suyos. Como si tu alegría en la pantalla llegara a él de alguna manera. Intentaba seguir con su vida. Trabajar de sol a sol y de vez en cuando una cerveza en el bar de Bill. —Sonrió con tristeza. —Allí siempre tienen puesto el canal donde emiten los rodeos. Decía que ver a todos tan contentos por ti era increíble. Que sentía que no lo vieras, así que hizo los videos.

—¿Los videos?

—Les grababa con el móvil. No se perdía una de tus montas y les grababa animándote. Una vez le dije que por qué no te los enviaba. Él me respondió que algún día lo haría y ahora… —Su voz se rompió.

Intentando no llorar le abrazó. —Todo irá bien.

—Con el paso de los meses llegó a entender tus mentiras, te lo juro. Y sabía que todo lo habías hecho por él. Esto quiero que lo sepas, si él no puede llegar a decírtelo, necesito que lo sepas. —Emocionada asintió. —Le dije que fuera a buscarte para traerte a casa, pero no tuvo valor. No la merezco y tendrá una vida mucho mejor lejos de este pueblo. Eso decía. —El viejo sollozó. —Temo que se deje morir. No es el mismo desde entonces.

—No digas eso.

—No puedo sobrevivir a mi hijo. —Se apartó para mirar sus ojos. —Júrame que te ocuparás de Sídney si nos pasa algo. —Miró hacia la niña que les observaba desde el otro lado del pasillo sin decir nada. —Júramelo, por favor. No puede volver a esa vida otra vez.

—Te juro que se quedará conmigo, pero eso no va a pasar.

Vio el alivio en el rostro de la niña. Pobre, seguro que se le había pasado por la cabeza que se quedaría sola y tendría que regresar con su madre. En ese momento salió un hombre con un pijama azul bajo una bata blanca y se acercó. —¿Familiares de Wess Barnwood?

—Soy yo —dijo Walter—. Soy su padre y ella es como de la familia.

El hombre sonrió. —Tiene un hijo que es duro de pelar. —Alargó la mano. —Soy el doctor Stewart, su cirujano.

Halee suspiró del alivio mientras Walter le daba la mano. —¿Mi chico se ha portado bien?

Sonrió. —Su chico nos ha dado algo de guerra, pero es joven y fuerte, si no hay complicaciones se repondrá. —Miró hacia ella. —¿Sabe cuáles son sus lesiones?

—Me han dicho algo de una hemorragia interna.

—Pues se han quedado muy cortos. Según tengo entendido le atropellaron. Debió ser una camioneta o una furgoneta porque sus lesiones principalmente están de rodilla para arriba. Sobre todo el esternón. He tenido que operarle un riñón que ha reventado del impacto y tiene cuatro costillas rotas. Una perforó el pulmón. Tuvo mucha suerte porque los servicios de emergencia le salvaron la vida evitando que se ahogara. Fue trasladado al hospital del condado y consiguieron estabilizarle tras operarle de urgencia. Llegó aquí esta mañana, pero hasta que sus constantes no fueran más estables no quise arriesgarme a operarle. Pero eso no es todo. Tiene rotas las dos piernas y un brazo, aparte de tres vertebras fisuradas. Lo único que está aparentemente bien es la cabeza, pero le mantendremos bajo sedación para que no se altere y la recuperación sea más rápida.

—Dios mío… —dijo pálida como la nieve—. ¿Tendrá secuelas? Es vaquero, ¿podrá subirse a un caballo?

—Habrá que esperar, pero las fracturas son limpias según me ha dicho el traumatólogo. No quiero que se llamen a engaños, va a estar aquí una buena temporada y eso si no hay complicaciones. Necesitará mucho apoyo en su recuperación y fisioterapia para lo de la espalda. Pero no nos adelantemos, primero tiene que salir de la UCI.

—Saldrá —dijo ella convencida.

El doctor sonrió. —Si es tan duro como usted no lo dudo. Podrán verle media hora por la mañana y media hora por la tarde cada día. Hoy ya no podrán visitarle, así que les aconsejo que se vayan a casa.

—Gracias, por todo.

—Ha sido un placer. Por cierto, felicidades.

—Gracias.

Cuando el médico se alejó Walter la miró emocionado. —¿Has ganado?

Ella sonrió cogiendo su mano. — ¿Te lo puedes creer? Los que montan toros de este país

son más malos que yo.

Walter sonrió. —No te menosprecies, niña, nos has dejado a todos con la boca abierta.

—Bah, no es para tanto.

—Siento mis dudas…

—Eh, eso es agua pasada. Y lo comprendo, de verdad que sí. Solo querías protegerle. Hasta comprendo a Wess. Con el paso del tiempo me he dado cuenta que de esperar una simple mirada, pasé a querer demasiado en muy poco tiempo. Nos precipitamos después de todo lo ocurrido. No hubiera funcionado y ya está. Ahora lo que importa es que se recupere pronto.

Walter apretó los labios como si le disgustaran sus palabras, pero no le replicó.

En ese momento llegó la señora Milford y al verla chilló de la alegría. Se levantó para abrazarla. —Menos mal que estás aquí.

—Tenía que haber venido antes —dijo arrepentida.

—Qué va. Ese título era tuyo, te lo habías ganado. Wess no hubiera querido que te lo perdieras ni por él ni por nadie.

Asintió y miró a su alrededor. —¿Tenéis hotel?

—No hemos salido de aquí en todo el día —dijo el cura.

—Pues habrá que buscar uno. Y después un piso porque como ha dicho el doctor esto va para largo.

Capítulo 14

Caminando por el pasillo del hospital dijo al teléfono —Sí, claro que voy a ir. En una semana estaré en ciudad de México. Sí Harry, no seas pesado. Estoy centrada. Sí, salgo a correr todos los días y voy al gimnasio… —Hizo una mueca porque ni sabía dónde había un gimnasio por allí. —Sí, y duermo mis ocho horitas. Oye, tengo que dejarte que una fan quiere sacarse una foto. —Colgó el teléfono antes de marcar de nuevo. —¿Sídney? ¿Cómo van esos deberes? No me vengas con rollos, señorita. Como no hagas los deberes, Tesoro se va a pasar una buena temporada sin salir del establo. Así que tú verás. ¿Que estás deprimida? ¿Y cuando comunicaba tu teléfono porque estabas hablando con Tati también estabas deprimida? ¿O te deprimió la hora y media de conversación? ¿Que como me entero de esas cosas? Porque soy muy lista. Mueve el culo hacia los libros que me planto en el rancho y me vas a oír, ¿entendido? —Sonrió por su respuesta. —Pues eso. Te llamo luego. —Colgó y esperó mirando a su alrededor. Cuando pasaron cinco minutos se puso el teléfono al oído de nuevo. —Milly, ¿está estudiando? ¿Cómo que se ha puesto a ver la tele? —Entrecerró los ojos por lo que era una provocación en toda regla. —Muy bien, pásamela. —Oyó como la niña protestaba al otro lado de la línea y cuando se puso intentó mantener la calma. —Sídney, ¿qué pasa? Y quiero la verdad. —De repente la niña se echó a llorar y apretó los labios escuchándola. —¿Así que Maggie Preston te ha dicho eso, no? Pues no, tu madre no se te va a llevar, que para algo estoy yo aquí, ¿me has entendido, preciosa? Nunca dejaré que se te lleven. —Suspiró cuando la niña se calmó y maldijo no poder estar en el rancho para abrazarla. —Sí, cielo. Tú no te preocupes por lo que diga la gente. Eres

una Barnwood y te vas a quedar en el rancho. —En ese momento el médico salió de la habitación y ella dijo —Cielo, te llamo ahora que sale el médico. —Ansiosa le miró a los ojos. —¿Qué tal va?

—Vamos a quitar la sedación a ver cómo responde.

Se llevó la mano al pecho. —¿Ya? Solo lleva así dos semanas.

—Sí, está mejorando rápidamente y parece que sus pulmones ya ventilan bien. Ha llegado el momento. ¿Por qué no pasa y…?

—No, no… —Forzó una sonrisa. —No quiero molestarle.

—Está sedado, no se enterará.

—Ya, pero será mejor que no. Ya le ve Walter cuando viene. —El médico miró a su alrededor. —Se ha quedado en el piso, tenía la tensión algo alta. Está con la enfermera que he contratado.

—Comprendo. ¿Usted está bien?

—Claro.

En ese momento sonó el teléfono y el médico dijo —Conteste, yo tengo que ver a otro paciente.

—Gracias. —Respondió al teléfono de inmediato. —¿Qué has dicho? Ray no me fastidies. —Se llevó la mano a la frente. —¿Qué dice el veterinario? —Abrió los ojos como platos. —¿Cómo que no has llamado al veterinario? ¡Es un toro de cuatrocientos mil dólares, inútil! Eres el hijo menor de uno de los ganaderos más importantes del contorno y has nacido entre reses. ¡Espabílate! —Escuchó lo que el inútil del hermano de Wess tenía que decir —Escúchame bien... ¡Cómo a ese toro le pase algo, voy ahí y te corto los huevos! Así que ya puede estar sano cuando llegue. ¿Cómo que cuando llego? ¡Voy para allá! —Furiosa colgó el teléfono y gimió mirando la puerta cerrada. —Se pondrá bien, se pondrá bien. Así que calma, que puedes con esto. Bah, solo serán unas semanas hasta que pueda hacerlo él. —Se volvió dispuesta a

ponerles las pilas a todos.

La puerta de la habitación se abrió y Wess miró hacia allí lo que le permitía el collarín. Walter entró en la habitación y Wess apretó los labios. —¿Tampoco ha venido hoy?

La enfermera cerró la puerta a su paso. —Entiéndelo hijo, es una situación muy difícil para ella. Pero se sigue ocupando de todo. Y cómo manda, tu hermano está trabajando como un poseso, no le da un respiro. —Soltó una risita. —Tiene unas ganas de perderla de vista… —Se acercó a él viendo su cuerpo prácticamente lleno de escayola. —¿Qué tal te encuentras?

—Bien. —Suspiró mirando hacia el techo. —Dale las gracias de mi parte.

—Está siendo de mucha ayuda. No sé qué hubiera hecho sin ella.

Su hijo no contestó y Walter cogió su mano.

—No me ha perdonado. No quiere verme porque no me ha perdonado.

—No le has contado lo sucedido con Jeff.

—Eso no tiene importancia.

—Claro que sí. Deberías…

—Padre déjalo. No confié en ella, tiré nuestra relación por la borda al dudar sobre lo que sentía por mí y siempre me quiso.

Su padre le observó preocupado porque si antes estaba desmoralizado ahora se había rendido. Y no soportaba verle así.

La puerta del apartamento se abrió y Halee entró tirando de su troley. —¡Ya estoy aquí! La entrevista ha ido genial, sale mañana. ¿Cómo estaba mi chico hoy?

Al no oír respuesta frunció el ceño —¿Walter? —Fue hasta la cocina y abrió la puerta, pero estaba vacía. Frunció el ceño volviéndose. —¿Mindy? —Cuando la enfermera no contestó asustada sacó su móvil y la llamó. Cuando la llamó tres veces juró por lo bajo saliendo del piso que estaba en frente del hospital. Cruzó la calle corriendo y entró en el hospital yendo hacia el ascensor. Subió a la tercera planta y corrió hacia la habitación de Wess. Una enfermera pasó a su lado. —¿Qué le ha pasado?

—¿Qué?

—¿Le ha pasado algo a Wess?

—No.

Sorprendida se detuvo. —¿No? ¿Y dónde está Walter?

La enfermera se encogió de hombros. Furiosa sacó el móvil de nuevo y volvió a llamar a Mindy. —Esta estúpida... Menudo susto me ha dado. —Se giró pasándose la mano libre por la nuca. —Mindy, ¿dónde estáis? —preguntó a gritos de lo alterada que estaba—. ¿Cómo que en la hamburguesería? ¿A alguien que le han dado dos infartos le llevas a una hamburguesería? ¿Que se ha empeñado él? ¿Y después le compras el paquete de tabaco, descerebrada? ¡Sí, ya estoy aquí! ¡Y menos mal que he adelantado el vuelo para ver lo que hacéis cuando no estoy presente! ¡Más te vale que lo lleves de inmediato al piso porque si no voy a llamar a la policía! ¡Y por cierto, estás despedida!

Colgó volviéndose y se quedó de piedra porque la puerta estaba abierta y Wess desde la cama la estaba mirando. Fue impactante ver su aspecto, pero lo que más la conmovió fueron sus ojos. La miraban con tal anhelo que se le retorció el corazón. —Hola, nena.

—¿Cómo estás?

No contestó. Sin poder evitarlo dio un paso hacia él y entró en la habitación cerrando la puerta. —¿Mi familia te pone las cosas difíciles, preciosa?

—Esa idiota... Ya la pillaré.

—Dudo que esté allí cuando llegues. —Se quedaron en silencio simplemente mirándose. —Lo siento.

Ella tomó aire por la nariz y se acercó a los pies de la cama. —No es el momento para tener esta conversación.

—¿Y cuándo será el momento, Halee?

—Puede que nunca.

—Entiendo. —Él agachó la mirada.

—Lo entiendes. ¿Lo entiendes? ¡Pues yo no entiendo nada! —Salió de la habitación, pero a mitad del pasillo se detuvo. Con rabia se volvió y regresó furiosa sorprendiéndole. —¿Por qué le ibas a denunciar?

—¿Qué?

—¿Por qué ibas a denunciar a Jeff? ¿Por qué te pegó? Tu padre no me cuenta nada. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas?

—No, no lo recuerdo. No recuerdo esa noche y…

Ella entrecerró los ojos. —Me estás mintiendo. Dime la verdad.

—Nena, no sé de qué hablas.

—¿Por qué os peleasteis?

—No lo sé. Solo tengo retazos de esa noche. Recuerdo ir al bar de Bill y hablar con varios del pueblo. Lo hiciste muy bien, nena. Me sentí orgulloso.

Entrecerró los ojos. —No hagas esto.

—¿El qué?

—Darme lo que quería para intentar arreglar las cosas. Ahora es tarde.

—Lo sé. Pero quería que lo supieras.

—Continúa.

—Me encontré con Jeff.

—¿Erais amigos de nuevo? —preguntó con ironía.

—Cuando llegué al pueblo hablamos y no es que nuestra relación fuera como antes, pero…

—Así que erais amigos —dijo entre dientes.

—A veces nos tomábamos alguna cerveza juntos.

—Estupendo, ¿qué pasó después?

Él apretó los labios. —Lo ves como otra traición, ¿no?

—No, qué va. —Se cruzó de brazos esperando.

Wess suspiró. —Estoy agotado de esto, nena. De todo esto.

—¿Y crees que yo no? Pero cuando había salido de vuestras vidas pasa esto y ahora estoy aquí de nuevo, así que dime de una maldita vez lo que pasó esa noche a ver si así puedo pegarle un tiro a ese tío entre ceja y ceja para quedarme tranquila.

—No recuerdo mucho más.

—Me estás mintiendo —dijo entre dientes—. Me estás mintiendo y me pregunto por qué. ¿Tenía que ver conmigo?

—¡No! Desde que hablé con él para que se olvidara de lo del contrato no volvimos a hablar de ti.

—Eso no me lo creo.

—Te aseguro que no.

—Lo voy a averiguar, ¿sabes? Ese mamón está libre bajo fianza mientras tú estás ahí tirado y no se va a ir de rositas. —Sus ojos refulgieron de furia. —Esta vez sí que voy a

vengarme.

—Me lo ha hecho a mí, nena.

—¿Te lo ha hecho a ti? ¡Nos lo ha hecho a todos! ¡Va a pagar por nuestras lágrimas, por nuestros miedos al pensar que te morías! ¡Va a pagar por cada desvelo y por los años que le han caído encima a Walter! ¡Y va a pagar por tener que aguantar a tu hermano que es un inútil de primera!

Wess sonrió cortándole el aliento. —¿Algo más?

—Lo del bate no será nada comparado con lo que le haga cuando le encuentre. Porque el muy capullo se ha escondido. Pero ya le pillaré. —Se volvió y fue hasta la puerta. —Ahora tengo que ir a ver cómo está tu padre y después al rancho para comprobar que Ray no lo haya arruinado. Pero volveré.

Cuando salió Wess sonrió y la puerta se volvió a abrir. —¿Necesitas algo?

—Sí.

Preocupada se acercó. —¿El qué?

—Mi madre me daba un beso para que se me curaran las heridas.

—¿No me digas? Le diré a tu padre que te lo dé cuando le vea. ¿Algo más?

—Si me lo dieras tú me sentiría mejor.

—Menuda cara tienes.

Wess perdió la sonrisa poco a poco. —Nena…

—No quiero hablar de esto. —Fue hasta la puerta.

—¡No he podido olvidarte! —Salió cerrando la puerta y él gruñó de la impotencia antes de gritar —¡Y no te olvidaré! ¡Te amo, nena! ¡Sé que he metido la pata muchas veces, pero nunca dejaré de amarte!

Halee en el pasillo se llevó la mano al pecho mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Me oyes? —gritó desde su habitación—. ¡Y haré lo que sea para que me perdones! —Al ver como la gente salía de sus habitaciones gimió y abrió la puerta a toda prisa. Wess sonrió. —No te has ido.

—¿Quieres callarte? Estás molestando a toda la planta.

—Me da igual. Te quiero.

—Deja de decir eso.

—Te quiero, te quiero. Te lo repetiré hasta que me creas. Te quiero, nena.

—Cállate.

—Te quiero y te echo muchísimo de menos.

—¿Sí? —preguntó con ironía—. ¿Me quieres y me has echado de menos?

—Sí, nena y no sabes cómo.

—¡Qué pena que no hubieras luchado por mí como yo lo hice por ti, como yo superé mis miedos por ti! Dejé mi trabajo, me mudé a tu casa, te lo entregué todo…

—Lo sé. —Intentó moverse. —Nena, no tengo excusa.

—¿Me crees? ¿Crees lo que te dije en el hotel?

—Sí.

Lo dijo tan firmemente que se le cortó el aliento. —Así que ahora me crees. ¿Por qué ahora? ¿Por lo sucedido con Jeff?

Se sonrojó. —Hablé con el doctor.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Le preguntaste si era virgen de veras?

—¡Era importante para el alcance de tus mentiras!

—¡En eso no mentí!

—Ya.

—¿Cómo que ya?

—Pues que me enseñó el informe de cuando hiciste la primera consulta. —Carraspeó. —Y la última.

—¡Esto es el colmo! ¿Te quedaste tranquilo porque ya no era la puta del pueblo?

—No hables así, por favor.

—Eso es lo que querías averiguar. ¿Te quedaste tranquilo?

—¡Pues sí! ¡Aunque eso demostraba que yo era un capullo, me quedé tranquilo!

—Aunque hubiera sido una puta no teníais derecho a tratarme así.

—Lo sé, joder. Remover toda esta mierda no tiene sentido.

—¡Por esta mierda me dejaste! Y como dice un buen amigo el pasado siempre vuelve. No pienso sufrir de nuevo ni por ti ni por nadie. —Salió de la habitación dejándole con la palabra en la boca y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Walter miró de reojo a su hijo. —Has metido la pata.

—Lo sé.

—Lo ha organizado todo para que otra enfermera que es una auténtica sargento me cuide y esta mañana se ha ido al rancho para hablar con Sídney de sus notas y hacerse cargo del rancho. No va a volver a Houston, hasta que sea por algo de trabajo, claro.

—Entiendo.

—Joder, ¿qué le dijiste?

—Temía no volver a verla, tenía que decirle que la quería.

—¿Sabes lo que me dijo ella?

—No, ¿qué? —preguntó ansioso.

—Que si la hubieras querido tanto no te hubieras separado de su lado como le prometiste.

—Mierda —dijo desmoralizado.

—Tranquilo… Te quiere, sino no se preocuparía tanto por ti, por nosotros.

—¿Eso piensas?

—Tú intenta recuperarte lo más pronto posible porque en cuanto te vea saldrá corriendo y tendrás que correr tras ella.

Sus ojos se entrecerraron. —Si hay que correr se corre.

Halee dejó la compra en el portaequipajes de su cuatro por cuatro cuando alguien gritó su nombre. Se volvió para ver a Barry acercándose. —Hola, ¿qué tal?

—Bien, como siempre. ¿Cómo va Wess?

—Mejorando cada día. Ayer hablé con Walter y al parecer ya le han quitado las escayolas —dijo loca de contenta.

—Eso es estupendo.

—Hoy empezaba la rehabilitación.

—Te traía esto. —Le tendió una bolsa transparente con algunas cosas y al ver la sangre palideció. —Lo siento, pero tengo que dárselo a alguien y…

—No pasa nada. —Cogió la bolsa y la miró. Su reloj, su cartera, el móvil y algo de dinero suelto. —¿Por qué tienes tú esto?

—Los de emergencias casi le desvistieron en el lugar del accidente. Le quitaron el reloj porque su brazo se estaba hinchando y dejaron esas cosas allí cuando se largaron. Yo lo recogí todo después de hacer fotos y lo embolsé para devolvérselo a la familia si…

—Entiendo. Gracias por recogerlo. Le encanta este reloj.

—Pues se rompió con el impacto.

Apretó los labios. —Lo solucionaremos.

—¿Te has enterado?

Le miró a los ojos. —¿De qué?

—De que detuvimos a Jeff anoche por conducir borracho. Está en la celda hasta que le vea el juez. Seguramente le enviará a prisión y ya no saldrá hasta el juicio. —Hizo una mueca. —Aunque no creo que haya juicio.

—¿Y eso por qué?

—Su abogado quiere hacer un trato con la fiscalía. Cinco años, en dos estará fuera.

—¡Casi le mata!

—Su intención al darle el puñetazo no fue esa.

—Eso no lo sabemos.

—Halee esto va a así.

—¡Pues es una mierda!

—Cuando el padre de Sídney te disparó también aceptó un trato y no lo viste mal.

—No quería un juicio en el que la niña se viera implicada, esto es distinto. —Furiosa fue hasta la puerta del conductor. —Contrataré a quien haga falta, pero esto no se va a quedar así.

—Por cierto…

—¿Y ahora qué?

Barry sonrió. —¿Quieres que te lo cuente en otro momento?

Suspiró. —Venga, suéltalo.

—La madre de Sídney ha llamado para preguntar por ella. Dice que en el rancho le

cuelgan el teléfono.

Se quedó de piedra. —¿La ha llamado?

—Al parecer sí.

Abrió la puerta de malos modos. —¡Esto es el colmo! ¡No la quería en su vida!

—Pues me da que ahora sí.

—Por encima de mi cadáver. —Se subió al cuatro por cuatro y tiró la bolsa a un lado para arrancar el motor furiosa saliendo del pueblo quemando yanta.

Barry hizo una mueca. —La multa mejor la dejo para otro momento.

Capítulo 15

Cuando llegó a casa abrió la puerta del coche y gritó —¡Sídney!

La niña que estaba subida a Tesoro la miró. —¿Qué he hecho ahora?

Se acercó. —¿Ha llamado tu madre al rancho y no me lo has dicho?

—¿Y por qué piensas que he cogido yo el teléfono?

—Porque Milly me lo hubiera dicho —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Se bajó de su pony de un salto. —Sí, ¿vale?

—¿Cómo que sí, vale? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Con lo de Wess…

Se le cortó el aliento y se agachó ante ella. —Cielo, todo es importante. Tú eres muy importante para nosotros.

Los ojos de la niña mostraron su miedo. —Ha dicho que se me llevará. Que ha contratado un abogado y se me llevará.

—Eso no va a pasar. Yo también tengo abogados. —Acarició su mejilla. —Ahora quiero una sonrisa porque te he traído algo de la ciudad.

Sus ojos brillaron. —¿El qué?

—¿Por qué no vas a mirar qué es?

Corrió hacia el coche haciéndola sonreír y al incorporarse Milly se puso a su lado. —Esto

es lo que nos faltaba —dijo la mujer.

—Tranquila, estamos preparados.

La miró sorprendida. —¿De veras?

—Sabía que esto pasaría tarde o temprano. Mis abogados llevan desde que estoy aquí tramitando la custodia permanente de la niña. Sabía que ella podía alegar que Wess no estaba en condiciones de atenderla y que lo aprovecharía en su favor. Pero eso no pasará. Aquí estamos nosotras.

—Claro que sí.

La niña chilló de la alegría al ver una faldita vaquera de volantes y una camiseta. —Gracias, gracias.

—También he comprado el regalo del cumple de Tati —dijo acercándose—. Y… —Alargó la mano para coger una bolsa y sacar unas botas de cowboy en rosa. Loca de contenta la abrazó. —Gracias, gracias.

—Serás la más bonita del cumple. ¿Por qué no vas a probártelo mientras saco todo esto?

Milly y ella empezaron a coger las bolsas. —Veo que has estado ocupada.

—Necesitaba algunas cosas y... —El sonido de los cascos de un caballo la hizo volverse y gruñó al ver a Ray. Tan parecido a su hermano que provocaba un desasosiego en su interior cada vez que le veía. Ella se apartó del coche. —¿Qué haces aquí?

—A ti no tengo por qué darte explicaciones. —Se bajó del caballo y sin llevarlo al establo fue hacia la casa.

—¿Cómo que no? ¡Ray detente!

Este lo hizo volviéndose furioso. —¡Me largo a la ciudad! ¡Odio este sitio!

—Claro, a ti te va mucho más estar de juerga con el dinero que te pasa tu hermano. ¡Pues eso se acabó!

—¿Pero quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer?

—¡Alguien tiene que decírtelo! —Furiosa se acercó a él. —¿No quieres trabajar en esto? ¡Estupendo! ¡Búscate otra cosa, pero no hay más dinero! ¡Ahora soy yo la que controla las finanzas de este negocio y no hay más dinero para ti! ¿Me has entendido? ¡Se acabó eso de llevar una vida de descontrol en Houston! ¡Si quieres esas juergas que te gustan tanto tendrás que trabajar!

—¡Qué me diga eso la zorra del pueblo me da la risa!

El tortazo le volvió la cara. —Repite eso. —Ray apretó los labios volviendo el rostro hacia ella. —¡Repítelo! —Él se volvió para ir hacia la casa. —¿No tienes el valor? ¿O sabes que es mentira? ¡Repítelo si tienes agallas! —Le siguió. —Pero no las tienes, ¿no? Como no las tuviste para decirle a tu padre que no querías trabajar aquí. Solo dabas excusas con cursos estúpidos que nunca terminabas.

—Me has pegado a mí porque no puedes pegarle a él.

Se le cortó el aliento. —Eso no es cierto, te he pegado a ti porque me has insultado sabiendo que esa frase me iba a doler.

Ray se detuvo en el hall y se volvió para mirarla. —Admiro lo que haces, ¿sabes?

—¡Pues no se nota!

—¡Pero esto no es para mí!

—¿Y qué es para ti?

—Quiero ser fotógrafo.

Se quedó de piedra. No había visto nunca una foto hecha por él. —¿Qué?

—Los cursos eran de fotografía por eso nunca mostraba los títulos que conseguía.

—Por Dios Ray, eres adulto. ¡Tienes veintiséis años! ¿Cuándo vas a tomar el control de tu vida?

—¡Ahora! ¡Me largo de aquí! —Empezó a subir las escaleras. —Iré a ver a mi padre y a mi hermano y se lo diré.

—¡Pues muy bien! ¡Y si quieres trabajo de fotógrafo avísame que llamo a un amigo que tengo en la prensa!

Ray se volvió asombrado. —¿Lo harías?

Halee sonrió. —Claro que lo haría. Si es lo que quieres te echaré una mano con gusto.

—¡Gracias, gracias!

Encantada se volvió y Milly tras ella levantó una ceja. —El viejo no se lo va a tomar bien.

—Déjamelo a mí. —Suspiró. —Total, no es que hiciera mucho por aquí, al menos que persiga su sueño.

Milly le guiñó un ojo antes de ir hacia la cocina. Fue a recoger el resto de la compra y recordó la bolsa con las cosas de Wess. Cuando llegó a la cocina lo dejó todo encima de la mesa y abrió la bolsa transparente para sacar el reloj. La esfera estaba rota y se le encogió el corazón por la sangre seca. —Dios mío… —dijo Milly—. Es el reloj de Wess.

—Me lo ha dado Barry con otras cosas que recogió del lugar del accidente —susurró.

—Impresiona un poco, ¿no?

Asintió sacando el móvil y sorprendentemente no estaba roto. —Déjame limpiarlo —dijo Milly.

—No, ya lo haré yo, no te preocupes. Guarda todo eso mientras tanto, ¿quieres?

—Sí, por supuesto.

Halee humedeció un trapo y empezó a quitar la sangre que había salpicado el móvil. Sus ojos se llenaron de lágrimas por lo que debió sufrir e intentó contenerlas porque Sídney bajaría en cualquier momento. Dejó el móvil a un lado y cogió el reloj poniéndolo bajo el grifo. No

sabía si lo estaba estropeando más, pero daba lo mismo. Ya le compraría otro igual. Al revisar la cartera por fuera vio que no estaba demasiado manchada de sangre, pero no sabía si se quitaría. Frotó, pero la piel se levantó. —Mierda…

—Saca lo que tiene dentro y tírala.

Pues tenía razón. Abrió la cartera y sacó las tarjetas mirando entre los recovecos por si se dejaba algo. Abrió la cartera por arriba para sacar los billetes cuando vio un recorte de periódico. Lo desdobló con cuidado para no dañarlo y se le cortó el aliento cuando vio su rostro levantando el plato de oro de campeona nacional el año anterior.

Milly sonrió. —Estaba muy orgulloso de ti, ¿sabes? Le diste un buen susto el año pasado en aquel campeonato de Australia, pero te mantuviste sobre el toro aún medio inconsciente.

Sorprendida la miró. —¿Lo vio?

—Por internet. A punto estuvo de subirse a un avión. Hasta compró el billete, pero antes de embarcar saliste dando unas declaraciones diciendo que no había sido nada. Ahí se arrepintió. Es una pena que no hubiera subido a ese avión.

Se le puso un nudo en la garganta porque ese rodeo fue apenas tres meses después de que se fuera del hotel. Hubiera dado cualquier cosa por verle en ese momento.

Sídney entró en la cocina guapísima y se giró para mostrarse bien. —¿Cómo estoy?

—Preciosa. ¿Las botas te quedan bien?

—Sí.

—¿Seguro? Son un número más. —Se agachó y apretó la punta. Chasqueó la lengua. —Un poco grandes. Pero pondremos un poco de algodón delante y ya está.

La niña vio el paño manchado de sangre sobre la encimera. —¿Te has cortado?

Juró por lo bajo por haber sido tan descuidada. —No cielo, son las cosas de Wess. No pasa nada. Sube a cambiarte.

—¡Su móvil! —La niña lo cogió y apretó los botones laterales. —No tiene batería. Voy a cargárselo para que Ray se lo lleve a Houston y pueda hablar con él.

Salió corriendo y miró divertida a Milly. —Es evidente que está deseando hablar con él.

—Le estará dando la tabarra horas y le freirá a mensajes.

—Ya hablaré con ella. —Recogió las tarjetas y todo lo demás y subió las escaleras para llevarlo a la habitación del fondo que era la que compartían antes y la que ella utilizaba cuando estaba allí. Se sentó en la cama y abrió de nuevo el recorte.

Entonces escuchó música y unos gritos. Confundida se levantó. —¡Cielo, nada de tele hasta después de la cena!

Como Sídney no contestaba fue hasta la habitación y la vio sentada en la cama de espaldas a ella. La televisión estaba apagada. Entonces la gente empezó a vitorear su nombre y asombrada dio un paso hacia ella para ver que tenía el móvil de Wess en las manos y que estaba viendo uno de los videos que debía haber grabado. De repente apareció el rostro de Wess que sonreía encantado. —¿Ves, nena? Es por ti. Todo esto es por ti. —Volvió a mostrar a los del pueblo mirando la pantalla justo antes de que saliera y de repente todo el mundo se quedó en silencio. Se vio a sí misma asintiendo antes de que se abriera la valla y cómo se mantuvo sobre el toro.

Sídney la miró sonriendo. —Casi te caes.

—El casi es lo que importa. —Se sentó a su lado y cuando sonó la sirena todos gritaron como locos.

La cara de Barry salió ante el móvil gritando enfervorecido y ambas rieron. —¡Es la mejor! ¡Halee cásate conmigo!

—Aparta de ahí —dijo Wess riendo. Mostró a los demás y sus ojos se empañaron de la emoción viendo como el cura abrazaba loco de contento a uno de los vaqueros de Wess.

De repente la imagen se movió con fuerza y el móvil enfocó hacia abajo. —¿Qué haces,

amigo? ¿Grabando otro de esos videos que ella nunca verá?

Se tensó al escuchar la voz de Jeff y reconoció sus botas. Pulsó la pantalla para ponerlo en pausa. —Cielo, baja y dile a Milly que prepare la cena.

—Pero quiero verlo.

—Lo verás después, esto no es importante.

—Vale… —Dejó el móvil sobre la cama. —Pero no lo desenchufes que está cargando.

—No te preocupes.

En cuanto la niña salió pulsó la pantalla de nuevo. —Déjame en paz.

—¿Vuelves a las andadas? Ya lo sé, has vuelto a hablar con ella y te ha vuelto a decir algo de mí, ¿no? Venga, dímelo que desmontaré cada historia que se invente.

—No he hablado con ella desde lo de Houston.

—Tío, ¿por qué te haces esto? ¿No ves que no merece la pena? Te mintió sobre mí.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo me mintió? ¿Al principio o al final? Fuiste a su casa, ¿qué buscabas allí?

—¿Volvemos con eso? Te he dicho mil veces que estaba borracho, pero quise largarme, te lo juro.

Se tensó por la mentira.

—Joder tío…

El móvil se alejó de él, pero algo le detuvo. —Oye, estoy empezando a cansarme de esta mierda. Estás conmigo o con ella, es simple. ¡Elige de una vez!

—Me quedo con ella mil veces —siseó. La imagen se movió de un lado a otro y vio como las botas se alejaban del empujón—. No vuelvas a tocarme.

Ahora tenía el móvil en otra posición y vio como salía del local antes de que lo metiera en el bolsillo trasero del pantalón, pero la cámara quedaba por encima y seguía grabando lo que tenía detrás. Vio como Jeff salía tras él y estaba realmente furioso. —¿La eliges a ella? ¿A la zorra del pueblo?

La imagen se volvió mostrando la carretera y parte de la camioneta de Wess en el aparcamiento. —¡Te juro que como la vuelvas a llamar así te mato! —Halee se llevó la mano a la boca de la impresión por la rabia que mostraba su voz. —Te juro que te mato, ¿me oyes? ¡Ni se te ocurra volver a mencionarla!

Jeff se echó a reír. —Tenía que habérmela tirado, al menos así estarías enfadado conmigo con razón.

—¿Querías tirártela?

—No.

—¿Seguro?

—Está muy buena y con dieciséis era un caramelito. Ni tú la hubieras rechazado, pero...

—¿Qué has dicho?

—¡Me largué!

—¡Hijo de puta, has dicho que ni yo la hubiera rechazado como intentando justificarte!

—¡Ya estoy harto de esta mierda! ¿Quieres saber la verdad? ¡Sí! ¡Iba a tirármela por lo que era una invitación en toda regla de la puta del pueblo y como acabo de decir tú tampoco la hubieras rechazado!

—¡Maldito cabrón! —Hubo un movimiento brusco. —¡Te voy a denunciar! —Entonces el móvil cayó al suelo quedándose en negro y se escuchó un frenazo.

Halee sollozó. —¡No, no, Wess! —gritó Jeff desesperado.

Llorando se quedó escuchando como la gente se acercaba corriendo y Barry gritaba

pidiendo que alguien llamara a emergencias. —¡No le mováis! —gritó el cura—. ¡Apartaos!

—Barry…

La voz entrecortada de Wess la dejó sin aliento.

—Dime amigo.

—Dile a Halee que no me espere para cenar.

Sollozó de dolor.

—No hables, no te preocupes se lo diré. Enseguida pasará el dolor —dijo Barry emocionado.

—Esta mañana estaba enfadada conmigo —dijo casi sin fuerzas—. Quiere decorar la casa.

—Todas las mujeres quieren decorar la casa.

—Ahora me encantaría que lo hiciera —susurró casi sin fuerzas—. Seguro que la deja mucho más bonita.

—Seguro que sí.

—¡Joder, dónde está el médico! —gritó Bill.

—¡Wess, Wess! ¡Haced algo, no respira!

Sin poder soportarlo más apagó el móvil y borró el video. Casi sin fuerzas fue por el pasillo hasta su habitación y cerró la puerta para tumbarse en la cama dejando que las lágrimas fluyeran. Ver ese video había sido como estar allí y entonces fue cuando se dio cuenta de que todo había sido culpa suya. Si ella no hubiera llamado a Jeff para que fuera a su casa nada de eso habría pasado. Sus ansias de venganza habían tenido consecuencias muchos años después. Parecía increíble, pero era cierto. Ella también era responsable de lo ocurrido. Y a pesar de todo la seguía queriendo como ella a él. Sorbió por la nariz. ¿Pero por qué lloras, tonta? Os queréis. Se sentó de golpe. Y ese amor debe ser de los buenos para superar tantos problemas. A pesar de

todo se querían. Sonrió. —Ya es hora que os lo demostréis de veras.

Nerviosa con el auricular en el oído esperó a que lo cogieran en el rancho. —¿Quién es? —preguntó el viejo con mala leche.

—¿Walter?

—Niña, ¿qué coño has hecho con mi casa?

Gimió. —¿No te gusta? ¿A él le ha gustado? ¿No ha quedado bien? ¡Viejo, no me pongas nerviosa que tengo que subirme a un toro!

—Trae aquí —dijo Wess quitándole el teléfono—. Nena, ¿qué haces llamando ahora? ¡Tienes que estar concentrada!

—Es que llegabais hoy y…—Se mordió el labio inferior. —¿Cómo estáis?

—Bien, en este momento me preocupas más tú.

—¿Te apañas con las muletas?

—¿Qué muletas?

Frunció el ceño. —¡Las que tienes que usar!

—Ya no las necesito.

—¿Seguro? —preguntó pasmada.

—Sí, seguro. Nena, concéntrate que sales en diez minutos.

—¿Te ha gustado la casa?

—Está preciosa. ¿Ahora te sientes más cómoda aquí?

—Sí.

—Pues entonces me alegro muchísimo del cambio. —Él carraspeó. —¿Esto significa que

te quedarás?

Sonrió. —Tengo que quedarme.

—¿De veras? —preguntó loco de contento.

—Soy la nueva tutora de Sídney.

—¿Qué?

—Pues eso. Ese es mi nuevo domicilio. Para no desarraigarla y eso.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

Halee reprimió una risita. —Pues sí. ¿Se me había olvidado decírtelo?

—Pues como no hablas conmigo, se te ha olvidado decírselo a mi padre.

—A él se lo he dicho.

—Pues se ha olvidado de decírmelo a mí. Esto pasa por tener intermediarios.

—Bah, es solo hasta que estés bien. Luego la adoptaremos.

Se le cortó el aliento. —Nena, quieres decir…

—Tengo que dejarte.

—No, no espera…

Sonriendo colgó y se volvió para acercarse a Parker. —¿Te estará viendo?

—Por supuesto, gracias a la magia de internet. Saluda a la cámara.

Parker la cogió por la cintura y ambos saludaron a la cámara que les enfocaba. —Esto le debe estar sentando como una patada en el estómago —dijo su amigo sin perder la sonrisa.

—¿Un besito?

—Pero uno pequeño que mi novia me capa. —Se dieron un beso en los labios tan rápido que ninguno de los dos sintió nada y Parker rio. —¡Te has puesto como un tomate! —gritó por el rugido que su beso provocó en las gradas.

—Recuerda que es un beso de despedida.

—Te voy a echar de menos.

Emocionada le abrazó. —Y yo a ti. Siempre serás muy bienvenido en Farmville.

—Algún día te haré una visita. —Se separaron. —¿Me dejarás ganar esta vez?

—Ni hablar.

Detuvo el coche ante la casa y agotada abrió la puerta para ver que Wess cojeando salía al porche. Se miraron a través de la luna delantera y Halee se dijo que porque la mirara así el resto de su existencia haría cualquier cosa. Parecía que la deseaba más que a nada en la vida. Y ella sentía lo mismo. Bajó del coche y cerró la puerta. —¿Qué haces despierto, vaquero?

—Sabía que vendrías después del rodeo.

—¿Lo sabías? —Se acercó haciéndose la tonta. —Pues no sé por qué, no se lo había dicho a nadie.

—Porque estabas deseando verme. Tanto como yo a ti. —Comiéndosela con los ojos susurró —Suéltate el pelo.

Jadeó asombrada. —Ni de broma.

Se tensó. —Ah, ¿no?

—No estás para muchos trotes, vaquero. —Pasó a su lado y entró en la casa. —Ahora me voy a la cama.

Él gruñó siguiéndola mucho más despacio. —Sí que puedo. —Se volvió en la escalera y levantó una ceja mientras él decía —Funciona perfectamente.

—Ah, ¿lo has comprobado?

—¿Con quién iba a comprobarlo, mujer?

—No lo sé. Solo pregunto.

—Y tú…

—¿Yo qué?

—Ese Parker se arrima mucho.

—¿Y?

—¿Cómo que y? ¡Te ha dado un beso ante todo el país!

Se volvió para seguir subiendo las escaleras.

—¡Estamos hablando!

—Cielo, son las cinco de la mañana, un toro me ha dejado hecha polvo, llevo conduciendo cuatro horas y estoy agotada. Ya discutiremos mañana.

—¿Estás bien?

Reprimió una sonrisa entrando en la habitación. Se quitó la camiseta y se desabrochó los vaqueros a toda prisa mientras se quitaba las zapatillas de deporte con los pies. Se acercó a la cama deshaciendo la trenza y cuando su cabello cayó hasta sus muslos escuchó como se le cortaba la respiración. Le miró sobre su hombro. —Cariño, que casi no te tienes en pie.

Dio un paso hacia ella cerrando la puerta con llave y se quitó la camiseta. —Estoy perfectamente.

A Halee se le cortó el aliento al ver las cicatrices que le habían salvado la vida. —Cielo…

—Estoy bien, nena. Te lo juro. —Se acercó a ella. —En unos meses lo habremos olvidado todo.

—¿Todo? —Levantó la vista hasta sus ojos.

—Todo. Nada importará excepto el futuro.

Se abrazó a su cuello y cuando sus pechos se tocaron Wess cerró los ojos como si sentirla fuera algo maravilloso y Halee sintió lo mismo. —Te he echado de menos, mi amor —susurró

antes de besar su labio inferior.

Wess abrió los ojos y sonrió. —Yo te veía a menudo, ¿sabes? Eso hacía que estuviera más cerca de ti.

Emocionada susurró —No puedo evitar tener miedo.

La abrazó a él. —Yo siento lo mismo, nena. Un miedo atroz a perderte de nuevo. Pero cada día que pase nos sentiremos más seguros hasta que nos demos cuenta de que nuestra relación es tan fuerte que nada la romperá.

—Te amo, te amo tanto…

Él atrapó su boca saboreándola como si le diera la vida y Halee le respondió porque ese hombre era su vida. Nada más importaba y cuando la cogió en brazos su corazón se alegró porque supo que se recuperaría del todo. La tumbó sobre la cama y se abrió el pantalón sin dejar de besarla. Halee exigente casi le tira sobre la cama y al oírle gruñir ella apartó los labios. —¿Ves? No estás en forma.

—Nena, tienes mucha fuerza. —Se tumbó a su lado e hizo un gesto para que se subiera.

Soltó una risita. —¿Quieres que cabalgue, vaquero? —Pasó la pierna sobre su cadera rozando su miembro erecto. —Uhm… Un toro solo para mí. —Se arrodilló a ambos lados de su cuerpo sin llegar a sentarse y acarició su pecho. —Todo mío.

—Nena, esa mirada de loca empieza a darme miedo.

Rio a carcajadas y él acarició sus caderas. Se miraron a los ojos y Halee se sentó sobre él introduciéndose su sexo poco a poco, lo que le cortó el aliento. —Eres preciosa.

—Y soy toda tuya.

Él subió las manos hasta sus pechos y de repente se sentó atrapando sus labios. Halee le abrazó por el cuello y movió sus caderas muy lentamente sintiendo su sexo deslizándose en su interior. El placer que les recorrió provocó que se moviera de nuevo y Wess amasó sus nalgas pegándola a él, llegándole muy adentro. Halee gimió en su boca necesitando más y a medida que

el placer aumentaba movía las caderas más aprisa para llenarse de él. Impaciente apartó sus labios y se miraron a los ojos. —Más, nena.

—¿Seguro?

—Esto es una puñetera tortura. Dame más.

Entonces Halee no se controló y cabalgó sobre él más aprisa, con más brío. Gimieron mirándose a los ojos y Wess besó su labio inferior casi sin aliento hasta que cayó sobre él de nuevo haciéndoles viajar hacia la felicidad.

Pasaron varios minutos hasta que fueron capaces de hablar. Abrazada a él no podía dejar de tocarle y a Wess le pasaba lo mismo. —Vi el video.

—¿El video?

—El de tu móvil. —La miró sorprendido. —Y lo borré, por eso no estaba en tu móvil.

—¿Por qué lo borraste? Lo reconoció.

—Al final no hizo nada y yo le llamé. También fue responsabilidad mía.

—Eras una cría.

—Era muy madura para mi edad y lo sabes. Era muy consciente de lo que estaba haciendo y mis padres también. Además…

—Sería otro escándalo.

—Sabes que sí. Sobre todo ahora.

—No pensaba dárselo a la policía, pensaba borrar el final.

Se le cortó el aliento. —Para que viera a los del pueblo.

Acarició un mechón de su pelo. —Ahora me faltará ese video.

—Seguro que alguien lo grabó, cielo. Lo encontraremos.

—Dos años, en dos años estará en la calle de nuevo. Casi me mata y le caerán dos años.

—Dicen que te pegó a traición. Eso no se ve en el video.

—Le aparté para poder subir a la camioneta y cuando iba a abrir la puerta me pegó. Barry dice que al trastabillar hacia atrás tropecé con una piedra y di un salto, sin darme cuenta de que llegaba a la carretera.

—¿Por qué no me lo quisiste decir en el hospital?

Suspiró. —Nena, no quería que pensaras que utilizaba la pelea para…

—Aproximarte a mí.

—Exacto. Quería que estuviéramos juntos a pesar de todo. Solo así podremos superar toda esta mierda.

Sabía que tenía razón y acarició su pecho hasta el hombro apoyando la mejilla sobre su torso. —¿Te hago daño?

—Nada puede hacerme daño mientras estés conmigo, preciosa.

Sonrió. —Lo he dejado, era un beso de despedida. —Escuchó como se le cortaba el aliento y levantó la vista hacia él. —Ya no monto toros, así que tendré que montar otra cosa.

Él se echó a reír. —Veremos lo que podemos encontrar. —Acarició su mejilla. —Lo echarás de menos y volverás.

Le miró maliciosa. —¿Has visto los trofeos que he puesto en el despacho?

—Impresionante y en un año. Seguro que se alegran mucho de tu retirada.

—Lo estarán celebrando como locos —dijo divertida—. Lo he conseguido, estás orgulloso de mí.

—Mucho. No solo por los trofeos sino porque eres la mujer más fuerte que conozco, porque amas por encima de todo y proteges a los que consideras tuyos sin importarte las

consecuencias. Jamás te agradeceré lo suficiente lo que has hecho por mi familia.

—Ahora es la mía. Es la nuestra.

—Te amo, nena. Y esta vez nada nos separará.

Besó sus labios. —Yo también te amo, eres mi vida y si algo nos separa siempre estarás en mi corazón.

Él frunció el ceño. —¿Cómo que si algo nos separa?

Carraspeó sentándose en la cama. —Bueno, tengo algunos compromisos que debo cumplir.

—¿Como cuáles? —preguntó con desconfianza.

—El campeonato nacional —dijo como si nada.

—¿Cómo?

—Cielo, tengo que revalidar el título.

—¡Ni hablar! ¿Vas a estar todo el año sin montar y te vas a subir a un toro una vez al año?

—No, solo el año que viene. Caprichos de los patrocinadores. Pero en un año se acabó del todo. —Vio como se empezaba a poner nervioso y de repente sus ojos brillaron. —¿Qué estás pensando?

—Nena, te voy a dejar embarazada. Es la excusa perfecta para que no te toquen las narices y a mí tampoco.

Le miró ilusionada. —¿De veras? ¿Un bebé?

—Te aseguro que pondré todo de mi parte para que ocurra. —La giró tumbándola en la cama —Y voy a empezar ahora mismo.

—Estoy impaciente, mi amor.

Epílogo

—Que no —dijo conduciendo mientras Sídney iba a su lado chateando por el móvil—. Y deja ese maldito chisme, estamos hablando.

Bufó cruzándose de brazos. —Jo, quiero ir a la fiesta.

—¿Eres mi niñera o no?

—Sí, soy tu niñera…

—Pues si quieres mantener el puesto, tendrás que quedarte con el niño hasta que vuelva del hospital. Así que este fin de semana nada de fiestas. —La miró de reojo para ver la resolución en su rostro. —Sídney…

—Está bien.

—Cielo, confío en ti. A Milly le duele demasiado la rodilla para correr tras el niño y en el rancho hay muchos peligros. ¿Cuidarás de tu hermano?

—Sí, ¿de acuerdo? Él es lo primero.

Suspiró del alivio. —Gracias, cielo. —Giró el volante para entrar en el pueblo.

—¿Qué haces? Íbamos a la ciudad de compras.

—E iremos, pero tengo que coger las pastillas del abuelo de la farmacia. Solo serán dos minutos, no seas impaciente. Con quince años yo no era tan pesada.

—Mamá, con quince años nadie te hacía caso.

Frenó en seco y Sídney la miró arrepentida. —Lo siento, lo siento, no quería decir…

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me has llamado mamá.

Sídney emocionada la abrazó. —¿Puedo llamarte mamá? Sé que no llevamos la misma sangre, pero en los papeles soy tu hija, ¿no?

—Sí, cielo. Eres mi hija como Wessy y Verónica cuando nazca. —Se apartó para mirarla a la cara. —Y nada me hace tan feliz como que me llames mamá porque te quiero como a los demás.

—¿De veras?

—Por supuesto. Eres mi niña. —La besó en la mejilla. —Y ya hablaremos de eso de que no me hacía nadie ni caso.

—Mamá… Lo siento.

Sonrió con tristeza. —Sé que lo sientes. Pero intenta controlar esa lengua adolescente, ¿quieres? Wess se hubiera cabreado muchísimo si llega a escucharte.

—Lo siento.

—Y cuando digo que controles tu lengua, también hablo de George Peterson, señorita. Que le veo muy suelto contigo a la salida de la iglesia.

—Mamá, que tengo quince años. La mitad de mi clase ya no son ni vírgenes.

La miró con horror. —Sídney… ¿Sabes lo que haría tu padre?

—Sí —dijo como si fuera un fastidio.

—Pues eso. —Miró al frente y empezó a acelerar cuando frenó en seco de nuevo.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? Te has quedado pálida. —Preocupada miró hacia donde miraba ella. —¿Ocurre algo?

—Espera aquí. —Se quitó el cinturón y abrió la puerta.

—¿Mamá?

—No salgas del coche.

—Mamá, ¿qué vas a hacer?

Abrió el portaequipajes y cogió la barra de uñas que tenía allí. Sin cerrarlo miró a un lado y a otro de la calle antes de cruzar. —Mamá, ¿qué pasa?

—¡No salgas del coche!

Sídney cogió su móvil y de repente su madre embarazadísima se lio a pegarle golpes con la barra al coche que había allí aparcado mientras gritaba —¡Sal aquí, maldito cabrón!

A toda prisa Sídney se puso el teléfono al oído. —¿Papá? Mamá la está liando parda en el pueblo.

—¿Me has llamado papá? —dijo emocionado.

—¡Papá céntrate, le está destrozando el coche a alguien mientras grita como una loca!

—¿Qué?

—¡Está saliendo de la cafetería un tipo con barba! —Asombrada vio como Halee levantaba la barra de hierro y se acercaba a él con cara de loca. —¡Qué le da!

De repente vio a su padre salir de la ferretería corriendo y el tipo esquivó otro golpe por los pelos rodeando el coche. Halee gritó —¡No te vas a escapar de mí, Jeff! —Su padre agarró a su mujer por la espalda cuando iba a intentarlo de nuevo. Sídney suspiró del alivio mientras Halee gritaba —Como vuelvas a poner un pie en este pueblo estás muerto, ¿me oyes, maldito cabrón?

Todos los del pueblo que observaban la escena sonrieron incluido el ayudante del sheriff que estaba de brazos cruzados.

—¡Estás loca, siempre pensé que estabas loca y lo estás! ¡Te voy a denunciar!

—Yo no he visto nada —dijo la dueña de la cafetería.

—Ni yo —dijo el cura mintiendo para asombro de todos—. Los caminos del señor son

inescrutables. Y tu camino está por ahí para no volver por aquí jamás.

Jeff les miró furioso. —Por supuesto que me iré de este pueblo de mierda.

—¡Lárgate de una maldita vez! —gritó Halee con los ojos llenos de lágrimas intentando soltarse.

Wess la pegó a él y susurró a su oído —Nena, cálmate.

—¿Mi amor? Pero…

—Shusss... —Sintió como su mujer se relajaba entre sus brazos y le quitó la barra de hierro de entre las manos. —Ya pasó. No volverás a verle.

Mirándole con odio caminó hacia atrás con su marido para alejarse del coche y Jeff casi corrió hacia la puerta para abrirla. —Hay que estar fatal para casarse con la puta del pueblo. —Se metió en el coche como el cobarde que era, pero de repente una piedra le cayó sobre el capó antes de que Barry sacara su pistola y disparara contra las ruedas dejándoles helados porque le había impedido irse. Entonces la gente empezó a rodear el coche y a darle golpes al vehículo con lo que tenían a mano mientras Jeff gritaba en su interior. A duras penas pudo salir y correr calle abajo mientras la turba le seguía corriendo. Hasta el cura había conseguido un palo y corría como los demás. Emocionada miró a su marido y Wess sonrió. —¿Ves, nena? Nadie le cree. Te defienden a ti.

—¿Sí, verdad? Es increíble lo que puede cambiar la vida en un instante. —Le abrazó por el cuello. —Gracias por retenerme.

—Gracias por defenderme.

—Porque me ha pillado embarazada que sino…

Él se echó a reír. —Pero te has desahogado.

—Un poquito. —Besó sus labios. —Aunque aún estoy algo estresada. —Bufó. —Y no puedo montar, pero… —Le miró con picardía y Wess se echó a reír. —¿Eso es que sí o que no, Barnwood?

—Es que tendrás que esperar cuarenta días preciosa, porque has roto aguas.

Se miró los pies. —Vaya. —Miró hacia su coche y gritó —¡Cielo, se cancelan las compras!

—¡Mamá!

—¡Pero puedes ir a la fiesta porque ya estaré en casa para el fin de semana!

—¡Genial!

—¿Estás bien? —preguntó cogiéndola de la cintura para llevarla hasta el coche.

—Vamos a verle la carita. —Sonrió. —¿No te emociona?

—Mucho. Desde que estamos juntos todo es muy emocionante.

—Sí, ¿verdad? —Llegaron hasta el coche. —Cuatro años de casados. Tenías razón, ¿sabes?

—¿En qué, nena?

—Ahora nada puede romper nuestro matrimonio. Cada día que pasa es más fuerte y los nuevos recuerdos han borrado los malos momentos. Todos los malos momentos.

En ese instante escucharon una risa y se volvieron para ver a su madre saliendo de la cafetería hablando con una vecina. —¡Bien hecho, hija!

Sonrió por lo bien que estaba. Ahora ya no bebía y colaboraba con la iglesia todo lo que podía. —¡Bien hecho, mamá!

—Otro día más.

—Ánimo, tú puedes.

—¡Cuando te tira la vida hay que subirse a ella enseguida!

Se le cortó el aliento porque esa frase la había dicho en un rodeo. Su madre sonriendo se despidió con la mano alejándose. Nunca tendrían una relación madre e hija, pero al menos habían llegado a tratarse con respeto y todo gracias a Wess que había intercedido para que su

relación mejorara, ayudando a su madre a sus espaldas todo lo que había podido.

—Te amo. —Volvió la vista hacia él. —Gracias por tanto…

—No tienes que darme las gracias. Solo quiero que seas feliz.

—Pues lo consigues cada minuto de cada día, mi amor, porque siempre te llevo en mi corazón.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.